



TOLSTOY

NOVELAS
CORTAS

PG3367

.S5

N6



1020025765



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



FONDO
RICARDO COVARRELLAS

NOVELAS CORTAS

Num. Clas. ^N T 654w
Núm. Autor 34916
Núm. Adg. -8-
Procedencia -8-
Precio
Fecha
Clasificó
Catalogó

OBRAS DE LEÓN TOLSTOY

de venta en esta Casa Editorial

LA SONATA DE KREUTZER.	1 tomo
EL MATRIMONIO.	1 »
AMO Y CRIADO.	1 »
RESURRECCIÓN.	2 »
LOS COSACOS.—IMITACIONES.	1 »
LA ESCLAVITUD MODERNA.	1 »
LA VERDADERA VIDA.	1 »
AMOR Y LIBERTAD.	1 »
ANA KARENINE.	2 »
PLACERES VICIOSOS.	1 »
¿QUÉ ES EL ARTE?.	1 »
LA GUERRA Y LA PAZ.	3 »
POLIKUCHKA.	1 »
IVÁN EL IMBÉCIL.	1 »
LA SALVACIÓN ESTÁ EN VOSOTROS	1 »
PLACERES CRUELES.	1 »
MI CONFESIÓN.	1 »

CONDE LEÓN TOLSTOY

NOVELAS

CORTAS

TRADUCCIÓN

de

CAMILO MILLÁN



BARCELONA

CASA EDITORIAL MAUCCI, MALLORCA, 226 Y 228

BUENOS AYRES

MÉXICO

Maucci Herms. Cuyo 1070

Maucci Herms. 1.ª Relox 1

1902

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1025 MONTERREY, MÉXICO

100733

34916

891.7

T.

PG3367

.S5

m 6.



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Barcelona.—Imp. de la Casa Editorial Maucet

LA MUERTE DE IVAN ILITCH



LA MUERTE DE IVAN ILITCH

I

En el palacio de Justicia, y en el interregno de la sesión, los jueces y el fiscal, reunidos en el gabinete de Ivan Egórovitch Chebek, hablaban del célebre proceso Krassovski.

Fedor Vassilievitch se acaloraba sosteniendo la inculpabilidad. Ivan Egórovitch era de opinión contraria, y Piotre Ivánovitch, que no había tomado parte alguna en la discusión, echaba una ojeada á los periódicos que acababan de traer.

—Señores,—dijo éste,—Ivan Ilitch acaba de morir.

—¡Imposible!

—Leed y convenceos,—dijo á Fedor alargándole el periódico, que acababa de ver la luz.

Y leyó la siguiente noticia, publicada con orla negra:

«Praskovia Fedorovna Golovina tiene el sentimiento de anunciar á sus parientes y amigos la muerte de su querido esposo Ivan Ilitch Golovine, consejero del tribunal de apelación, acaecida el 4 de febrero corriente.

»El entierro se verificará el viernes á la una de la tarde».

Ivan Ilitch era compañero de todos los allí presentes y muy querido de ellos.

Enfermo hacía ya algunas semanas y desahuciado, según decían, conservaba su plaza de consejero, siquiera estuviese acordado que á su muerte le reemplazase Alekseef, y que la vacante que éste dejase la ocupara Vinnikof ó Chlabel.

La noticia de la muerte de Ivan hizo meditar á todos los reunidos en el gabinete en los cambios que produciría y en la influencia que pudiera ejercer respecto á la promoción de ellos y de sus amigos.

—Probablemente obtendré yo el puesto que dejen vacante Vinnikof ó Chlabel,—se dijo Fedor,—pues hace tiempo que me lo han prometido: esa promoción, sin contar la cancillería, me aumentará el sueldo en 800 rublos.

—Esta es la ocasión de pedir el cambio de destino de mi cuñado de Kaluga,—pensó Piotre.—Eso agradaría mucho á mi mujer, y ya no me echaría en cara que no hago nada en favor de su familia.

—Estaba seguro de que no volvería á levantarse de la cama,—añadió en alta voz;—lo siento en verdad.

—Pero ¿qué enfermedad padecía?

—Nunca pudieron diagnosticarla los médicos, ó mejor dicho, cada uno emitía una opinión diferente. Cuando lo vi por última vez, me pareció que aun podría restablecerse.

—¡Y yo, que no he ido á verlo desde las últimas fiestas, y eso que me proponía hacerlo á cada instante!

—¿Era rico?

—Algo creo que tenía su mujer; pero no mucho.

—Es precisamente indispensable ir allá... pero ¡es el caso que vivía tan lejos!

—Es decir, lejos de vuestra casa... Vivís tan lejos de todo...

—Decididamente, no puede perdonarme que yo viva al otro lado del río,—dijo Piotre Ivánovitch sonriendo y mirando á Chebek.

Y luego, tras breve discusión acerca de las distancias, se reintegraron los tres á la sala de la audiencia.

Aparte de las reflexiones que á cada uno sugirió aquella defunción por los cambios que pudiera producir, el hecho de la muerte de Ivan produjo en todos un sentimiento de alegría y de bienestar egoísta, pues, por aquella vez, la muerte los había respetado eligiendo otra víctima.

—Por allá nos espere muchos años,—decían todos con placer.

Los íntimos, y los que se llamaban amigos suyos, empezaron á pensar en los enojosos deberes que les imponía la amistad: asistir al entierro y á los funerales, visitas á la viuda para darle el pésame, etc.

Fedor Vassilievitch y Piotre Ivánovitch eran los amigos más íntimos del difunto.

Piotre era compañero suyo de colegio y le debía muchos favores. Después de noticiar á su esposa la muerte de su amigo y de haberle comunicado sus esperanzas, prescindió de su siesta acostumbrada y, vistiéndose convenientemente, se fué á ver á la viuda.

En la puerta de la casa mortuoria estaban parados una berlina y dos fiacres.

En la antesala, y cerca de la bastonera, habían colocado la cubierta del féretro, forrada de brocado y guarnecida con borlas y galones.

Dos damas, vestidas de negro, se quitaban sus abrigos de piel. La una era hermana del difunto; la otra, una desconocida.

Piotre Ivánovitch vió en lo alto de la escalera á su colega Schwarz, que le guiñó un ojo como si quisiera decirle:

—¡Qué tonto ha sido Ivan en morirse! No seremos nosotros los que hagamos tal simpleza.

El rostro de Schwarz, adornado con patillas á la inglesa, y su porte siempre elegante le daban ca-

rácter solemne, y esta solemnidad, que formaba contraste con la expresión jovial de su fisonomía, le pareció á Piotre Ivánovitch muy extravagante en aquella ocasión.

Piotre dejó pasar á las dos damas, y subió lentamente las escaleras.

Schwarz se detuvo en lo alto de ellas y lo esperó: aquél comprendió en seguida el objeto. Era evidente que Schwarz quería darle cita para el *whist* de aquella noche.

Las damas se dirigieron á las habitaciones de la viuda.

Schwarz, con los labios apretados ligeramente, pero con la mirada alegre, indicó con un movimiento de cejas la dirección de la cámara mortuoria.

Piotre Ivánovitch entró en ella sin saber á punto fijo lo que debía hacer.

Sólo de una cosa estaba seguro: de que no estaría de más hacer la señal de la cruz.

Hallábase perplejo respecto á si debería ó nó inclinarse al mismo tiempo, y en la duda, adoptó un temperamento medio: entró en la cámara, hizo la señal de la cruz y bajó un poco la cabeza, como si se inclinara.

Piotre examinó lo que pasaba en torno suyo, en tanto se lo permitieron los movimientos de sus manos y de su cabeza.

Dos jóvenes, uno de ellos colegial, salían de aquella estancia persignándose.

Una vieja permanecía en ella inmóvil: otra mujer, al lado suyo, le contaba algo en voz baja, enarcando las cejas de una manera especial.

El sacerdote, envuelto en un levitón, leía en voz alta las oraciones con tono tan resuelto y tan enérgico, que no admitía contradicción alguna.

El aldeano Guerassim, que actuaba de acólito, espolvoreaba con algo el suelo, marchando muy despacio delante de Piotre Ivánovitch.

Éste, al verle trabajar, percibió olor de cadáver en descomposición. Recordó haber visto al mismo aldeano en la alcoba del difunto cuando le hizo su última visita: actuaba entonces de enfermero y lo hacía tan bien, que Ivan Ilitch lo prefería á todos los demás.

Piotre Ivánovitch continuó persignándose é inclinando entre el cura, el féretro y las imágenes colocadas sobre una mesa en un rincón de la estancia.

Considerando luego que aquella maniobra se prolongaba demasiado, cesó en ella y se puso á examinar al difunto.

Sus miembros rígidos y pesados descansaban en fondo del ataúd: su cabeza, abatida para siempre, descansaba en la almohada; su frente, abultada como la todos los cadáveres, tenía el amarillo color de la cera; las sienes se veían surcadas de venas, y su nariz prominente parecía gravitar sobre el labio superior y aplastarle.

Estaba muy cambiado, muy enflaquecido desde que Piotre Ivánovitch lo vió por última vez; pero, como sucede con todos los cadáveres, su rostro resultaba más interesante, más imponente, sobre todo, que cuando estaba vivo.

Tenía la expresión del deber cumplido; pero bien cumplido.

Además, Piotre Ivánovitch creyó leer en la fisonomía del difunto cierto reproche ó cierto aviso á los supervivientes.

Y encontró extemporáneo el aviso.

Empezó á no encontrarse bien allí; así es que, después de haberse persignado una vez más, se apresuró á tomar aceleradamente la puerta, con menos dignidad, á su modo de ver, de la que hubiera sido conveniente.

Schwarz lo esperaba en la sala contigua con las piernas muy abiertas, ambas manos hacia atrás y jugando con el sombrero.

Una sola mirada á la limpia, elegante y festiva personalidad de Schwarz, bastó para que el malestar de Piotre desapareciera; comprendió que aquél estaba por encima de toda preocupación y que no se dejaba impresionar tristemente por lo que veía. Toda su persona parecía decir:

—La muerte de Ivan Ilitch y sus naturales incidentes no pueden turbar el orden de las cosas en modo alguno, ni pueden impedir que barajemos los naipes mientras que el criado enciende las bujías

colocadas encima de la mesa de juego; en otros términos: no hay razón alguna para pensar que los incidentes de la muerte de Ivan Ilitch puedan impedir que pasemos hoy la noche agradablemente.

Y esto mismo fué lo que dijo en voz baja á Piotre Ivánovitch cuando éste pasó por su lado. Le proponía hacer aquella noche la partida en casa de Fedor Vassilievitch; pero la suerte lo había dispuesto de otro modo. Piotre estaba condenado á no jugar al *whist* aquella noche.

La esposa del difunto, Praskovia Fedorovna, de corta estatura, obesa, y que á pesar de todos sus esfuerzos para combatir la gordura parecía una botarga, vestida de negro y cubierta con un velo de encaje, negro también, con las cejas tan enarcadas como aquella otra otra dama que permanecía junto al féretro, salió de sus habitaciones en compañía de otras señoras, y conduciéndolas hasta la puerta de la cámara mortuoria, dijo en voz alta:

— Las oraciones para el difunto van á empezar en seguida: entrad.

Schwarz saludó de una manera indecisa, como la de quien ni acepta ni rehusa la invitación; pero habiéndose fijado la viuda en Piotre Ivánovitch, suspiró, se acercó á él y le dijo dándole la mano:

— Sé que erais un sincero y buen amigo de Ivan; — y al decir esto, lo miró como exigiéndole una respuesta.

Piotre Ivánovitch comprendió que ahora, en vez

de hacer la señal de la cruz, era de buen gusto estrechar la mano que se le tendía y decir tras un suspiro:

— Creedme, señora...

Y fué lo que hizo, y después de haberlo hecho vió que había obtenido el resultado que se propusiera, esto es, el de aparecer tan conmovido como ella.

— ¿Queréis seguirme? Aun no han empezado; tengo que hablaros, — dijo ella. — Dadme el brazo.

Piotre Ivánovitch la ofreció el brazo y ambos se dirigieron á las habitaciones de la viuda.

Cuando pasaron por delante de Schwarz, dirigió éste una mirada de compasión á Piotre y le guiñó el ojo; aquel guiño y aquella mirada parecían decir:

— ¡Adiós, partida de *whist*! no os extrañe que os reemplacemos con otro; si conseguís veros libre, nos haréis el quinto en la partida.

Piotre Ivánovitch suspiró más hondamente y con mayor tristeza, y Praskovia le estrechó la mano con más reconocimiento aún.

Al entrar en el gabinete tapizado de cretona color de rosa, débilmente alumbrado por una lámpara, se sentaron cerca del velador, ella en un sofá y él en un *puf* bastante bajo, cuyos deteriorados muelles crujieron al peso de su cuerpo.

Praskovia tuvo por un momento la idea de invitarle á que tomara una silla; después se percató de

que tal solicitud no era propia de aquellas tristes circunstancias, y no lo hizo.

Piotre recordó la época en que Ivan Ilitch amuebló aquella estancia y le pidió su opinión respecto á aquella cretona, fondo rosa, esmaltado de hojas verdes.

El gabinete estaba atestado de muebles y de *bibelots*, y la viuda, al pasar por delante del velador para tomar asiento en el sofá, dejó enganchar, involuntariamente, el velo de encaje en uno de los relieves de la mesa.

Piotre Ivánovitch se levantó para acudir en su ayuda: los muelles del *puf*, libres de su peso, se pusieron en acción.

La viuda se empeñó en desenredar por sí misma el velo, y Piotre se sentó con trabajo sobre el averiado *puf*; pero no habiendo conseguido aquélla su propósito, hubo de levantarse de nuevo; los muelles, otra vez libres, saltaron quejumbrosamente.

Restablecióse el orden: la viuda sacó de su bolsillo un pañuelo de batista y pudo dejar, por fin, que corrieran sus lágrimas.

El episodio del *puf* y el del encaje habían calmado la emoción de Piotre Ivánovitch, quien se calló con sombrío gesto.

Afortunadamente, aquel embarazoso silencio fué interrumpido por la llegada de Sokolof, mayordomo del difunto, quien manifestó á la señora que el terreno elegido por ella en el cementerio, costaría 200

rublos. Praskovia enjugó al punto sus lágrimas, miró á Piotre con ademán de víctima, y le dijo en francés que era muy desgraciada.

Ivánovitch hizo una señal afirmativa como indicando su profunda convicción de que no podía menos de ser así.

—Fumad, os lo ruego,—dijo Praskovia con aire abatido y magnánimo á la vez; luego, volviéndose hacia Sokolof, se puso á discutir sobre el precio del terreno, discusión larga y entretenida que escuchó Piotre Ivánovitch en tanto se fumaba un cigarrillo.

Terminado el asunto del terreno, la emprendió Praskovia con el de los curas, y cuando dió éste también por terminado, se retiró Sokolof.

—Me ocupo de todo por mí misma,—dijo la viuda empujando con la mano los albums que había sobre el velador, al ver que la ceniza del cigarrillo amenazaba caer sobre ellos, y se apresuró después á acercarle un cenicero.

—Creo que sería hipócrita, de mi parte, pretender que el dolor me impide ocuparme de las cosas del momento; al contrario, si hay algo que pueda, ya que no consolarme, distraerme, es atender á todo lo que tiene relación con él.

Sacó nuevamente el pañuelo del bolsillo y se disponía á reanudar el llanto, pero cambió de modo de pensar y aparentando hacer un esfuerzo sobre sí misma, empezó á hablar con voz tranquila.

—Tengo que hablaros de negocios,—dijo.

Piotre Ivánovitch se apoyó, inclinándose en los muelles del *puf*, que empezaron á crujir de nuevo.

—He sufrido mucho en estos últimos días.

—¿Mucho?

—¡Oh, terriblemente! Se llevó gritando no los últimos minutos, sino bastantes horas. Estuvo gritando tres días seguidos sin parar; aquello era intolerable. En verdad que no comprendo como he tenido fuerzas para soportarlo; se le oía en toda la casa. ¡Oh! ¡cuánto he sufrido!

—Tenéis razón; ¿y conservó siempre el conocimiento?

—Hasta el último instante. Se despidió de nosotros un cuarto de hora antes de morir y me pidió que le llevase á Volodia.

La idea de los horribles padecimientos por que había pasado aquel hombre á quien él había conocido de muchacho, de colegial, de colega, y por último, de compañero en el juego, horrorizó á Piotre Ivánovitch, á cuyo pensamiento acudió la imagen del difunto con su frente de color de cera y su nariz caída sobre el labio superior, helándole de miedo.

—Tres días de padecimientos horribles y, después, la muerte... Lo mismo puede sucederme á mí de un día á otro; quizás en este mismo instante,—pensó, y aquella idea le atemorizó, durante medio minuto, porque inmediatamente después, y sin saber cómo, le sobrevino la idea de que todo aquello le había

ocurrido á Ivan y no á él, que todo aquello no podía ni debía sucederle á él; que pensando de aquel modo se proporcionaba á sí mismo impresiones tristes contra las que era preciso luchar, como lo demostraba el semblante risueño de Schwarz.

Hecho este razonamiento, se sintió Piotre aliviado de un gran peso. Preguntó, pues, á la viuda pormenores de la muerte de su amigo como si la muerte fuese un hecho que no pudiera acaecer más que á Ivan Ilitch, y jamás á él en modo alguno.

Después de largas divagaciones sobre los padecimientos físicos, verdaderamente horribles, que habían aquejado á Ivan Ilitch (en la parte tan sólo que habían alterado los nervios de la viuda), consideró ésta llegado el momento de hablar de negocios.

—¡Oh, Piotre! ¡cuán doloroso es esto! ¡cuán terriblemente doloroso!

Y se echó á llorar á moco tendido.

Ivánovitch guardó silencio y esperó con impaciencia á que la viuda se sonase las narices. Cuando lo hubo hecho, le dijo:

—Creed, señora...

Pero ella le interrumpió con extremada volubilidad.

El objeto principal de su conversación era el de saber qué cantidad podría recabar aún del Tesoro con ocasión de la muerte de su marido. Aparentó querer conocer la opinión de Piotre acerca de la

pensión que le correspondiera, y pronto echó de ver éste que la viuda sabía más que él en tal materia; que conocía detalles que él ignoraba, y que sus preguntas iban dirigidas á saber si había algún medio hábil de obtener mayores beneficios.

Piotre Ivánovitch pensó en ello un rato y, después de reflexionar y de acusar de cicatero y miserable al gobierno, declaró que era imposible obtener más de él.

Ella suspiró entonces con tristeza, y es evidente que pensó en la manera de desembarazarse de su interlocutor.

Él lo comprendió así; apagó el cigarrillo; se levantó; estrechó la mano de la viuda, y se dirigió á la antesala.

En el comedor, adornado con un reloj de fantasía que el difunto había comprado en un bazar, y que causaba su delicia, encontró al sacerdote y á otras personas que habían concurrido á los salmos fúnebres.

También vió allí á la bella hija del finado, de riguroso luto, y cuyo cuerpo esbelto lo parecía aun más con aquel traje.

Tenía el ademán resuelto, fosco, hasta enojado, y la mirada que lanzó sobre Piotre Ivánovitch parecía una acusación por lo que había ocurrido.

Detrás de ella se hallaba su prometido, un juez de instrucción, joven y de semblante igualmente taciturno.

Piotre Ivánovitch los saludó con gravedad y se dirigió á la cámara mortuoria.

En un rincón de la antecámara vió á un joven colegial, al hijo de Ivan Ilitch, imagen viva de su padre, y al verlo, creyó volver á encontrar á su amigo de la infancia, cuando ambos iban juntos á la clase de derecho.

Los ojos del joven estaban llenos de lágrimas: cuando observó que lo miraban, puso mal gesto y se ocultó tras la cubierta del féretro, con aire tímido y confuso.

Piotre Ivánovitch le hizo una indicación amistosa con la cabeza y entró en la habitación en que se hallaba el difunto.

Acto seguido empezaron los oficios con el obligado acompañamiento de lágrimas, lamentos, sollozos y cirios encendidos.

Piotre Ivánovitch se mantuvo de pie con ademán triste y mirando al suelo.

No dirigió al cadáver ni una sola mirada y luchó hasta el último instante contra la penosa impresión que le causaba aquel espectáculo.

Fué uno de los primeros en abandonar la cámara mortuoria.

En la antecámara no encontró á nadie.

Guerassim, el aldeano que ejercía de acólito, salió precipitadamente de la cámara, dejó caer al suelo todos los abrigos hasta encontrar el de Ivánovitch y le ayudó á éste á ponérselo.

—¡Qué triste es esto, amigo Guerassim!—dijo Piotre, por decir algo.

—Es la voluntad de Dios. Por ello hemos de pasar todos,—repuso Guerassim, sonriendo y enseñando sus dos filas de dientes blancos y grandes como de aldeano.

Abrió con rapidez la puerta de entrada; llamó al cochero de Ivánovitch; ayudó á éste á subir al coche y volvió apresuradamente hacia las gradas, como quien se pregunta si aun tiene que hacer otra cosa. Piotre respiró con placer sin igual el aire fresco, libre del olor á cadáver, á incienso y ácido fénico de que estaba saturada la cámara mortuoria.

—¿A dónde llevo al señor?—preguntó al cochero.

—Aun no es demasiado tarde para ir á casa de Fedor Vassilievitch.

Y Piotre llegó á ella en efecto, con la oportunidad suficiente para tomar parte como quinto en el juego.

II

La historia de Ivan Ilitch era una de las más sencillas, de las más comunes y de las más lastimosas.

Murió á la edad de cincuenta y cinco años, desempeñando el cargo de consejero del tribunal de apelación.

Era hijo de un funcionario. Después de haber servido en toda clase de oficinas y de ministerios en San Petersburgo, su padre había conseguido ocupar una posición que, aunque brillante, demostraba, de una parte, que él era incapaz para todo, y de otra, que, en atención á sus largos servicios y alta categoría, no podía despedírsele.

Para tales personas se crean destinos ficticios con sueldos de seis á diez mil rublos, que les permiten concluir con holgura sus días.

Tal era el consejero privado Ilia Egórovitch Golo-

vine, miembro inútil de diferentes instituciones, inútiles á su vez.

Tenía tres hijos.

El segundo de ellos era Ivan Ilitch.

El primero, digno hijo de su padre, había seguido la misma carrera y se acercaba ya á la edad en que suele recompensarse la inutilidad continuada con un destino insignificante y bien retribuido.

El tercero era un holgazán que se había perjudicado en todos los destinos que había ejercido y que había acabado por tener una modesta posición en los caminos de hierro.

Su padre, sus hermanos y las mujeres de éstos, sobre todo, hacían cuanto les era posible por olvidarse hasta de su existencia.

La hermana se había casado con el barón Gref, funcionario como su suegro; pero el fénix de la familia era Ivan Ilitch.

Menos frío y meticulouso que el hermano mayor y menos tronera que el menor, ocupaba el justo medio entre ambos: era inteligente, alegre, agradable y conveniente en todas circunstancias.

Había sido educado con su hermano menor en la Escuela de derecho; pero así como éste no terminó sus estudios y fué expulsado el quinto año, Ivan fué un buen discípulo y los acabó con aprovechamiento.

Su carácter se había fijado ya en la Escuela de derecho: desde entonces era un hombre capaz, alegre,

bondadoso, de agradable trato; pero severo en todo aquello que consideraba como un deber.

Había tenido, respecto al deber, las mismas ideas que sus superiores. Nunca adulador, parecíase á las moscas que buscan siempre la luz. Todos sus esfuerzos se dirigían á elevarse al nivel de las personas que ocupaban una posición superior á la suya; á asimilarse á sus maneras, su punto de vista, y á mostrarse digno de su amistad y confianza.

Las calaveradas de niño y de joven no marcaron en su vida profunda huella. Todo cuanto hacía, lo lo hacía á medida del deseo que su razón le dictaba: sensualismo, vanidad, hasta las ideas liberales, todo lo encerraba en los límites de la conveniencia.

Algunos de los actos cometidos por él durante su asistencia á las aulas, le parecían indignos de su persona y le inspiraban un sentimiento de horror contra sí mismo en la época que los cometió. Más tarde se convenció de que los más elevados personajes cometen iguales actos sin escrúpulo alguno de conciencia. Entonces no les concedió ya tanta importancia, é hizo lo posible, no ya para cohonestarlos, sino para olvidarlos, y no pensó más en ellos.

Cuando terminó la carrera de leyes, se mandó vestir por el mejor sastre; colocó en la cadena de su reloj un medallón con la inscripción: *Réspice finem*; se despidió de sus profesores; cenó con sus compañeros en Dodone, y provisto luego de todo lo necesario, como cofre, vestidos, útiles de afeitar, obje-

tos de tocador, ropa blanca, *plaid*, de todo cuanto pudiera necesitar un hombre á la moda, marchó para la provincia en que iba á desempeñar el cargo de auxiliar del Gobernador, empleo obtenido por la influencia de su padre.

No tardó en crearse en la provincia una posición tan agradable y tan fácil como en la Escuela de derecho.

Servía, adelantaba en la carrera, y sabía divertirse dentro de los límites de la conveniencia.

De vez en cuando le confiaban sus jefes misiones para diferentes localidades de la provincia, las más de las veces contra Sectarios, y las desempeñaba con puntualidad y honradez escrupulosas, de lo que él mismo se enorgullecía.

A pesar de sus pocos años y de su inclinación á los placeres fáciles, sabía ser, cuando sus funciones lo exigían, frío, funcionario no más, y hasta severo.

En sociedad era siempre divertido, espiritual, conveniente, buen chico, como decían su jefe y la mujer de su jefe, de la que era el niño mimado.

En fin, tuvo relaciones con una mujer de mundo que lo persiguió con su amor apasionado.

También tuvo en su vida una modista, orgías con oficiales transeuntes, partidas de placer después de cenar, en los más apartados barrios de la ciudad.

Hubiera podido acusársele de haber adulado á su jefe y la mujer de su jefe; pero ponía en todo tal

sello de distinción, que no había medio de calificar de indigna su conducta.

No se le podía aplicar mayor severidad que la siguiente frase: Es preciso pasar la juventud.

Y la pasaba convenientemente con manos blancas, con camisas limpias, con frases francesas, y, sobre todo, en la mejor sociedad: motivo por el cual obtenía la aprobación de sus superiores.

Ivan Ilitch permaneció cinco años de auxiliar del gobernador.

Llegaron luego las reformas judiciales y se hicieron necesarios hombres nuevos.

Ivan Ilitch estuvo á la altura de su situación y llegó á ser el hombre del momento.

Aceptó el cargo de juez de instrucción que se le confirió, aunque sus nuevas funciones le obligasen á dejar su antigua residencia, y despedirse de añejas relaciones para crear otras nuevas.

Su marcha fué un verdadero acontecimiento: sus amigos le acompañaron y le ofrecieron una petaca de plata: todos se agruparon en derredor suyo... y partió.

En sus nuevas funciones de juez de instrucción, Ivan Ilitch continuó siendo el mismo, la corrección suma, y supo separar sus deberes administrativos de sus deberes sociales é inspirar á todo el mundo el respeto profundo de siempre.

El cargo de juez de instrucción tenía para él mucho atractivo.

En otras ocasiones, cuando era auxiliar del gobernador, sentía cierto placer en atravesar los salones atestados de pretendientes y de empleados que le miraban con envidia entrar en el despacho de su jefe sin previo anuncio para tomar el té, ó para hablar con él familiarmente y fumarse un cigarrillo.

Pero el número de personas que dependían de él era muy reducido: en su mayor parte jefes de policía de los distritos de los Sectarios á quienes se le había dado la comisión de juzgar, y aprovechaba aquellas raras ocasiones para hacerles conocer que tenía mucho poder sobre ellos; que podía ajetrearlos, y que los trataba, sin embargo, con dulzura y bondad.

Ahora que era juez de instrucción comprendía que todos, sin excepción alguna, desde el más alto al más bajo, y hasta los más independientes, dependían de su benevolencia.

Le bastaba escribir algunas palabras en papel sellado para que la personalidad más importante fuese conducida á su presencia como acusado ó como testigo, y para que, si lo quería, aquel personaje permaneciese de pie ante él para responder á las preguntas que le hiciera.

Ivan Ilitch no abusaba jamás de aquel poder y, por el contrario, procuraba atenuar sus efectos; pero sólo la conciencia de aquel poder y la facultad de atenuarlo, como quisiera, llenaban de orgullo su alma.

Al instalarse en la nueva ciudad, no tardó en adquirir nuevas relaciones: al cambiar de servicio cambió de todo.

Se mantuvo á respetuosa distancia de las autoridades gubernamentales y de las personas que las rodeaban; se unió á un pequeño grupo formado por la nobleza y la magistratura; tomó una ligera actitud de oposición al gobierno, y se hizo liberal moderado y ciudadano rígido.

Sin abandonar su compostura elegante, dejóse crecer la barba.

La vida de Ivan en su nueva residencia empezó con aspecto encantador: la sociedad que hacía la oposición al gobierno era selecta y agradable.

Uno de los mayores encantos en su nueva existencia, fué el *whist*, á cuyo juego se dedicó con pasión. Poseía el raro don de jugar á los naipes sin perder ni un átomo de su sangre fría, y sabía calcular rápidamente y con tanta precisión, que rara vez perdía.

Dos años después conoció á la que había de ser luego su esposa.

Praskovia Fedorovna Mickel era la joven más atrayente, más espiritual y más brillante de la sociedad á que pertenecía Ivan Ilitch.

Uno de los mayores placeres que se creó Ivan para descanso de sus quehaceres de juez de instrucción, fué su trato con Praskovia.

De auxiliar del gobernador, fué Ivan un bailarín

impenitente: juez de instrucción, no bailaba sino muy rara vez y en ocasiones extraordinarias: quería demostrar que, aunque funcionario de quinta clase, si se proponía bailar lo hacía mejor que los demás.

No tomaba parte en el baile hasta última hora, y a la única mujer que elegía por pareja era a Praskovia.

En el curso de una de aquellas veladas hizo su conquista: ella se prendó de él.

Iván no había pensado nunca en el matrimonio; pero cuando conoció que la joven lo amaba, se dijo:

— ¿Por qué no he de casarme? La muchacha es de buena familia, no es fea y posee alguna fortuna.

Es natural que, de haberlo querido, hubiese encontrado Ivan un partido más brillante, pero aquél tampoco era de desdeñar. Confiaba que su mujer aportaría al matrimonio una renta igual al sueldo que él gozaba: además, la joven tenía una parentela poderosa; ella era gentil, hasta linda y, sobre todo, de una distinción sin igual en sus modales y en su trato.

Sería inexacto afirmar que se casó con ella por amor ó porque juzgase que su alma era capaz de comprenderlo, como también lo sería decir que lo hizo únicamente porque su círculo vió con buenos ojos aquel casamiento, y, sin embargo, aquellas dos fueron las razones que lo decidieron.

Al enlazarse con Praskovia Fedorovna, estaba seguro de complacerse a sí mismo y de proceder

de modo que aprobasen su decisión las personas más elevadas.

El ceremonial del casamiento, la luna de miel, las ternuras de los primeros días, el nuevo mobiliario, la nueva vajilla, el nuevo equipo, y hasta los primeros meses de embarazo, transcurrieron dulcemente.

Ivan Ilitch empezaba á creer que el matrimonio, lejos de turbar lo agradable de su vida, conveniente en todos los casos y en un todo conforme con las exigencias de la sociedad, no haría más que aumentar sus encantos; pero después de los primeros meses de embarazo sobrevino algo inesperado, algo penoso, algo hasta cierto punto inconveniente, algo, en fin, que ni podía esperar ni tenía medios de combatir.

Su mujer, sin motivo alguno,—como él decía,—empezó á turbar frecuentemente la tranquilidad y la armonía del matrimonio. Se hizo celosa; provocó escenas desagradables y de mal gusto y exigió que la mimara continuamente.

En un principio, creyó Iván poder desvanecer aquella nueva fase de su existencia aparentando no ver el áspero humor de su esposa, y continuó con su sistema de vida fácil y agradable, invitando á sus camaradas y yendo por la noche al club ó á casa de sus amigos.

Pero una mañana le apostrofó su mujer tan enérgica y tan groseramente, y promovió luego escenas

tan escandalosas siempre que él intentaba resistir á sus caprichos, que llegó á aterrorizarse.

Era evidente que se había propuesto seguir aquella conducta hasta que él se sometiera, es decir, hasta que se resignara á permanecer con ella en la casa y compartir su fastidio.

Ivan empezaba á decirse que la vida conyugal, lejos de concurrir al embellecimiento de la existencia y á su mayor agradabilidad, no hacía más que turbar su armonía, y empezó á buscar los medios para defenderse de aquella tiranía conyugal.

Sus ocupaciones oficiales eran lo único que respetaba Praskovia, y de ellas se amparó Ivan para luchar contra su mujer y defender su libertad individual, creándose, al efecto, un círculo aparte.

Con el nacimiento del niño, las tentativas de la lactancia y las dolencias reales é imaginarias de la criatura y de la madre, no cesó el desacuerdo ni hizo otra cosa que aumentarse y prosperar. Se exigió de Ivan que participase de todos los disgustos domésticos de los que no comprendía ni pizca, y entonces resultó más evidentemente para él la necesidad de crearse una existencia aparte.

A medida que su mujer acrecía en irritabilidad y en exigencias, Iván se consagraba con más interés á sus asuntos profesionales, y al dedicarse á ellos con ahínco se hizo más ambicioso que antes.

Al cabo de un año, comprendió que la vida conyugal, sin dejar de ofrecer algunas ventajas desde

el punto de vista de la comodidad, era, sin embargo, muy complicada y muy penosa y que para llenar por completo sus deberes, es decir, para llevar una vida conveniente, aprobada por la sociedad, era preciso crearse en ésta una posición muy determinada.

Y llegó á tenerla: no exigió de su familia más que lo que ésta podía darle, es decir, todas las comodidades de la casa y todo el decoro posible: no pedía más que agradabilidad, y cuando la obtenía, se mostraba satisfecho y agradecido.

Tan pronto como se veía hecho el blanco del mal humor de su mujer, se encerraba en el pequeño círculo que se había creado y se complacía en dedicarse á los trabajos que exigía el desempeño de su cargo.

Ivan Ilitch estaba considerado como funcionario inteligente y celoso. A los tres años fué promovido al empleo de sustituto de fiscal.

Sus nuevos deberes; la importancia que éstos entrañaban; la facultad que tenía de acusar y de encarcelar; los discursos en público y los éxitos que obtuvo, todo concurrió á hacerle más querida su nueva posición.

Tuvo más hijos; con el incremento de la familia aumentó la aspereza del carácter de su mujer; pero la posición que él se había creado dentro de la familia, le hacía casi invulnerable á los ataques de Praskovia.

A los siete años de residencia en la misma ciudad, fué promovido al cargo de fiscal para otro gobierno, al que tuvo que marchar con toda su familia.

Aunque los ingresos fueran mayores, también la vida resultó más cara, y llegó á faltar el dinero: la muerte de dos de sus hijos aumentó el desacuerdo latente del matrimonio é hizo más insoportable la vida de Ivan. Praskovia acusaba á su marido de todas las desgracias de que eran víctimas en su nueva residencia.

El objeto preferente de las discusiones entre marido y mujer, el de la educación de los hijos, levantaba frecuentes tempestades y amagaba á cada instante con una querella.

Los únicos momentos de respiro eran los raros periodos en que el amor se despertaba en los esposos, y estos periodos eran de corta duración: constituían risueños oasis en los cuales tomaban aliento algunos instantes, para caer de nuevo y con mayor ímpetu en el desierto arenal de su odio silencioso y de su alejamiento mutuo.

Aquel alejamiento, lejos de contristar á Ivan, era necesario para su reposo, había hecho de él el objetivo de su existencia.

Su propósito era prescindir cada vez más de lo desagradable y verse en libertad completa.

Para conseguirlo, paraba el menor tiempo posible con su familia, y cuando no podía hacer otra cosa, se rodeaba de extraños; pero su gran refugio

era su posición de fiscal y los deberes consiguientes á dicho cargo.

Su vida iba deslizándose, pues, agradable y fácilmente entre sus deberes de fiscal, sus éxitos oratorios, las comidas, las conversaciones con sus colegas, y el *whist* sobre todo.

Pasaron otros siete años.

Su hija mayor había cumplido diez y seis años: acababa de morir otro de sus hijos, y no le quedaba ya más que un solo varón que era el objeto de no interrumpido disturbio entre los esposos.

Iván quería enviarlo á estudiar derecho. Praskovia, por espíritu de oposición, lo metió en un colegio.

La hija fué educada en casa.

El joven era muy estudioso, y ambos muy buenos chicos y muy conformes.

III

Habían transcurrido diez y siete años desde su casamiento. Ivan era ya uno de los fiscales más antiguos y había rehusado varias veces su ascenso con la esperanza de obtener un buen cargo, cuando sobrevino de repente un acontecimiento desagradable que turbó su pacífica existencia.

Esperaba obtener la plaza de presidente del tribunal en una ciudad universitaria, cuando Hoppé fué nombrado para dicho cargo. Irritóse, se quejó, se enemistó con sus jefes y aquel enfriamiento de relaciones hizo que no fuese incluido en la promoción siguiente.

El año 1880 fué el más penoso para Ivan, quien llegó á convencerse de que sus recursos no bastaban á cubrir sus atenciones, y además, de que todos lo abandonaban y que lo que él consideraba como injusticia irritante era, según los demás, la cosa más natural del mundo. Su mismo padre no se creía

obligado á ayudarle. Veíase abandonado de todos, y se indignó de que lo pudieran considerar dichoso en una posición tan modesta como la suya y con ingresos que no pasaban de tres mil quinientos rublos.

Cuando pensaba en las injusticias de que había sido objeto, en las eternas quejas de su mujer, en las deudas que le atormentaban por haber gastado más de lo que sus medios le permitían, se creía muy desgraciado y muy digno de compasión.

Con el objeto de hacer economías pasó con su familia el verano de aquel año nefasto, en la hacienda de su cuñado.

Por la primera vez de su vida conoció en la ciudad el fastidio, pero fastidio mortal, y convencido de que era imposible continuar de aquel modo, decidió adoptar enérgicas medidas para salir de aquella posición.

Después de pasar una noche en claro paseándose por la terraza, decidió ir á San Petersburgo, hacer allí las gestiones necesarias y cambiar de ministerio para castigo de todos aquellos que no habían sabido apreciarle.

Al siguiente día, y á pesar de cuanto hicieron su mujer y su cuñado para disuadirlo, marchó para San Petersburgo.

Al marchar, no tenía más intención que la de obtener, haciendo para ello todo lo posible, un destino de cinco mil rublos, sin preocuparse de la impor-

tancia que el destino tuviera: lo que le importaba era el sueldo, bien fuese en un Banco, ó en un camino de hierro, en los institutos benéficos de la emperatriz María, en las aduanas, en cualquier parte, con tal de abandonar el ministerio de Justicia que en tan poco había tenido sus servicios y sus méritos.

El viaje fué coronado de un éxito tan inesperado como brillante.

En Kursk, un amigo suyo, M. Iline, entró en el vagón de primera clase en que él iba y le dió la importante noticia de que en el gobierno se acababa de recibir un telegrama, según el cual habría grandes cambios en el ministerio de Justicia. Piotre Ivánovitch remplazaría á Ivan Seménovitch.

Además de la influencia que aquel cambio ejercería sobre Rusia, tenía para Ivan una gran importancia. Aparecía en candidatura un nuevo personaje que no dejaría de proteger á uno de sus antiguos amigos: aquel personaje era Zachar Ivánovitch.

La noticia le fué confirmada en Moscou.

Llegado á San Petersburgo, fué Iván á ver á su amigo Zachar, quien le prometió un buen cargo en el ministerio de Justicia.

Ocho días después telegrafiaba á su mujer: *Zachar ocupa plaza Miller: en la primera promoción obtendrá destino.* Gracias á aquella protección, recibió Ivan un cargo en su antiguo ministerio que suponía dos ascensos y lo elevaba sobre todos sus colegas:—Cinco

mil rublos de sueldo y tres mil quinientos para gastos de viaje.

Toda su inquina contra sus enemigos y contra su ministerio, se desvaneció como por encanto.

Iván se sintió completamente dichoso.

Regresó á la ciudad alegre y contento como no lo había estado desde hacía mucho tiempo. Praskovia se serenó también y entre ambos se estableció un armisticio.

Ivan refería cómo se le había festejado en San Petersburgo, cómo se habían sentido humillados sus enemigos y lo adulaban, y cómo lo quería todo el mundo en aquella capital. Praskovia, aparentando creerlo, no pensaba más que en la vida que en lo sucesivo harían en la gran ciudad.

Ivan advirtió con júbilo que los proyectos de su mujer se conformaban en todo con los suyos; que la armonía de su vida, turbada durante mucho tiempo, iba á restablecerse, y que podría disfrutar en lo futuro de una vida conveniente y agradable.

No permaneció mucho tiempo en la ciudad: debía tomar posesión de su nuevo destino el 10 de septiembre y empezar lo más pronto posible los preparativos de instalación, trasportar sus muebles, comprar otros nuevos, en una palabra, instalarse según sus sueños dorados y los de su mujer, que por aquella vez coincidían. Y ahora, que todo se había arreglado tan bien y que tan de acuerdo marchaban, les entró con tal ímpetu el cariño recíproco,

que no se lo habían tenido mayor en el primer año de su matrimonio.

Quiso llevarse consigo la familia, pero ante el ruego de sus cuñados cuya amabilidad había acrecido en los últimos tiempos, Ilitch la dejó con ellos y partió solo.

Y marchó, y el buen humor, resultante de su nueva fortuna y del buen acuerdo establecido entre su mujer y él, no lo abandonó ya nunca.

Encontró un departamento encantador, conforme su mujer y él deseaban. Grandes habitaciones para recibir, con magníficos y elevados cielos rasos, estilo antiguo; un gabinete grandioso y cómodo para despacho; hermosos cuartos para su mujer y para su hija; otro cuarto de estudio para su hijo: todo estaba como hecho expresamente para ellos.

Ivan se ocupó por sí mismo de todos los detalles de la instalación; eligió las tapicerías, compró los muebles, sobre todo, aquellos que tenían cierto sello de antigüedad, las telas y las cortinas. A cada momento se convencía de que todo se aproximaba al ideal soñado. Cuando llegó a la mitad de sus trabajos de instalación, el resultado obtenido superó al sueño que había acariciado.

Comprendió en seguida el tono de elegancia que tendría el departamento cuando todo hubiese terminado, y al dormirse, veía en sueños el salón, amueblado con sillitas originales, con porcelanas, bronce y colgaduras. Gozaba con la idea del pla-

cer que todo aquello causaría a su mujer y a su hija, que eran inteligentes en cuestiones de decorado. Algunos muebles antiguos que había tenido ocasión de adquirir, daban a todo el departamento un carácter muy particular de riqueza y buen tono.

En sus cartas trataba de describir el conjunto, pero siempre por bajo de la realidad, con el fin de sorprender más a su familia.

En mitad de una audiencia, se le ocurría pensar en la forma de un portier ó de un cortinaje.

El mismo se ocupaba en recoger las colgaduras y en rectificar la colocación de los muebles. Un día, al subir por una escala de mano para arreglar un tapiz, dió un paso en falso y cayó, pero como era fuerte y ágil, se contuvo y no se hizo daño más que en el costado izquierdo. Sólo sintió un dolor pasajero, que se calmó al cabo de algunos días: por lo demás, se sentía con más salud que nunca, estaba alegre y era dichoso.

—Me parece que soy tan joven como hace quince años,—le escribía a su mujer.

Los preparativos duraron hasta fin de octubre, pero el éxito sobrepujo a cuanto esperaba: todo el mundo quedó encantado.

En el fondo era lo mismo que en las casas de todas las personas que, sin ser ricas, tienen la pretensión de parecerlo: telas, bronce, flores, tapices, oropel; todo lo que se ha inventado para imitar la verdadera riqueza y la verdadera elegancia.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1925 MONTERREY, MEXICO

34916

Cuando Ivan hizo entrar á los suyos en la antecámara llena de flores, en el salón, en el gabinete, y vió su admiración y su alegría quedó lleno de orgullo.

Mientras tomaban el té, le preguntó su esposa si se había hecho daño al caer de la escala y él le contestó:

—Soy un hábil gimnasta: otro cualquiera se hubiera estrellado: yo no me hice más que una contusión de la que no me ha quedado más que un cardenal.

Al cabo de algún tiempo notaron, como sucede siempre, que el departamento era demasiado pequeño para ellos y que el sueldo era insuficiente.

Los primeros días fueron de dicha completa.

De vez en cuando se elevaba entre los esposos una nubecilla ligera que se disipaba en breve. Cuando terminó todo y no hubo ya que comprar ni que arreglar nada, la vida se les hizo algo monótona; pero las nuevas relaciones y las nuevas costumbres vinieron á llenar su existencia.

Ivan regresaba siempre alegre á su casa después de haber permanecido en el tribunal toda la mañana: la única cosa que le incomodaba era hallar algo puesto en desorden: le bastaba descubrir una mancha, un trozo de cinta descosido, ó una silla fuera de su sitio, para gemir irritado: le había costado todo tanto trabajo y tantos cuidados, que no podía ver friamente que no se respetase su obra; pero fuera

de esto, parecíale á Ivan que su vida empezaba á deslizarse á gusto suyo y conforme con sus deseos, esto es, agradable, plácida y convenientemente.

Se levantaba á las nueve; tomaba el café y leía el periódico: luego se endosaba el uniforme y se dirigía al tribunal.

Todo marchaba en él como sobre ruedas y según las costumbres arraigadas después de muchos años: peticiones, notas tomadas en la cancillería, la cancillería misma, y las sesiones públicas ó á puerta cerrada.

Tenía que separar de su camino todo lo que no se relacionase con las funciones de su cargo: necesitaba poner á las personas en actitud tal, que no se permitiesen otra clase de relaciones que las relaciones administrativas.

Un caballero llega, por ejemplo, á pedir un dato: si aquel dato no tiene nada que ver con las funciones de Ivan Hlitch, éste no se cree obligado á facilitarlo; pero si el dato se le ha de facilitar en papel sellado, ya es otra cosa, é Ivan hará cuanto pueda para dárselo tan completo como lo pueda desear el solicitante, y lo hará con toda la amabilidad compatible con su posición.

Ivan había tenido el talento de marcar una línea divisoria exacta entre su vida privada y su vida pública.

Como un verdadero artista, se permitía de vez en cuando pequeñas distracciones, y se las permitía

porque tenía fuerza de voluntad suficiente para detenerse cuando le convenía, y para contener á los demás en su verdadero terreno.

En el tiempo que sus ocupaciones le dejaban libre, hablaba amistosamente, tomaba té, fumaba cigarrillos, y charlaba de política, de negocios públicos, de juegos de naipes y, sobre todo, de promociones.

Después, fatigado pero feliz por haber ejercido, como *virtuoso*, su parte de primer violín en la orquesta administrativa, entraba en su casa.

Allí marchaba todo á medida del deseo. Su mujer y su hija recibían, ó hacían visitas: su hijo asistía al colegio; preparaba sus lecciones con un pasante, y estudiaba mucho y bien el programa del curso.

Después de comer, si no había convidados, leía el libro de moda, aquél de que todos hablaban, y por la noche, se ocupaba en sus asuntos, leía las piezas de los procesos que tenía que presidir y buscaba las leyes aplicables á ellos.

Ni le divertía ni le aburría este trabajo, sobre todo, si no le privaba de jugar una partida de *whist*.

Todo ello era más interesante que pasarse la velada entera con su mujer.

Uno de los mayores placeres de Ivan eran las comidas que daba á altos personajes y en las cuales todo pasaba como ordinariamente pasa en la mejor sociedad.

También dió cierta noche un baile. Ivan estaba encantado pero; desgraciadamente fué causa de un gran altercado entre marido y mujer á propósito de los pasteles y de los bombones.

Praskovia tenía su pensamiento. Ivan insistió en que todo se tomara en casa del mejor confitero: los pasteles no fueron servidos en la mesa, y la factura se elevó á cuarenta rublos. El altercado fué serio: ella trató á su marido de imbécil y de idiota: él se cogió la cabeza con las manos y huyó hablando de divorcio.

La *soirée* fué, sin embargo, de gran éxito: se congregó en su casa la flor y nata de la sociedad. Ivan bailó con la princesa Frumonof, hermana de la conocida fundadora de la sociedad «Todo por la alegría».

Las satisfacciones que su cargo le procuraba eran de amor propio; los placeres sociales halagaban su vanidad; pero lo que realmente le deleitaba era el *whist*.

Confesaba que sentarse á la mesa de juego con amigos serios (no alborotadores), y hacer la partida tranquila y convenientemente, era uno de los mejores momentos de su vida. Terminada la partida, se tomaba un buen vaso de vino y se cenaba: era la única cosa que le hacía olvidar todos sus disgustos y todos sus pesares.

Después de pasar de tal modo la velada, Ivan Hlitch se acostaba feliz y contento, sobre todo, si

había ganado una pequeña cantidad: ganar mucho molesta siempre.

El marido, la mujer y la hija eran de la misma opinión en lo de elegir las personas que debieran tratar, y sin decirse una palabra ni convenirse de antemano, alejaban de sí á todos los parientes y á todos los amigos pobres que trataban de invadir su su lindo salón, repleto de bronce y de vasos chinos.

El matrimonio se deshizo pronto y completamente de ellos y no volvió á temer que su presencia fuese una mancha en medio de la selecta sociedad que frecuentaban.

La hija fué muy cortejada; pero el joven Petrischeff, juez de instrucción y heredero único de una bonita fortuna, le hizo la corte tan seriamente, que Ivan Ilitch creyó oportuno proponer á su esposa que inventase jiras á escote, paseos en *troika* ó cualquier espectáculo de sociedad, con el objeto de acercarse más á los jóvenes.

IV

Todos estaban buenos.

¿Cómo dar importancia alguna al gusto desagradable de boca que Ivan Ilitch sentía de vez en cuando y á la sensación de dolor que experimentaba algunas veces en el costado izquierdo?

Poco á poco fué acentuándose aquella sensación, si no de dolor, de pesantez, y ejerció gran influencia en el carácter sereno de Ivan Ilitch.

El mal humor no hizo más que aumentar y alterar la vida fácil y agradable de toda la familia Golovine.

Menudearon de nuevo las disputas entre marido y mujer y les costó gran trabajo poder cubrir las apariencias.

Reaparecieron los pequeños oasis en que los cónyuges podían disfrutar unos momentos de paz y de ventura, pero se hicieron más raros cada vez. Praskovia decía, con razón, que el carácter de su

marido se hacía muy difícil: con el don que ella tenía de exagerarlo todo, concluyó por pretender, y sobre todo por creerlo ella misma, que su marido había tenido siempre un carácter horrible y que habían sido y eran necesarias toda su bondad y toda su paciencia para haberlo podido soportar durante veinte años.

Verdad es que ahora era él quien rompía las hostilidades.

Ordinariamente las iniciaba antes de sentarse á la mesa ó estando comiendo la sopa: unas veces era por un plato desportillado ó rajado; otras porque el manjar no era de su gusto; bien porque su hijo hubiese puesto el codo sobre la mesa, ó bien porque el peinado de su hija no era bonito, y la responsabilidad de todo recaía siempre en Praskovia.

Al principio ella le contestaba con violencia, pero tan irritado se puso él una ó dos veces, que su mujer comprendió que aquellos accesos de cólera los provocaba su enfermedad y decidió guardar silencio y limitarse á comer.

Praskovia hizo de ello un gran mérito, y como había convenido en que su esposo tenía un carácter horrible y que la había hecho desgraciada toda su vida, se apiadó de sí misma y cuanto más digna de lástima se consideraba, más detestaba á su marido. Por una parte hubiera querido que se muriera, pero por otra comprendía la desgracia que su

muerte sería para ella, pues, sin él, cambiaría su posición.

Esta fué una nueva causa de irritación contra él.

Praskovia se juzgó tanto más desgraciada cuanto que no encontraba salida para su desgracia: irritábase cada vez más y trataba de ocultar aquella irritación en el fondo de su alma.

Aquella irritación muda exasperaba á Ivan.

Después de una escena terrible, tras de la cual él mismo confesó haber sido injusto é irascible, aunque cohonestándolo con su dolencia, su mujer insistió en que fuera á consultar con un médico y que se hiciese cuidar bien.

Ivan siguió su consejo.

Todo pasó como él había previsto, y como pasa siempre, y la larga espera en la antesala y el importante empaque del médico célebre, era el mismo empaque que Ivan sabía tomar tan admirablemente en el tribunal cuando dirigía al acusado la serie acostumbrada de preguntas, cuyas contestaciones se saben de antemano: la auscultación; cierto aire significativo que parecía decir: Confíaos á nosotros solamente y quedaréis contento: arreglaremos eso del mejor modo: no tenemos más que un procedimiento que aplicamos á la humanidad entera y que á todos satisface.

Iván comprendió que del mismo modo que él se

colocaba delante de los acusados, se colocaba el médico delante de él.

Éste le dijo:

—Esto y lo otro me hace suponer que la afección existe en aquello ó en lo de más allá; pero si un examen más profundo no justificase una de ambas suposiciones, sería preciso admitir tal ó cual cosa: por otra parte, si expusiéramos esto ó lo de más allá, etc.

Para Ivan Hitch no había más que una cosa que le interesara, y aquella cosa era saber si el estado de su salud ofrecía ó no algún peligro.

El doctor no entendió aquella pregunta, y hasta la consideró fuera de lugar. Según su opinión, la pregunta era ociosa y no merecía contestarse. Lo único interesante era saber cuál de ambas hipótesis tenía más verosimilitud: la del riñón oscilante ó la del catarro con lesión en el intestino grueso. La cuestión de vida ó muerte no le inquietaba en lo más mínimo: lo que se necesitaba determinar era lo del riñón flotante ó lo de la lesión intestinal.

Cuestión que quedó brillantemente resuelta por el médico en favor del intestino grueso.

Después, para confirmar su diagnóstico, necesitaba consultar la orina.

Aquello era exactamente lo que había hecho muchas veces Ivan con los acusados, de una manera igualmente aparatosa.

Cuando el médico dió por terminada la consulta,

se quedó mirando al paciente con aire alegre y satisfecho.

Ivan dedujo de todo aquel brillante discurso que su estado era peligroso y que ni al doctor, ni á nadie probablemente, le importaba un comino de ello.

Aquella deducción le hirió vivamente y despertó en él un sentimiento de conmiseración para consigo mismo y de profunda rabia contra aquel médico indiferente.

Se levantó en silencio: dejó sobre la mesa el importe de la consulta y dijo suspirando:

—Los enfermos acostumbramos haceros preguntas tal vez inoportunas. ¿Encontráis ó nó peligroso mi estado?

El médico le dirigió una mirada severa por encima de los cristales de sus gafas de oro, una mirada que parecía decir:

—Acusado: si no os limitáis á contestar á mis preguntas, me veré en la triste necesidad de alejarme de la sala.

—Ya os he dicho—le contestó el médico—lo que he creído necesario y útil deciros: el tiempo indicará lo demás que haya de hacerse.

Y saludó en silencio.

Ivan salió: tomó asiento en el trineo y se hizo conducir á su casa.

En el trayecto procuró entresacar de todo aquel farrago del médico la única cosa que le preocupa-

ba, á saber: ¿Era ó no de peligro su estado? Y si era peligroso, ¿hasta qué punto lo era?

A él le pareció deducir que el peligro era grande, y todo le pareció triste y taciturno en las calles.

El dolor sordo que sentía en el costado izquierdo y que no lo abandonaba ya ni un solo minuto, le pareció de más importancia después de la consulta.

Ivan se dedicó á observarse con un sentimiento de profunda tristeza.

En cuanto llegó á casa refirió á su mujer los detalles de su entrevista con el médico: su mujer le escuchó políticamente; pero, á la mitad del relato, entró su hija con el sombrero puesto y dijo á su madre que se hacía tarde para la visita que debían hacer.

La joven hizo un esfuerzo para sentarse y escuchar con paciencia lo que su padre contaba, pero al cabo de algunos segundos no pudo resistir más y se levantó: su madre siguió su ejemplo.

—Me ha gustado,—dijo,—y ahora es preciso que sigas puntualmente las prescripciones del médico y que tomes con cuidado los medicamentos: dame la receta y la enviaré con Guerassim á la botica.

Y dicho esto, fuése á hacer su tocado.

Cuando Ivan se quedó solo, exhaló un profundo suspiro y se dijo:

—Quizá tenga ella razón; quizá no sea esto cosa de cuidado todavía...

Tomó con regularidad los medicamentos; siguió

punto por punto las prescripciones facultativas, que cambiaron cuando fué consultada la orina.

En los primeros días halló Ivan un gran alivio siguiendo el tratamiento con exactitud. Su principal ocupación desde que hubo consultado con el médico fué la de tomar puntualmente las medicinas, reconocerse con atención y seguir con interés todas las funciones de su organismo.

Las preguntas relativas á la salud y á enfermedades fueron entonces la única cosa que preocupó á Ivan.

Cuando hablaban delante de él de personas enfermas, muertas ó convalecientes; cuando citaban casos que tenían semejanza con el suyo, escuchaba, tranquilo en la apariencia, ocultando su emoción y comparando todo lo que se decía con el caso suyo.

Sus dolores no se atenuaban, pero él hacía toda clase de esfuerzos para imaginarse que iba mejor, y cuando nada le alteraba, podía hacerse, hasta cierto punto, la ilusión de que así era en efecto; pero tan pronto como tenía algún disgusto con su mujer, algún fracaso administrativo ó alguna pérdida en el juego, su enfermedad se exacerbaba.

En otro tiempo solía decir después de alguna de aquellas contrariedades:

—Todo acabará por arreglarse: ya me llegará mi vez.

Pero, ahora, el menor contratiempo lo desanimaba y lo desesperaba, y solía decir:

—Iba mejor; la medicación empezaba á obrar y he aquí que esta desgracia...

Y se encolerizaba contra la desgracia aquella, y conocía que la cólera lo mataba, y no podía contenerla en modo alguno.

Parece natural que, conociendo el daño que toda incomodidad le producía, hubiese tomado las cosas con calma, y sin embargo, sucedía lo contrario y luego se desesperaba por haberse incomodado.

Lo que más agravaba su estado era el haberse dado á leer libros de medicina y á consultar con los médicos.

Iba poniéndose peor con tanta regularidad, que le era fácil hacerse ilusiones comparando cualquier día con el precedente: tan nula parecía la diferencia; pero, cuando consultaba con los médicos, le parecía que todo iba mal y que la enfermedad progresaba rápidamente.

Y, sin embargo, seguía consultando con ellos.

En el curso del primer mes fué á verse con otra notabilidad.

Este segundo médico célebre le dijo, poco más ó menos, lo que el primero.

Varió únicamente el orden de las cosas.

La consulta de esta segunda celebridad no hizo más que aumentar las dudas y el terror de Ivan.

El amigo de uno de sus amigos, que era buen médico, diagnosticó su enfermedad de una manera completamente distinta, y al prometerle que lo cu-

raría de un modo completo y rápido, de tal suerte lo embrolló con preguntas y suposiciones, que no consiguió sino acrecentar sus dudas.

La homeopatía dijo otra cosa diferente y le propinó otros medicamentos que Ivan tomó durante ocho días en globulillos; pero al cabo de dicho tiempo perdió toda su confianza en el sistema, como la había perdido en los precedentes, por no haber hallado alivio alguno, y cayó en un profundo abatimiento.

Cierta dama le contó un día una cura milagrosa obtenida en una peregrinación.

Ivan se sorprendió al fijarse en que la había escuchado atentamente.

—¿Es posible—se preguntó—que se haya atrofiado hasta ese punto mi inteligencia? Lo mejor que puedo hacer es elegir un médico y seguir exactamente sus instrucciones, y eso es lo que voy á realizar en seguida. Asunto concluido. Dejaré de pensar hasta el verano y, entretanto, me limitaré á observar con rigor el tratamiento. Después veremos... ¡Fuera dudas y desconfianzas!

Esto era fácil de decir, pero difícil de hacer.

El dolor era ya constante: parecía ir aumentando en intensidad y hacerse más continuo y persistente: el mal gusto de la boca se acentuaba, y su apetito y sus fuerzas disminuían á ojos vistas.

No había medio de dudar: algo grave é inespera-

do, algo solemne pasaba en su vida; algo que jamás había notado hasta el presente.

El era el único en comprenderlo: los que le rodeaban no advertían ó no querían darse cuenta de ello y pensaban que todo iba bien y en el mejor de los mundos posibles.

Aquel era el mayor tormento para Ivan.

Toda su familia, especialmente su mujer y su hija que estaban en plena época de bailes y de reuniones, se mostraba contrariada por su mal humor y sus exigencias, sin notar nada.

A pesar del esfuerzo que todos hacían por ocultar su descontento, Ivan veía que lo consideraban como un obstáculo á sus placeres.

No dejó de observar que su mujer decía siempre la misma frase á quien quería oírla.

—Ivan no puede hacer lo que todo el mundo hace: no puede seguir ningún tratamiento con puntualidad. Hoy toma á las horas marcadas la medicina prescrita: come lo que se le ha designado, y se acuesta cuando se le ha dicho; pero mañana, si yo no tengo el cuidado de vigilarlo, olvida su medicación: come pescado que le está absolutamente prohibido, y permanece en la mesa de juego hasta hora avanzada.

—¿Y cuándo ha sucedido eso?—preguntaba Ivan con exaltación.—Una sola vez en casa de Piotre Ivánovitch.

—Y ayer en casa de Chebek.

—El dolor no me deja ni dormir.

—No sé por qué no te has de acostar temprano: siguiendo así, no podrás curarte nunca y nos atormentarás incesantemente.

Parecía que Praskovia deseaba demostrar que si Ivan estaba enfermo era porque quería, porque era un medio que había elegido para hacerle más penosa la vida.

Iván lo comprendía así y sufría.

En el tribunal también se creía observado por sus colegas.

Unas veces le parecía que lo examinaban de cerca como á quien iba á dejar pronto una vacante; otras, las bromas de sus colegas respecto á su exagerada inquietud, le parecían de mal género. No podía concebir que el terrible mal que le atormentaba fuese motivo de bromas.

Entre sus amigos, el que más le irritaba era Schwarz, hombre cumplido y jovial, que le llamaba su amigo de la infancia.

En la mesa de juego le sucedía que se daban las cartas y todo marchaba bien: tenía Ivan un buen juego y su compañero le ayudaba; pero de pronto recordaba su maldito dolor, se distraía, y notaba que el compañero, por un acto de atención, recogía las bazas y se las acercaba evitándole el trabajo de recogerlas él y esto le hacía exclamar para sí:

—¿Estaré tan débil que ya no puedo yo recoger las bazas?

Y esto le hace olvidarse del juego y perder una partida que estaba ganada.

Nota el descontento mudo de su compañero, y se admira de su propia indiferencia. Los demás echan de ver su fatiga y le proponen suspender la partida.

—Si estáis cansado,—le dicen,—dejémoslo hasta que descanséis un poco.

¿Descansar? de ninguna manera: él no está fatigado, y la partida termina de una manera embarazosa.

Demasiado comprende Ivan que él es la causa de ello, pero nada puede hacer para distraer á sus amigos.

Cenan, se separan, y una vez á solas consigo mismo, Ivan se persuade de que envenena la vida de los demás y que aquel veneno va invadiéndole gradualmente y se va apoderando de todo su sér.

Y necesitaba acostarse bajo la impresión de aquel descubrimiento y la presión del dolor físico, y pasar en claro la mayor parte de la noche.

Al siguiente día necesitaba levantarse de nuevo, vestirse, ir al tribunal, hablar, escribir, ó permanecer en casa teniendo ante sí la perspectiva de veinticuatro horas, de las que cada una era un tormento.

Y tenía que vivir así, solo, sin tener al lado suyo ni un sér que pudiera comprenderlo y animarlo.

V

Así transcurrieron dos meses.

Pocos días antes de año nuevo, llegó su cuñado á pasar con ellos una temporada.

Cuando llegó, Ivan estaba en el tribunal y su mu-
jer de compras.

Al volver Iván á casa encontró á su cuñado alegre y saludable, ocupado en abrir su maleta.

Éste, al sentir pasos, volvió la cabeza, se fijó en Iván durante unos segundos, é hizo un esfuerzo para contener una exclamación de sorpresa.

Iván lo comprendió y le dijo:

—¿Estoy muy cambiado?

—Un poco.

Por más que Ivan quiso volver á hablar de su salud, no lo consiguió, porque su cuñado persistió en guardar silencio sobre aquel punto.

Este dejó solo á Ivan cuando llegó á casa Praskovia.

Al verse Ivan solo, cerró con llave la puerta y se miró ante un espejo de frente, de perfil, de todos modos.

El cambio operado en él era terrible.

Se remangó las mangas de la camisa, examinó sus desnudos brazos y se dejó caer en el sofá taciturno y desesperado.

—No quiero, no quiero pensar en ello,—exclamó.

Se levantó del sofá y fué á sentarse junto á la mesa de escritorio; cogió un proceso y se sumergió en su lectura: pero no pudo continuar.

Abrió la puerta y se dirigió hacia el salón: la puerta del gabinete de su esposa estaba cerrada; acercóse á ella de puntillas y se puso á escuchar.

—No, amigo mío, tú exageras,—decía Praskovia.

—¿Crees que exagero? Entonces no ves nada. Es hombre muerto: fijate en sus ojos... están empañados... Pero ¿qué es lo que tiene?

—Nadie puede diagnosticarlo: Nikolaef, un nuevo médico, ha dicho algo que no he comprendido: el célebre Leschetitski es de opinión contraria.

Ivan se alejó y volvió á entrar en su cuarto, murmurando:

—¡Un riñón, un riñón fuera de su sitio!

Recordó todo lo que los médicos le habían dicho sobre las causas que pudieran producir la oscilación

de aquella entraña, y mediante un esfuerzo de imaginación, quería cogerla, sujetarla y fijarla.

—¡No!... aun he de ir á casa de Piotre Ivánovitch (el amigo que tenía un amigo médico).

Tocó el timbre; mandó enganchar y se hizo llevar á casa de Piotre.

—¿A dónde vas, Ivan?—le preguntó su esposa con entonación triste y dulce.

Aquella expresión de dulzura no acostumbrada lo irritó y le hizo exclamar colérico:

—Necesito ver á Piotre Ivánovitch.

Y allá se fué y junto con su amigo tuvieron con el médico una consulta muy larga y muy seria.

Después de haber discutido desde el punto de vista anatómico y fisiológico sobre los fenómenos que en él notaba, acabó por comprender.

Había una pequeña cosa, una cosa enteramente pequeña en el intestino grueso; pero aquello podía curarse bien... De disminuir la actividad de un órgano y aumentar la de otro, la nutrición se haría con regularidad y todo marcharía perfectamente.

Llegó tarde á casa para comer.

Habló de sobremesa alegremente: no podía decirse á entrar en su gabinete de trabajo.

Una vez en él se ocupó en asuntos judiciales, pero la idea que tenía de dedicarse á uno puramente personal y de importancia, cuando se viese libre, no le abandonaba.

Cuando terminó recordó que aquel negocio per-

sonal era el estado de su intestino grueso; para distraerse y no pensar, se dirigió á la mesa en donde se tomaba el té.

Había recepción aquella noche: se hablaba alegremente y se hacía música.

Allí estaba también el prometido de su hija.

Ivan pasó la noche más distraída que de costumbre; pero ni por un instante olvidó que, una vez solo, estudiaría el estado de su intestino grueso.

A las once se retiró á su habitación.

Desde que estaba enfermo dormía solo en una pequeña pieza, contigua á su gabinete de trabajo.

Se desnudó, se acostó, tomó una novela de Zola; pero, en vez de leer, se puso á meditar.

Y en la imaginación se representaba la cura radical de su intestino.

La asimilación y la secreción se hacían con regularidad: todo entraría en orden.

—Aun es preciso ayudar á la naturaleza,—se dijo.

Se levantó; tomó el medicamento, y luego se acostó boca arriba con objeto de esperar el efecto bienhechor de la droga.

—No hay más que seguir el tratamiento con regularidad y evitar toda influencia enojosa: ya me siento mucho mejor.

Y se palpó en el costado y no sintió dolor alguno.

—¡Calla! no siento nada; decidamente esto va mucho mejor.

Apagó la bujía y se acostó del lado enfermo.

—No hay duda de que el intestino va mejor: la asimilación se efectúa.

Pero de repente sintió el mismo dolor sordo, persistente, lento, doloroso; el mismo gusto desagradable en la boca.

—¡Dios mío, Dios mío!—exclamó.—¡Me vuelve el dolor y no se me quitará ya nunca, nunca!

Y en aquel momento cruzó por su mente una idea clara y distinta.

—¡Intestino grueso! ¡riñón flotante!—se dijo;—no es esa la cuestión. Se trata de la vida y de la... muerte. Sí; la vida estaba aquí en todo mi sér, y ahora se va; se va, y yo no puedo retenerla... ¿Por qué hacerme ilusiones? ¿No está claro para todo el mundo, menos para mí, que me voy y que esto no es más que cuestión de tiempo, de algunas semanas, de algunos días, de un instante quizás?... Las tinieblas han sustituido á la luz... Yo estaba aquí y ahora me voy... pero ¿á dónde?

Sudor frío bañó todo su rostro; su respiración se detuvo; no sentía más que los latidos de su corazón.

—Dejaré de estar aquí, pero ¿qué sucederá? En dónde estaré cuando deje de estar aquí?... ¿Es que llega la muerte?... No; yo no quiero que llegue.

Echóse fuera de la cama; quiso encender la bu-

jía; buscó los fósforos con mano trémula; dejó caer al suelo la palmatoria, y se echó de nuevo en la cama.

—¿A qué luchar? No vale la pena,—se dijo, sumido en la obscuridad.

—¡La muerte, sí, la muerte! Y ninguno sabe nada; ninguno quiere saber nada! ¡Y no me compadezcan!... ¡¡juegan!

Oíanse los trinos de una persona que cantaba en el salón.

—Mi estado les es indiferente, y sin embargo, también morirán ellos, ¡imbéciles! Yo me iré el primero, pero ellos me seguirán después.

Le ahogaba la cólera.

—Son unos animales... Pero no es posible que todos estén condenados a sufrir los mismos horrores. No; no es eso: es preciso reflexionar seriamente.

Y pensó:

—Sí: tal ha sido el principio de mi enfermedad: sufrí un golpe en el costado izquierdo sin consecuencias al parecer: algunos días después, experimenté un dolor vago; luego, nada: más tarde entraron en escena los médicos: el dolor se agravó, se hizo persistente; después la melancolía; nuevos médicos, y yo acercándome cada vez más al abismo. Mis fuerzas disminuyen; ya estoy extenuado; mis ojos se empañan; la muerte se acerca, y yo pienso

en mi intestino; confío en curarlo, ¡y es la muerte la que llega!...

—¡Sí; es la muerte; no cabe duda!

Le sobrecogió el terror; se echó fuera de la cama y se puso a buscar a tientas la bujía y los fósforos; apoyó una mano en la mesa de noche, pero se hizo daño y de un empujón la derribó colérico. Desesperado, echóse en el suelo boca arriba esperando la muerte.

En aquel instante se iban las visitas; Praskovia las despedía; oyó el ruido, y entró.

—¿Qué tienes?

—Nada; que he dejado caer la mesa de noche.

Praskovia salió y volvió a poco con una bujía encendida.

Ivan estaba muy fatigado y respiraba con dificultad, como aquel que acaba de hacer una legua de camino: la miró fijamente.

—¿Qué tienes, Ivan?

—Nada; he de... ja... do... caer...

¿A qué hablar, si ella no había de comprenderle?

Y en efecto; nada comprendió: levantó la mesa de noche, encendió la bujía, y se fué precipitadamente.

Debía acompañar a una dama.

Cuando volvió, Ivan seguía en la misma posición, con los ojos fijos en el techo.

—¿Qué tienes? ¿te sientes mal?

—Sí.

Meneó Praskovia la cabeza y se sentó.

—Será preciso escribir á Leschetitski diciéndole que venga otra vez.

En pocas palabras: ella quería llamar á un médico célebre, costase lo que costara; pero él sonrió con amargura y se negó á ello.

Después de algunos minutos de silencio, Praskovia se levantó y le besó en la frente.

En aquel momento la detestaba él con todas las veras de su alma, y tuvo que hacer un esfuerzo supremo para no rechazarla.

—Buenas noches, y quiera Dios que duermas con tranquilidad.

—Gracias.

VI

Ivan Ilitch veía llegar la muerte muy de prisa, y se encontraba en perpetuo estado de desesperación. Convencido estaba de que iba á morir; pero no podía hacerse á aquella idea; no podía comprender que tal cosa sucediera.

Había oído en casa de Kisemeter este silogismo: «Kai es un hombre: todos los hombres son mortales; luego Kai es mortal». Aquel silogismo le parecía justo en tanto se refiriese á Kai; pero nó refiriéndose á él.

Allí era cuestión de Kai, del hombre en general, y resultaba lógico; pero él no era Kai ni un advenedizo cualquiera: él era un sér aparte.

En su juventud era Vania, Vania con mamá y con papá, con la hermana Catalina y con todas las alegrías y todos los pesares de la infancia y de la adolescencia,

¿Acaso Kai había besado nunca la mano de papá y de mamá con la misma ternura que él? ¿Acaso el fru fru del vestido de seda de mamá tenía el mismo encanto para Kai que para él? ¿Había hecho extremos Kai para que le obsequiasen con pasteles? ¿Había estado enamorado como él? ¿Podía presidir, como él, una sesión en el tribunal?

—Kai era efectivamente mortal y era justo que muriese: en cuanto á mí, á Vania, á Ivan Ilitch, son todos mis sentimientos, son todas mis ideas, es distinto. Imposible es que pueda yo morir: eso sería demasiado horrible. Si yo debiese morir como Kai, una voz interior me hubiese preparado para ello; pero yo no la he oído nunca, y yo y mis amigos comprendemos perfectamente que hay una gran diferencia entre Kai y nosotros. ¡Y ahora!... No, no es posible... No es posible, y sin embargo, sucede. ¿Cómo comprender esto?

Y procuraba desechar tal idea tratándola de falsa, de injusta, de maléfica, y quería reemplazarla por ideas sanas y lógicas; pero aquella otra idea, ó más bien, la realidad misma, surgía ante él.

Rebuscaba toda clase de razonamientos que alejasen de sí el espectro de la muerte; pero ¡cosa extraña! todo lo que en otras ocasiones alejaba de él la idea de la muerte, se le aproximaba entonces y decía:

—Voy á dedicarme exclusivamente al ejercicio de mi cargo: no viviré sino para él.

É iba al tribunal á ocuparse en sus asuntos; hablaba con sus colegas, tomaba asiento en su sillón presidencial dirigiendo como otras veces una mirada distraída sobre la concurrencia, apoyando en la mesa sus manos flacas, conversando con su vecino de la derecha y pronunciando las frases de rúbrica para abrir la sesión.

Pero de repente, en medio del auditorio, el dolor sordo le atormentaba sin respeto á la majestad del lugar.

En vano Ivan se esforzaba por ahuyentar este recuerdo: la muerte continuaba su obra; se le ponía ponía delante, y le obligaba á exclamar:

—¿Será ella la única verdad?

Sus colegas y sus inferiores veían con tristeza que un magistrado tan brillante como él se embarrullase y cometiese error sobre error. El sacudía las nieblas de su mente; trataba de encauzar sus ideas; conseguía, no sin trabajo, enderezar la audiencia hasta su término, y volvía á entrar en su casa con la convicción tristísima de que sus funciones no podían llenar ya, como en otro tiempo, su existencia y de que el ejercicio de su cargo no podía deshacerle de ella.

Y lo más terrible era que ella lo atraía, no para apoderarse de él, sino para que la mirase de frente y para que, desconcertado, sufriese desconocidos tormentos.

Ivan buscaba otros consuelos.

Y otros espejismos venían á ocultarle la realidad por algún tiempo; pero, poco duraderos, estos espejismos se transparentaban ó desvanecían, y *ella* surgía de nuevo.

No sabiendo ya qué hacer, le ocurrió entrar en el salón que había decorado, y por el cual, como decía con amargura, había sacrificado su existencia, cuando se cayó de lo alto de la escala. En él, el menor arañazo sobre la mesa le irritaba: investigaba el origen y veía que el arañazo lo había producido el roce de un bronce cualquiera ó del álbum. Abría éste y veía en él fotografías desgarradas ó puestas en desorden; montaba en cólera contra su hija y sus compañeras que lo estropeaban todo, y procuraba remediar el daño en la medida posible.

De repente le acosaba la idea de verificar cambios en su habitación; de colocar aquella mesa cargada de albums... al otro extremo, en donde estaban las flores.

Llamaba al criado, ó llegaban en auxilio suyo su mujer y su hija. Éstas no eran nunca de su opinión y le contradecían siempre; él discutía con ellas y acababa por encolerizarse; pero era feliz durante algunos momentos, porque había conseguido *olvidarla*.

Pero decía Praskovia:

—Vas á hacerte daño: no traslades mueble alguno: deja que lo hagan los criados.

Y aparecía *ella* al punto.

En el primer instante, confiaba en que *ella* desapareciese, pero pensaba involuntariamente en su dolor y no podía conseguir ya *desecharla* de su mente. *Ella* fijaba su pensamiento: *ella* estaba allí presente, detrás de las flores: *ella* no le abandonaba.

—¿Será cierto, será posible que, suspendiendo esta colgadura, haya dejado mi vida en este salón, como hubiera podido dejarla en un campo de batalla?... ¡Es tan terrible y tan estúpido!... ¡Eso no puede ser, y sin embargo, es!

Se retiraba á sus habitaciones; se acostaba, y permanecía á solas con *ella*. Pero ¿que otra cosa podía hacer que estar con *ella*, mirarla cara á cara y estremecerse de horror?

VII

Al cabo de tres meses de enfermedad, y sin saber cómo, puesto que el hecho se operó paulatinamente, paso á paso, su mujer, su hija, su hijo, sus amigos, él mismo, en fin, llegaron á preguntarse cuándo acabaría aquello; cuándo libraría á todo el mundo de su presencia y se libraría á sí mismo de sus horribles sufrimientos.

Cada vez dormía menos: le daban opio: le ponían inyecciones de morfina. El estado de idiotez é insensibilidad en que lo dejaban aquellos narcóticos no le alivió sino en los primeros días: luego le hicieron sufrir más.

Se le daban alimentos especiales por prescripción facultativa; pero todos los platos que le servían le parecían cada vez peores y le inspiraban repugnancia.

No menor disgusto le inspiraban las demás funciones orgánicas, que eran para él no interrumpida causa de tormento.

Hubo que prepararle la habitación de una manera especial y sufría las desagradables consecuencias del cambio: el olor nauseabundo, la suciedad, y sobre todo, la necesidad de que otra persona viniese á asistirle en aquellos momentos, le hacían sufrir enormemente.

Pero aquella persona fué para él un consuelo.

Se confirió el cargo de sacar y limpiar el vaso de noche al aldeano Guerassim, joven campesino seco y vigoroso, siempre alegre y siempre contento.

Los primeros días, la presencia de aquel hombre, pulcramente vestido con el traje de su país, ocupándose en una faena tan desagradable, le turbó sobremanera.

Al querer levantarse un día de la poltrona, no tuvo fuerzas bastantes para ello, y volvió á caer sentado; se le deslizaron los pantalones y quedaron al descubierto sus flacas piernas, tan flacas, que le inspiraron un sentimiento de terror.

En aquel momento entró Guerassim con paso ligero y elástico, trayendo con él una bocanada de aire fresco y esparciendo un ligero olor á brea.

Las mangas arremangadas de su camisa de percal dejaban ver sus brazos desnudos y vigorosos. Procuraba evitar la mirada de Ivan para ocultarle su aspecto de salud y la viva alegría que respiraba

todo su ser, temiendo apesadumbrar con ello al pobre enfermo.

—¡Guerassim!—le dijo Ivan con voz débil.

Aquel se estremeció y volvió hacia él su rostro resplandeciente de juventud y sencillez.

—¿Qué desea el señor?

—Esto debe serte desagradable, mi pobre amigo. Perdóname; pero no puedo valerme de otro modo.

—¡Qué ocurrencia, señor!

Y Guerassim mostró, al sonreír, una doble fila de blancos dientes.

—¿Por qué no he de hacer esto por vos estando enfermo?

Y luego se llevó el vaso con ligereza, volviendo á los cinco minutos perfectamente tranquilo.

Ivan continuaba sentado en el sillón.

—Guerassim,—le dijo cuando éste hubo colocado de nuevo el vaso en su sitio.—Ayúdame á levantarme; te lo ruego.

Guerassim se acercó á él.

—Levántame, muchacho, porque no tengo fuerzas para hacerlo por mí mismo y he enviado á Dmitri á una comisión.

Guerassim lo levantó diestra y suavemente con una mano; con la otra le subió el pantalón, y luego lo llevó casi en brazos hasta el sofá, sin esfuerzo alguno.

—Te doy las gracias: eres diestro y todo lo haces bien.

Guerassim sonrió de nuevo y trató de marcharse; pero Ivan se sentía bien teniéndolo á su lado y no quiso que se fuera.

—Acerca esa silla, si te place... no, la otra. Ponla bajo mis pies: siento alivio cuando tengo los pies en alto.

Guerassim acercó la silla; colocó sobre ella los pies de Ivan, y todo aquello lo hizo con destreza, tranquilamente, y sin ruido.

Ivan sintió alivio, en tanto que su criado le sostenía los pies sobre la silla.

—Me siento mejor cuando tengo altos los pies,—repitió.—Colócame un cojín debajo de ellos.

Guerassim obedeció.

Ivan se sintió de nuevo mejor mientras Guerassim le volvía á sostener los pies; pero cuando éste los colocó sobre el cojín, desapareció el alivio.

—¿Estás ocupado, Guerassim?—le preguntó.

—No, señor,—repuso con política.

—¿Qué otra cosa tienes que hacer?

—Nada: mis ocupaciones han terminado: sólo me resta partir leña para mañana.

—¿Quieres tenerme los pies en alto un rato?

—¿Por qué no he de querer, señor?

Guerassim le levantó los pies, é Ivan se sintió perfectamente.

—¿Y cómo te arreglarás para partir la leña?

—No os inquietéis por eso, señor: ya tendré tiempo de partirla.

Ivan le mandó que se sentara y habló con él. ¡Cosa extraña! Mientras Guerassim estaba con él se sentía mejor.

Desde entonces, Ivan llamaba á Guerassim de vez en cuando para que le sostuviese los pies ó las espaldas y aprovechaba aquellos momentos para hablar con él.

Guerassim hacía todo lo que se le ordenaba y lo hacía con sencillez, con destreza, y sobre todo, con una dulzura que enternecía á Ivan.

La salud, la fuerza y el vigor de los demás herían siempre á Ivan: el vigor de Guerassim, lejos de irritarlo, le calmaba.

Lo que más atormentaba á Ivan era la mentira.

Todos parecían haberse puesto de acuerdo para asegurarle que no estaba moribundo, sino sencillamente enfermo, y que le bastaría un periodo de calma para restablecerse completamente.

Él estaba persuadido de que todo cuanto se hiciera no daría otro resultado que empeorarlo y precipitar su muerte.

Le disgustaba que todos se hubieran convenido y le obligaran á él á tomar parte en aquella mentira tácita.

Aquella mentira en vísperas de su muerte; aquella mentira que rebajaba el acto solemne de morir al mismo nivel que una visita cualquiera, le hacía sufrir de una manera horrible.

Con frecuencia le exasperaba y le ponía á punto de gritar:

—Dejad ya de representar esa comedia indigna: sabéis tan bien como yo que me muero: no mintáis más.

Pero nunca tuvo valor para decirlo.

Veía que todos consideraban el acto de su muerte como un accidente desagradable, como una inconveniencia.

Comprendía que nadie le lloraría; que nadie se tomaría el trabajo de comprender lo que por él pasaba.

Sólo Guerassim veía claramente el estado en que se encontraba y lo compadecía de todo corazón. Por eso era la única persona cuya presencia le causaba placer. Sentíase dichoso cuando Guerassim pasaba las noches enteras al lado suyo, sosteniéndole los pies, sin querer abandonarlo, y cuando le decía:

—No paséis cuidado alguno, señor: ya tendré tiempo de dormir.

Otras veces le decía familiarmente el criado:

—Si no estuvieses enfermo, mi pobre señor, sería otra cosa; pero, estándolo, ¿cómo quieres que no te cuide?

Guerassim era el único que no mentía: echábase de ver que comprendía claramente el peligro que corría su amo y que se condolía de todo corazón de aquel pobre cuerpo enflaquecido y paciente.

En una ocasión llegó hasta decirle á Ivan que insistía para que se retirase á descansar:

—Acabaremos por morirnos todos. ¿Por qué no me he de fatigar un poco por vos?

Queriendo decir con ello que no le agobiaba la fatiga desde el momento en que se trataba de aliviar á un moribundo.

Además de la mentira de que le rodeaban, lo que también atormentaba mucho á Ivan era que nadie lo compadecía como él quería que lo compadeciesen. Lo que más deseaba en aquellos instantes de sufrimiento, era que se le atendiera como á un niño; que lo acariciaran; que lo abrazaran; que hubieran derramado lágrimas por su triste suerte, como se hace con los niños.

Comprendía que, dada su edad y su canosa barba, aquello no era posible; mas no por ser imposible lo deseaba menos.

En sus relaciones con Guerassim había algo que se asemejaba á aquella piedad, y de ahí que aquel criado fuese su único consuelo.

En los momentos en que Ivan hubiera querido ver derramar lágrimas por su desgraciada suerte, llegaba su colega Chebek, y el pobre Ivan ponía el rostro serio, severo, y emitía su opinión sobre un proceso importante, sosteniendo su manera de ver en el asunto.

Aquella mentira en él mismo y en los que le rodeaban, envenenaba los últimos días de su existencia.

VIII

Ya era de día.

Y lo era únicamente porque Guerassim acababa de retirarse; porque en su lugar había entrado Piotre, otro de sus criados; porque éste había apagado las bujías, abierto las ventanas y empezaba á arreglar la habitación.

Que fuese de mañana ó de noche; que fuese viernes ó domingo, era lo mismo para Ivan. El dolor sordo y terrible persistía sin tregua ni reposo. Huía la vida y se iba aproximando la muerte cada vez más: la mentira seguía envolviéndolo como antes.

—¿Quiere el señor el té?

—No estará tranquilo si sus amos no toman té todas las mañanas,—pensó Ivan Iliitch, y repuso en voz alta:

—No.

—¿Desea el señor tomar asiento en el sofá?

—Tiene necesidad de arreglar la habitación; yo se lo impido; soy una causa de desorden y de suciedad,—dijo para sí Ivan, y respondió:

—No: déjame tranquilo.

El criado prosiguió en su faena.

Ivan extendió la mano.

Piotre se le acercó con amabilidad.

—¿Desea algo el señor?

—Sí; mi reloj.

Piotre le dió el reloj que estaba debajo de la mano del enfermo.

—Son las ocho y media: ¿duermen aún?

—No, señor; el señorito está ya en el colegio: la señora ha dado orden de que la despierten si preguntáis por ella. ¿Queréis que se la llame?

—No; no es necesario.

Y luego se dijo:

—Si yo tomase el té... sí, es una buena idea,—y exclamó en voz alta:

—Tráeme té.

Piotre se dirigió á la puerta. Ivan tuvo miedo de quedarse solo.—¿Cómo retenerlo?—se dijo.—Sí; la medicina.

—Piotre: dame la medicina;—y continuó diciéndolo para sí:—¿Quién sabe si me hará provecho!

Y tomando la cucharita se engulló la droga.

—No; no puede hacerme provecho: todo esto no

es más que una mentira,—repitió con desesperación al sentir el mismo mal gusto de boca desagradable.

—No; no puedo creer en nada. Pero ¿por qué este dolor eterno? ¡Si pudiera dejarme reposar algunos momentos!

Y empezó á gemir.

Piotre retrocedió.

—No; no es nada; ve á traerme el té.

Piotre salió.

Al hallarse solo, Ivan dió rienda suelta á sus gemidos, no tanto por lo que padecía como por lo que se fastidiaba.

—¡Si todo esto acabara cuanto antes! pero ¿qué?... La muerte... las tinieblas... No, no: todo menos la muerte.

Cuando Piotre volvió con la taza del té, Ivan lo miró unos instantes con aire de estupidez sin poder darse cuenta de dónde venía ni qué era lo que quería.

Aquella mirada vaga impresionó al criado.

Ivan, al observar la turbación de Piotre, se rehizo inmediatamente.

—¡Ah, sí: es el té. Está bien: déjalo ahí: ayúdame á levantar y dame una camisa limpia.

É Ivan se puso á hacer su *toilette*.

Descansando con frecuencia, se lavó la cara, se limpió los dientes, se peinó y se miró al espejo: le

dió miedo verse, sobre todo, al observar los cabellos que caían por sus hundidas sienes.

Al cambiar de camisa, sabía que le habría de causar espanto su enflaquecido cuerpo, así es que se guardó mucho de mirárselo.

La frescura del agua al lavarse lo alivió un poco, pero á la primera cucharada de té que tomó le volvió aquel horrible sabor en la boca y sintió que el dolor parecía despertar. Hizo un esfuerzo para apurar la taza; se recostó y despidió á Piotre.

¡Siempre la misma historia!

¡Tras una gota de esperanza un océano de desesperación, y siempre, siempre el mismo dolor, la misma tristeza, el mismo abatimiento!

Le pesaba la soledad; pero sabía que si llamaba á alguien, sería peor.

—¡Si me diese una inyección de morfina, sería el olvido por algunos minutos al menos! Le diré al médico que invente otra cosa. Es imposible, de todo punto imposible que esto continúe así.

Y así transcurrieron una, dos horas.

Se sintió el timbre de la puerta.

—¡Si fuese el médico!

Y él era en efecto, rozagante, activo, bien puesto, alegre, y como pareciendo decir:

—No tenéis razón en desanimaros estando nosotros aquí, que todo lo podemos arreglar.

El médico sabe que la frase no es exacta, pero la empleó una vez y ha hecho de ella una muletilla de

la que le es tan imposible prescindir, como al señor que hace muchas visitas á diario, desprenderse de su traje negro.

El doctor se frota las manos animosamente.

—Tengo las manos frías: hiela mucho hoy: dejad que entre un poco en calor.

Y esto lo dice en un tono tal, que no parece sino que le basta entrar un poco en calor para que todo marche á las mil maravillas.

—Y bien, ¿cómo va eso?

Ivan comprende que el médico debiera haber preguntado si todo seguía marchando lentamente á su fatal desenlace; pero no lo hace por razones de conveniencia y se limita á preguntar en tono serio:

—¿Cómo habéis pasado la noche?

Ivan lo mira como queriendo decirle:

—¿Cuando acabarás de mentir?

Pero el médico no quiere comprender aquella mirada, é Ivan dice en voz alta:

—La noche ha sido terrible, doctor: el dolor no ha cesado un solo instante, ni ha cedido siquiera. ¿No hay nada que pueda aliviarme?

—Todos los enfermos sois lo mismo,—dice para sí el doctor, y luego añade en alta voz:

—Heme ya entrado en calor. Vuestra misma esposa, que tan meticulosa es, no tendría nada que decir de la temperatura de mis manos. Ahora bien: buenos días.

Y el doctor le estrecha la mano. Luego se pone

serio; se dedica al examen del enfermo y empieza por el pulso y por la temperatura: después sigue la percusión.

Ivan está firmemente persuadido de que todo aquello no es más que comedia y mentira, pero cuando el médico le ausculta con fisonomía grave y lo examina con ademán serio, Ivan se siente aliviado. Experimenta el mismo sentimiento que en otro tiempo cuando escuchaba los discursos de los abogados, cuando estaba convencido de que todo lo que decían era mentira.

Hallábase el médico de rodillas ante el enfermo sin haber concluido de auscultarlo, cuando se abrió la puerta y se percibió el fru fru del vestido de Praskovia.

Esta riñó á Piotre por no haberle anunciado la llegada del doctor.

Al acercarse á su marido, lo besó en la frente y se puso á explicar de una manera difusa que estaba levantada hacía ya mucho tiempo, y que si no estaba allí cuando entró el médico era porque no lo había sentido llegar.

Ivan la examina de pies á cabeza y nota sus manos blancas y gruesas, el brillo de sus ojos y el de su cuidado cabello.

La detesta con todas las veras de su alma: su menor contacto le irrita.

Ella se obstina en considerar su enfermedad como resultado de su mal carácter, y quiere hacer ver que

si él padece es tan sólo porque no se quiere someter al tratamiento prescripto, y le dirige por ello cargos, con una ternura que lo irrita más aún.

—¡Qué queréis, doctor!— dice;—no quiere escuchar nada: no toma con puntualidad los medicamentos, y sobre todo, se acuesta de una manera tan extraña que es indispensable que se haga daño.

Y refiere cómo su marido hace que Guerassim le sostenga los pies á una altura inconmensurable.

El doctor sonríe de un modo que quiere decir:

—¿Qué queréis hacerle? Los enfermos están llenos de manías, y es necesario ser indulgente con ellos.

Terminado el examen del enfermo, echó el médico un vistazo al reloj, y Praskovia aprovechó aquel silencio para decir:

—Escucha, amigo mío: le he pedido á nuestra celebridad médica una consulta con Mikail Danilovitch (este era el nombre del médico de la casa). Te reconocerán y nos dirán su opinión. No te opongas á ello; te lo suplico: haz eso por mí, para mi tranquilidad, —repuso con ironía, dejando comprender que todo lo que ella hacía, lo hacía por él, y por verdadera devoción.

Y efectivamente, todo lo hacía por ella exclusivamente, aunque procurando indicar siempre que se sacrificaba por él.

A eso de mediodía llegó el célebre médico.

El examen del enfermo se renovó con todos los

procedimientos de ritual; se suscitó de nuevo la cuestión del riñón oscilante y del intestino grueso, dando de lado en absoluto la cuestión de la vida ó de la muerte que era la única que á Ivan le interesaba. El enfermo sufrió otra vez el mismo interrogatorio. El intestino grueso fué acusado de no ejercer sus funciones como era debido: se le amenazó de ser severo con él y de obligarle á que funcionara bien.

La celebridad médica se marchó con serio, pero no con desanimado continente.

Y cuando Ivan le preguntó, dirigiéndole una mirada humilde y temerosa, si restaba alguna esperanza de curación, repuso que el caso era serio, pero no desesperado.

Había algo de tal modo lastimero en la mirada de Ivan, en la que se leía un rasgo de esperanza, que Praskovia no pudo contener las lágrimas. Cuando salió del gabinete con objeto de satisfacer al médico sus honorarios, se puso á sollozar.

El ánimo que las palabras del doctor dieron al pobre enfermo, duró poco.

Cuando se volvió á encontrar frente á frente con las mismas paredes, con las mismas colgaduras, con los mismos frascos y con su pobre y dolorido cuerpo, el desfallecimiento se apoderó de él.

Empezó á gemir: se le administró una inyección de morfina que lo calmó y lo sumió en un estado de somnolencia.

Cuando se despejó ya había oscurecido.

Se le sirvió la comida.

Tomó algunas cucharadas de caldo y volvió á sumergirse en sus profundos pensamientos.

Después de comer, hacia las siete de la noche, fué Praskovia á verlo, ceñida por estrecho corsé que ponía de relieve sus pechos, y cubierta la faz de polvos de arroz.

Desde por la mañana había indicado su deseo de ir al teatro.

Sarah Bernhardt había llegado para dar algunas representaciones y ella misma había instado para que le tomasen un palco.

Ivan lo había olvidado todo; pero el tocado de Praskovia se lo recordó, hiriéndole profundamente.

Ocultó, sin embargo, su descontento recordando á tiempo que él fué quien indicó la idea de que fueran al teatro y que insistió luego para que sus hijas disfrutaran de aquel goce estético.

Praskovia entró con aire triunfal, aunque algo contrariada.

Se sentó en el borde de la silla y para romper lo embarazoso del silencio le preguntó por su salud, conociendo lo ocioso de la pregunta.

Praskovia le dijo que hubiera preferido pasar con él la velada, pero que se veía en la triste necesidad de ejercer de rodrión con sus hijos y con el pretendiente de su hija á quienes no podía dejar que fuesen solos al teatro.

Antes de marcharse le hizo prometer que se cuidaría bien durante su ausencia.

—A propósito: Fedor Piétrovitch y Elisa desean venir a verte.

—Déjalos venir.

Entró su hija, hermosa en su tocado, con la espalda y los brazos desnudos, exhibiendo su joven y lindo cuerpo, cuerpo que le hizo pensar en el suyo flaco y dolorido: rebotando vida y juventud y no pensando más que en el amor y en la alegría, parecía echarle en cara su enfermedad y sus sufrimientos que eran un obstáculo a su dicha.

Su novio, vestido de negro, con la levita abotonada, peinado a lo Capoul, con pantalón tan estrecho que modelaba sus piernas, entró detrás de ella, llevando en la mano el *claque* y los guantes.

Detrás de todos se deslizó suavemente Vassili, con su uniforme de colegial, aire taciturno y ojos rodeados de amoratado círculo.

La presencia de Vassili enternecía siempre al enfermo. Demasiado sabía éste lo que significaban aquellas manchas moradas en derredor de los ojos y aquella mirada vaga y compasiva que tanto bien le hacía. Comprendía Ivan que Guerassim y su hijo eran los únicos que se interesaban por él, los únicos que lo compadecían con toda su alma.

Todos rodearon al enfermo preguntándole por el estado de su salud.

Luego siguió un silencio embarazoso, que inte-

rumpió Elisa preguntando a su madre si se había olvidado de los gemelos. Esta pretendió que su hija los había tomado, y entre hija y madre se promovió un altercado, acusándose mutuamente de haberlos perdido.

Aquella edificante escena produjo frío.

Fedor Pétrovitch, con objeto de cambiar de conversación, preguntó a Ivan si había visto alguna vez a Sarah Bernhardt.

Éste apenas comprendió lo que el joven le preguntaba: sin embargo, acabó por responder que nunca había tenido ocasión de verla.

—¿Y vos, la habéis visto?—añadió.

—Sí; una vez en *Adriana Lecouvreur*.

Praskovia dijo que la prefería en tal papel; su hija replicó; todos se pusieron a discutir sobre el encanto de su acción, de su voz, de su pasión, etc., y repitieron con exactitud cuanto se dice en semejantes ocasiones.

En lo más animado de la discusión miró Fedor a su futuro suegro y se calló como por encanto: los demás le imitaron con aire confuso.

Ivan, con los ojos encendidos, los miraba indignado. Nadie sabía cómo enderezar aquel entuerto, cómo salir de aquel mal paso. Era preciso a toda costa sonreír en silencio, y nadie tenía valor para ello y, sin embargo, todos comprendían que, de continuar así, la verdad triunfaría de la mentira.

Elisa salvó la situación, diciendo con tono ligero mirando el reloj:

— Si no nos vamos, llegaremos tarde.

Todos se levantaron y salieron apresuradamente.

Cuando Ivan se quedó solo, se sintió aliviado por un momento: la mentira se había marchado con su familia... pero aquel momento fué de corta duración; el dolor quedaba; no quería abandonarlo ni un segundo, siempre el mismo, siempre acompañado de un sentimiento de terror, ¡y jamás, jamás el reposo!

Luego se deslizaron los minutos y pasaron las horas con la misma monotonía desesperante, y aquel fin tan terrible parecía acercársele más.

Le fué imposible permanecer así por más tiempo: sonó el timbre é hizo llamar á Guerassim.

IX

Aquella noche, muy tarde ya, volvió á entrar Praskovia en la habitación de su esposo, y se acercó á éste de puntillas.

Él la sintió llegar; abrió los ojos y los cerró luego inmediatamente.

Praskovia quiso despedir á Guerassim y sentarse ella á la cabecera del enfermo; pero éste abrió de nuevo los ojos y se opuso á ello rotundamente.

— ¿Sufres más?

— Siempre lo mismo.

— Toma opio.

Ivan consintió en ello. Praskovia le administró la dosis necesaria y se marchó.

El enfermo permaneció en un estado de sopor doloroso hasta las tres de la madrugada, hora en que tuvo una terrible pesadilla.

Sonó que lo metían á viva fuerza en un saco negro, estrecho y muy profundo, en el que trataban de hundirlo cada vez más sin poderlo conseguir.

Él deseaba entrar por sí mismo, y al propio tiempo, teniendo miedo, luchaba y se iba hundiendo.

De repente se sintió caer en el fondo y se despertó sobresaltado.

Guerassim, sentado siempre á los pies del lecho y con la paciencia y la dulzura en él habituales, se había amodorrado.

Ivan seguía teniendo los pies á más altura que el resto del cuerpo.

La bujía, cubierta con una pantalla, esparcía una luz tenue, y, compañero fiel, su dolor no le abandonaba.

—Vete, Guerassim,—murmuró.

—Pero el señor va á quedarse solo.

—No, no: vete.

Quitó los pies de las espaldas de Guerassim; se acostó de lado; colocó una mano sobre su mejilla, y se compadeció de sí mismo.

Apenas salió Guerassim, dió libre curso á sus lágrimas, que le ahogaban, y se puso á sollozar como un niño. Lloraba por su terrible aislamiento; por su impotencia para luchar contra el mal; por la crueldad de los hombres y por la crueldad de Dios.

—¿Por qué has hecho todo esto, Dios mío? ¿Por qué me has hecho venir aquí, á esta tierra? ¿Por qué, por qué me atormentas así?

No esperaba contestación á sus preguntas y se desesperaba al mismo tiempo por no poderla obtener.

Su dolor se hizo más intenso; pero no se movió ni llamó á nadie en su ayuda.

Seguía diciendo:

—Castígame; castígame cada vez más; pero ¿por qué? ¿Qué mal te he hecho? ¿Por qué este encarni-
miento?

Luego enmudeció: suspendió, no solamente sus lágrimas, sino hasta la respiración y prestó atención suma. Le parecía escuchar una voz que venía del fondo de su alma y le decía:

—¿Qué quieres? ¿qué quieres? ¿de qué te quejas?

—¿Qué es lo que quiero?... No sufrir... Vivir...—respondió.

Y se puso á escuchar de nuevo aquella voz interior con tanta intensidad, que ni el dolor pudo distraerlo.

—¡Vivir! ¿y cómo vivir?—pareció preguntarle la voz.

—Vivir como he vivido hasta hoy, divertida y agradablemente.

—¿Tan divertida y agradablemente como has vivido hasta hoy?—le volvió á preguntar la voz misteriosa.

Él Ivan empezó á recordar los mejores momentos de su vida agradable; pero ¡cosa extraña! aquellos momentos le parecían entonces que no tenían el

mismo encanto ni el mismo interés que otras veces.

Todos sus recuerdos, salvo los de la primera infancia, palidecían y estaban desprovistos de dulzura.

En su infancia había ocurrido efectivamente algo agradable, alguna cosa pura que él hubiese querido ver y gustar aún otra vez.

Pero el hombre que había pasado una vida agradable, fácil y cómoda, se había desvanecido: no era ya más que un recuerdo.

Tan pronto como llegaba á aquel periodo de su vida que había hecho de él lo que era actualmente, no parecía existir para él ningún recuerdo de placer ni de alegría y se transformaba en sensación desagradable y penosa á veces.

Y cuanto más se alejaba de la infancia y más se acercaba á la época presente, más insignificantes y pueriles le parecían los goces.

Aun recordaba algunos instantes serenos y puros del tiempo en que estudiaba en la escuela de derecho, en los cuales se detenía complacido: en aquella época había conocido la verdadera alegría y la verdadera amistad; había tenido esperanzas, aunque sólo en los primeros años; pero á medida que fué avanzando en sus estudios, los buenos momentos fueron haciéndose más raros.

Después, cuando estuvo de auxiliar del goberna-

dor, aun tuvo momentos de pura felicidad: su afecto á una mujer.

Más tarde, todo empezó á oscurecerse y apenas si tuvo ya momento alguno bueno.

Su matrimonio... no fué más que un azar. La desilusión que le siguió; la sensualidad y el carácter desagradable de su mujer; la falsedad de ambos; luego sus ocupaciones, las penurias y preocupaciones de dinero, y dos, tres, cuatro, veinte años de una existencia parecida! ¡Y siempre la misma cosa!

Cuanto más avanzaba, mayor era su descorazonamiento.

Hubiérase dicho que descendía desde lo alto de una montaña á pasos regulares, en vez de encaminarse á su altura como se lo había figurado hasta aquel momento.

—Según la opinión pública, yo subía siempre hacia la cumbre del monte; pero en realidad, á medida que iba subiendo, la vida se deslizaba por debajo de mí con la misma rapidez, y héme llegado al término: ¡no me queda ya más que morir!

Pero entonces ¿qué es esto, qué es? ¿Por qué todo ello? No es posible que la vida sea tan insignificante, tan desprovista de interés. Y si así es en efecto, ¿por qué morir? ¿por qué morir sufriendo tanto? En todo esto debe haber un gran error.

—Quizá no haya yo vivido como he debido vivir,—se dijo de repente;—pero ¿qué he hecho?... He hecho todo lo que se debe hacer,—se repetía, tratando de

rechazar con aquel argumento el enigma de la vida y de la muerte.

—¿Qué quieres ahora?—repetía aquella misma voz.—¿Quieres vivir como has vivido siendo juez? ¡Juzga!

—Pero yo no soy culpable,—exclamaba encolerizado.—¿Qué he hecho yo para ser juzgado á mi vez?

Dejó de lamentarse y de llorar; se volvió de cara á la pared, y esta pregunta le obsesionó durante mucho tiempo:

—¿Por qué este fin horrible?

Pero por más que pensó en ello, no pudo encontrarle respuesta alguna. La idea de que no había vivido como se debe vivir, acudía á su imaginación de vez en cuando, pero la desechaba con indignación, porque su vida, en concepto suyo, había sido siempre ejemplar.

X

Pasaron otras dos semanas.

Ivan Ilitch no se levantaba ya del sofá.

No queriendo meterse en la cama, se pasaba en el sofá los días y las noches.

Vuelto siempre de cara á la pared, sumiase en pensamientos tristes y solitarios y sufría en silencio.

—¿Qué es esto, pues? Esto no puede ser la muerte.

Y la voz interior le decía que sí; que era la muerte que se le aproximaba.

—¿Por qué estos sufrimientos?

Y la voz interior le respondía:

—Pues, porque sí,—sin razón alguna.

Y esto era todo.

Desde el principio de su enfermedad, desde su

visita á casa del médico, su vida fluctuaba entre una desesperación completa, la espera de aquella cosa terrible y no comprendida que se llama la muerte, y la esperanza de una rápida curación.

Unas veces tenía ante sus ojos el riñón oscilante ó el grueso intestino indócil, otras el espectro de la muerte que no podía desechar en modo alguno.

Aquellas dos impresiones distintas se sucedían desde los comienzos de la enfermedad, pero cuanto más grave iba siendo su estado, tanto más á segundo término iban pasando el intestino y el riñón y más en primero se iba levantando la muerte.

Le bastaba pensar en lo que había sido tres meses antes y en lo que era al presente; le bastaba recordar cómo había descendido por la rápida pendiente de la montaña después de haber trepado hasta la cima, para que se desvaneciera en él toda esperanza.

Pasó sus últimos tiempos á solas con sus pensamientos amargos, la cara vuelta contra el respaldo del sofá.

Solo en medio de aquella ciudad populosa y de sus numerosos amigos; solo en medio de su familia, su soledad le parecía más completa que si se hubiese encontrado en el fondo de los mares ó sepultado en la tierra.

No parecía existir para él la realidad: su vida era la vida de los recuerdos.

Uno después de otro cruzaban ante él, como en

un cosmorama, los cuadros de su pasada existencia.

Esto constituía su vida actual; pero después, y poco á poco, dibujábase ante su vista el cuadro de su infancia en el que vislumbraba hasta los menores detalles.

Si pensaba en la compota de ciruelas que acababan de servirle, se acordaba de las ciruelas pasas que comía con delicia cuando niño, y á continuación de aquel recuerdo insignificante, evocaba las imágenes de su niñera, de su hermanito, de sus juegos...

Pero de repente exclamaba:

—No, no: no hay que pensar en ello: me hace mucho daño.

Y se trasladaba con la imaginación al tiempo presente.

Y se ponía á reconocer los botones del sofá; el cuero de que estaba recubierto; recordaba el altercado que había tenido con su mujer á propósito de dicho cuero, y después se acordaba del portamonedas de cuero de su padre, que él y su hermano menor habían roto; del castigo que por ello se les impuso y de los ricos pastelillos que su mamá les llevó á escondidas para consolarlos.

Y he aquí que la marcha regular y fatal de su dolencia venía á ahuyentar los recuerdos de su infancia.

Le ocurría con esto lo que con la vida: cuanto

más atrás miraba y más exactos eran los recuerdos, tanto más avanzaba y mayor obscuridad lo envolvía por todas partes.

—Mi vida se parece á una piedra lanzada en el espacio,—se decía;—se precipita siempre y con mayor rapidez en el abismo...

—Yo me precipito en el abismo,—añadía; y hacía esfuerzos para oponerse á aquella caída; pero comprendía que eran vanos; que toda resistencia era inútil.

Y con la cabeza fatigada por aquel batallar continuo; con los ojos cansados de fijarlos en el mismo punto, volvíase de nuevo hacia el respaldo del sofá, esperando el momento terrible de la catástrofe final.

—Es inútil luchar ¡si al menos comprendiese yo la causa de todos estos tormentos! ¡Si pudiera explicarme estos sufrimientos como castigo justo de una vida desordenada!... Pero no; por más que miro detrás de mí, no veo nada ilícito en mi vida pasada: he marchado siempre de acuerdo con las leyes y con los usos de la sociedad, y no he hecho nunca nada que pueda censurar el hombre más distinguido de la misma.

Y se decía esto sonriendo amargamente, como si hubiese allí alguien que pudiera ver y apreciar aquella sonrisa.

—No: mis padeceres no tienen explicación. Estoy condenado á los tormentos y á la muerte, pero ¿por qué?

XI

Transcurrieron otras dos semanas.

Durante ellas se realizó un sueño acariciado por ambos esposos.

Petrishchev se declaró y pidió la mano de su hija...

Aquel suceso ocurrió durante una velada.

Al siguiente día trató Praskovia de buscar la manera de darle á Iván aquella noticia sin impresionarle; pero al entrar en su cuarto lo encontró muy enfermo.

Hallábase acostado boca arriba con la mirada fija y gimiendo casi imperceptiblemente... Ella trató de aconsejarle que tomase alguna medicina; pero él la miró fijamente, y aquella mirada estaba tan im-

pregnada de odio, que Praskovia no concluyó la frase.

—En nombre de Cristo, déjame por lo menos morir tranquilo.

En el instante en que iba ella á abandonar la habitación entró Elisa para abrazar á su padre.

Ivan la miró con el mismo aborrecimiento que á su madre, y cuando aquélla le preguntó por su salud, le respondió secamente que pronto las libertaría de su presencia.

—¿Qué le hemos hecho á papá?—preguntaba Elisa á su madre.—Yo le compadezco mucho, pero, en fin, no somos nosotras las que lo hemos puesto malo. ¿Por qué, pues, nos atormenta?

El médico llegó á la hora de costumbre.

A cuantas preguntas hizo á Ivan, éste respondió brevemente sí ó no.

No pudiendo, por último, contener su cólera, le dijo:

—Demasiado sabéis que no podéis hacer nada por mí, ¿por qué no me dejáis, por lo menos, tranquilo?

—Aunque otra cosa no sea, podemos aliviar vuestros sufrimientos.

—Ni aun eso podéis hacer: dejadme tranquilo.

Marchóse el médico, se fué al salón y dijo á Praskovia que su marido estaba muy grave y que el único medio de aliviar sus sufrimientos, que debían ser atroces, era el de administrarle opio.

El doctor no habló más que de los sufrimientos físicos, pero los sufrimientos morales, que todo el mundo ignoraba, eran más terribles aun.

La causa principal de tales sufrimientos en aquella noche terrible, fué que, al examinar el bondadoso semblante de Guerassim, tuvo la idea de que quizá no estuviera su propia vida exenta de reproches.

Recordó los raros casos de rebeldía (combatidos por él con indignación) contra las leyes y exigencias de esta sociedad ante la cual se había inclinado siempre.

Aquellos momentos de lucidez habían sido quizá los únicos momentos felices de su vida: el resto no había sido más que mentira.

Y toda su vida pasada; sus servicios al Estado; su familia; los intereses de la sociedad que tan á pecho tomaba, ¿qué había de bueno y de verdad en todo ello?

Quiso resistir á la destrucción del andamiaje de toda su existencia pasada; pero conoció que sus argumentos no tenían valor alguno.

—Y si esto es así; si yo me voy con la firme convicción de que mi vida pasada no ha sido más que un error y una mentira y que ya no tengo tiempo para repararlo...

Cuando al siguiente día fueron á verlo Piotre, su mujer, su hija y el médico y en cada una de las palabras, en cada uno de los movimientos de ellos se reconoció á sí mismo, se horrorizó.

¡Todos eran como él!
¡Todo cuanto decían, todo cuanto hacían no era más que mentira!

Aquella convicción no hizo más que aumentar sus tormentos y más insoportables sus dolores físicos.

Empezó á lamentarse, á revolcarse en su lecho, á arrancarse los vestidos que le ahogaban.

Se le administró una gran dosis de opio que le calmó, pero al llegar la noche sus dolores se avivaron.

Tan grande era su excitación, que no permitía que nadie se le acercara.

Su mujer se atrevió á ello, por fin.

—Ivan, amigo mío, hazlo por mí, *por mí*. Eso no puede perjudicarte y á veces mejora... Hasta los que están buenos lo hacen; demasiado lo sabes.

Ivan abrió los ojos desmesuradamente.

—¿Qué es lo que quieres?... ¿que me confiese?... ¿Por qué?... No: es inútil.

—Sin embargo...

Y Praskovia se echó á llorar.

—Vamos, amigo mío, ¿quieres? Voy á llamar á nuestro capellán, ¡es tan bueno!

—Perfectamente: está muy bien,—le respondió dándole la espalda.

Cuando se hubo confesado, experimentó un gran alivio.

Se disiparon en parte sus dudas y se enterneció por lo que se refería á su suerte.

En su alma parecía renacer la esperanza y con ella la idea del riñón flotante y del intestino grueso. Comulgó derramando dulces lágrimas.

Cuando volvieron á acostarlo en la cama, se encontró bien por algunos momentos y concibió esperanzas.

Consideraba posible la operación que se le había propuesto.

Su mujer fué á felicitarlo; le dijo lo que es costumbre en casos tales, y añadió:

—¿No es verdad que te sientes mejor?

—Sí,—le respondió sin mirarla.

Su vestido, toda ella, la expresión de su rostro, el eco de su voz, todo le pareció falso.

Cuanto constituía en otro tiempo su vida, no era más que falsedad, disimulación, un velo que cubría el verdadero significado de la vida y de la muerte.

Y tan pronto como él se formuló aquel pensamiento, despertó en él la cólera y renacieron sus agudos dolores.

Con los dolores se le presentó otra vez la idea de una muerte próxima.

Y se produjo algo nuevo en él, que hizo más penosa y más perceptible su respiración.

La expresión de su rostro al contestar *si* á su mujer, tenía algo de terrible. Después de pronunciar

aquel *si* mirándola fijamente á la cara, se volvió con una fuerza incomprensible en un hombre tan debilitado y exclamó:

—Idos, pero idos pronto; dejadme tranquilo.

XII

Desde aquel momento empezaron aquellos gritos horribles que continuaron durante tres días y tres noches, sin cesar un solo instante y que aterrorizaron á todos los de la casa: no podía oírsele sin estremecerse.

En el momento mismo de contestar á su mujer, comprendió que estaba perdido; que no le restaba ya esperanza alguna, que había llegado al fin, al verdadero fin, y que sus dudas persistían.

—¡Ah! ¡ah!—gritó.—No quiero.

Con toda clase de entonaciones, aquel *¡Ah!* era la continuación de la palabra *No*.

Durante aquellos tres días luchaba sin cesar contra una fuerza invisible que lo hundía en un saco negro y estrecho.

Forcejeaba lo mismo que un sentenciado á muerte forcejea contra las manos del verdugo, á pesar de saber que no tiene medio alguno de salvación, y comprendía perfectamente que cada momento que pasaba lo aproximaba á su fin.

Su principal tormento consistía en que se sentía entrar, cada vez más, en un agujero negro, y en que algo lo sujetaba y le impedía entrar en él completamente.

Y lo que le impedía entrar era la idea de que su vida, en otro tiempo, había sido buena y justa.

Aquella apología de su vida pasada le retenía, no le dejaba entrar, y le atormentaba cada vez más.

De repente, una fuerza invisible le impelió de un modo brusco: le faltó la respiración, se internó en el negro agujero y percibió en el fondo del mismo un punto luminoso... Experimentó idéntica sensación que cuando viajando en ferrocarril se retrocede creyendo avanzar, y advierte uno su error.

—No era eso,—se dijo,—pero no importa: todo puede repararse.

—¿El qué?—se preguntó.

Y guardó silencio.

Esto sucedió al expirar el tercer día, una hora antes de su muerte.

El colegial entró de puntillas en la habitación y se acercó al lecho de su padre: el moribundo seguía gritando y revolviéndose: su mano tocó por casual-

idad la cabeza del niño, quien se apoderó de ella y la besó sollozando.

En aquel momento se internaba Ivan en el fondo del negro agujero; descubría en él un punto luminoso, y reconocía que su vida pasada no era más que un cúmulo de errores; pero que aun podía repararlos.

Sintió que le besaban la mano con ternura; abrió los ojos; reconoció á su hijo y se enterneció.

Vió á su mujer que se le acercaba en aquel momento con el semblante descompuesto y deshecho en lágrimas.

También sintió hacia ella un impulso de bondad.

—Sí,—se dijo,—los atormento; les causo lástima; pero cuando haya muerto ya no los atormentaré.

Quiso decir todo aquello en voz alta; pero le faltó decisión.

—¿Por qué decirlo?—pensó.—Más vale hacerlo.

Indicó á su mujer con los ojos á su hijo y murmuró:

—Llévatelo... me aflige... y tú también.

Quiso añadir: «Perdóname»; pero no tuvo tampoco resolución para ello.

—Me causan pena todos: es preciso hacer de modo que no sufran: me desembarazaré de ellos y luego me desembarazaré yo de mis sufrimientos.

—¡Cuán bueno y cuán sencillo es esto!—pensó.

—¿Y qué haré de mi dolor?

Y prestó atención como si escuchara.

—Pero helo ahí, que no hace más que persistir.

—¿Dónde está la muerte?

Buscó el terror que sentía ante la muerte, y no lo encontró.

—¿Dónde está la muerte?

Y no sintió miedo ni espanto alguno, porque para él la muerte no existía ya.

En vez de la muerte, vió un rayo de luz.

—¡Oh, qué alegría!—exclamó.

Todo aquello pasó en un minuto, pero la metamorfosis duró hasta el fin.

Para cuantos le rodeaban, su agonía se prolongó dos horas. Se le levantaba el pecho y su pobre cuerpo daba frecuentes sacudidas.

Después, aquellas sacudidas fueron cesando poco a poco, fueron haciéndose más raras.

—Esto ha concluido,—dijo alguno.

El oyó aquellas palabras y las repitió, añadiendo:

—La muerte no existe ya.

Su pecho se levantó como para hacer una grande aspiración.

Después, todo se detuvo.

Se estiró, y exhaló el último suspiro.

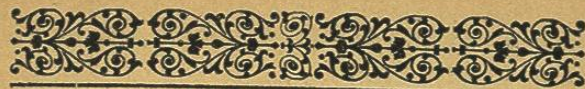


LA ODISEA DE UN CABALLO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1025 MONTERREY, MEXICO



LA ODISEA DE UN CABALLO

I

Se disipaban las nieblas de la noche.

Los primeros rayos de luz de la mañana matizaban de brillantes colores las gotas de rocío.

El disco de la luna palidecía desapareciendo en el horizonte.

La naturaleza entera se despertaba: la selva volvía á poblarse.

En el patio inmenso de la casa señorial, volvía todo á la vida.

Oíanse por todas partes las voces de los aldeanos, los relinchos de los caballos y un zafarrancho conti-

nuo en las literas de paja en que los yegüeros habían pasado la noche.

—Y bien, ¿quieres concluir?—gritó el viejo guardián de la yeguada al abrir la puerta cochera.

—¡Vamos! ¿a dónde vas tú?—dijo, jugando con la fusta, á una yegua joven que quiso aprovecharse de la apertura para tomar el portante.

Nestor, el viejo guardián de la yeguada, vestía un casaquín ceñido al cuerpo por una correa adornada con placas de acero y llevaba el látigo á la espalda, un pedazo de pan en un pañuelo pendiente del cinturón, y una silla de montar y una brida en las manos.

Los caballos no demostraron ofensa ni resentimiento, ni dieron señales de susto por el tono chocarrero de su guardián; aparentaron no prestarle atención alguna y se alejaron de la puerta á paso lento.

Sólo una yegua vieja, de pelo bayo oscuro y de largas crines, enderezó las orejas y se estremeció con todo su cuerpo.

Otra yegua joven, aprovechándose de la ocasión, fingió asustarse y le dió un par de coces á un caballo viejo que permanecía inmóvil detrás de ella.

—¡Vamos!—gritó el viejo con voz terrible dirigiéndose hacia el fondo del corral.

Entre tanta bestia, sólo un caballo, un caballo pío que permanecía aislado debajo del cobertizo, continuaba sin dar muestra alguna de impaciencia.

Con los ojos medio cerrados, lamía el pilar de encima del cobertizo, con aire pensativo y serio.

—Basta de lametones,—gritó el guardián acercándose á él y colocando la montura y el sudadero sobre un montón de estiércol.

Detúvose el caballo pío, y sin moverse, miró con fijeza al viejo Nestor. No sonrió, ni se incomodó, ni se enfurruñó; pero adelantó un paso, suspiró con tristeza y trató de irse.

El guardián lo cogió con ambas manos por el cuello, con objeto de ponerle la brida.

—¿Qué tienes que suspiras, viejo mío?—le dijo.

El caballo, por toda respuesta, meneó la cola como queriendo decir:

—No tengo nada, Nestor.

Este le puso el sudadero y después la silla sobre el lomo: el caballo agachó las orejas como para expresar su descontento y fué tratado de bribón. Cuando trató el viejo de apretarle la cincha, hizo el caballo una gran aspiración; pero Nestor le sujetó la lengua con los dedos, le pegó un puntapié en el vientre, y el caballo expelió el aire absorbido.

Aunque estuviese bien persuadido de que toda resistencia era inútil, el caballo había creído un deber manifestar su descontento.

Una vez ensillado, se puso á tascar el freno, aunque debía de saber, por larga experiencia, que nada adelantaba con ello.

Montó en él Nestor; empuñó el látigo, se arregló

el casaquín, sentóse de lado en la silla á manera de los cazadores y de los cocheros, y tiró de las riendas.

El caballo levantó la cabeza, queriendo demostrar con ello que estaba pronto á obedecer, y esperó. Sabía de antemano que, antes de partir, tenía que dar el jinete muchas órdenes al joven guardián Vaska.

Y efectivamente, Nestor gritó:

— ¡Vaska! ¿Has soltado la yeguada? ¿á dónde vas? ¡Duermes! Abre la puerta y deja salir primero las yeguas, etc.

Rechinó la puerta.

Vaska, medio dormido y furioso, tenía en una mano las riendas de su caballo y dejaba que las yeguas fueran saliendo.

Estas desfilaron una tras otra resoplando sobre la paja, primeramente las jóvenes, después las paridas con sus potrancas y en último término las llenas: éstas pasaban despacio por la puerta balanceando su abultado vientre.

Las yeguas jóvenes se reunían por parejas y á veces en mayor número: colocaban sus morros sobre las ancas de sus compañeros y, llegadas á la puerta, se atascaban; pero los golpes del látigo las hacían separarse bajando la cabeza.

Los potrillos se extraviaban, perdían de vista á sus madres, se ponían delante de otras yeguas y

respondían con relinchos á los que sus madres les daban llamándoles.

Una yegua joven y traviesa agachaba la cabeza, disparaba una coz y soltaba un sonoro relincho en cuanto se veía libre: no se atrevía, sin embargo, á ponerse nunca delante de la vieja yegua Juldiba, que rompía siempre la marcha é iba al frente de la yeguada con paso grave y pavoneándose.

El corral, tan animado momentos antes, quedaba triste y solitario: no se veían en él más que los pilares y los montones de paja.

Aquel cuadro de desolación parecía entristecer al viejo caballo pío, siquiera estuviese acostumbrado á verlo desde larga fecha. Levantó la cabeza; la bajó luego como si quisiera saludar á alguno; suspiró con tanta fuerza como le permitió la cincha, y después siguió detrás de la yeguada cojeando de las cuatro patas, viejas y estacadas, con Nestor encima.

— Sé lo que va á hacer ahora,— pensó el viejo solípedo;— tan pronto como lleguemos al camino real, sacaré la pipa del bolsillo, encenderé la yesca con el eslabón y la piedra, y se pondrá á fumar. No me disgusta eso: el olor del tabaco es muy agradable en las primeras horas de la mañana, y después, me recuerda mis buenos tiempos pasados. Es lástima que al fumar le dé al viejo por ser fanfarrón y que se cargue siempre sobre un lado, sobre el mismo lado, sobre el que me duele precisamente... Pero no importa: estoy acostumbrado á sufrir para que otros

gocen, y hasta empiezo á sentir una satisfacción de caballo al sufrir por los demás. Dejemos á ese pobre viejo Nestor que haga el fanfarrón conmigo. No puede, después de todo, permitirse fanfarronadas sino cuando nos encontramos á solas él y yo.

Así reflexionaba el viejo cuadrúpedo, marchando á paso lento por mitad del camino.

II

Llegados á la orilla del río en donde debía pacer la yeguada, apeóse Nestor del caballo y le quitó la montura.

El ganado se fué dispersando poco á poco por el prado cubierto de rocío y de vapor que se elevaba con lentitud á medida que el sol brillaba con más fuerza.

Después de quitarle la brida, Nestor rascó al viejo pío en el cuello, y el caballo cerró los ojos en señal de gratitud.

— Así me gusta, perro viejo,—dijo Nestor.

Pero al caballo no le producía satisfacción alguna aquel halago, y únicamente por política se mostraba encantado y bajó de nuevo la cabeza en señal de asentimiento.

Pero de pronto, y sin razón alguna, á no ser que

Nestor creyese que el caballo tomaba como muestra de familiaridad aquella caricia, rechazó el guardián violentamente la cabeza del cuadrúpedo y asestó á éste un latigazo con las riendas, tras de lo cual fué á sentarse al pie del tronco de un árbol, donde acostumbraba á pasar el día.

Aquella brutalidad apesadumbró al caballo, pero no lo demostró y se dirigió hacia el río despuntando la hierba y meneando la cola.

Sabía, por experiencia, que nada es tan bueno para la salud como beber agua fresca en ayunas, y al efecto se fué hacia el sitio en que la margen del río tenía menor pendiente, é inmergió los belfos en el agua, empezando á beber con avidez.

A medida que su cuerpo se henchía, experimentaba dulce bienestar y agitaba con más satisfacción el desguarnecido maslo de la cola.

Una pequeña yegua alazana, que se complacía en agotarle la paciencia al pobre viejo, se acercó á él aparentando no verlo, con el único objeto de enturbiarle el agua que con tanta delicia estaba bebiendo.

Pero el pío había concluído ya de beber; fingió no advertir la pasada que la pequeña yegua quiso jugarle; levantó, uno después de otro, los cuatro cascos metidos en el agua; sacudió los belfos, y se alejó con objeto de pacer tranquilamente á respetable distancia de la juventud.

Y pació seriamente durante tres horas, procurando estropear lo menos posible la hierba con sus cas-

cos: al cabo de las tres horas, apoyóse por igual sobre los cuatro remos, y se durmió pacíficamente.

Hay vejeces de muchas clases: la vejez majestuosa; la vejez horrible; la vejez que nos inspira compasión; y hay otra que participa de la primera y de la última; la vejez majestuosa que nos inspira lástima.

A ésta pertenecía la de nuestro viejo caballo pío.

Era de mucha alzada: su pelo había sido negro-pío en sus tiempos; pero las manchas negras se habían quedado ya de un color obscuro sucio.

Tenía tres grandes manchas: la una en el lado derecho de la cabeza, que partiendo de la proximidad del belfo superior, iba á terminar en la mitad del cuello: la crin era entreverada, la mitad blanca y la otra mitad oscura: la segunda mancha se extendía por el costado derecho y descendía hasta la mitad del vientre; la tercera llenaba la grupa, la mitad de la cola y las dos patas traseras.

El masló de la cola era blanco.

La cabeza grande, huesuda, con dos huecos profundos sobre los ojos: el belfo inferior negro y descolgado hacía ya mucho tiempo parecía hallarse suspendido de su cuello flaco y encorvado.

Velase, por la desgajadura del belfo inferior, el extremo de la lengua, desviada hacia un lado y negruzca, y amarillos restos de sus dientes inferiores.

Las orejas, una de ellas hendida, pendían á am-

bos lados del cuello y no las enderezaba sino muy rara vez para espantar las moscas importunas.

De su antiguo tupé no le quedaba ya más que un mechón de pelo que colgaba por detrás de su oreja izquierda.

La frente, descubierta, estaba llena de arrugas y la piel formaba hondos pliegues á lo largo de la cara á un lado y á otro.

Las venas formaban gruesos nudos á lo largo de la cabeza y del cuello, y aquellos nudos se estremecían cada vez que una mosca se posaba en ellos.

Tenía una expresión de dolor y de paciencia infinitos.

Estaba corvo de ambos brazos y tenía éstos llenos de vejigas así como los menudillos; en el izquierdo se le veía un gran sobrehueso por bajo de la articulación; las patas las tenía menos lacradas, pero en fuerza de rozarse con los cascos, habían perdido el pelo en la cara interna de su tercio inferior.

Con relación al rollo del cuerpo, parecía tener los remos demasiado largos.

Los ijares, aunque llenos, estaban descarnados y cubiertos únicamente con la piel.

La cruz y las espaldas presentaban huellas de mataduras y golpes, y en el lomo, cerca de la grupa, se veía una bastante reciente.

Sobre el maslo de la cola se destacaban las últimas vértebras: en la parte inferior de aquél había desaparecido hasta el último vestigio de pelo,

En la misma grupa se extendía una úlcera antigua, recubierta de pelos blancos y gruesos, y á lo largo del omoplato derecho se percibía una cicatriz.

Los corvejones y el maslo de la cola los tenía sucios siempre, por efecto de un continuo desate de vientre.

A pesar de su aspecto repugnante, cualquier inteligente hubiera reconocido en aquel penco un caballo de raza, y hubiera añadido que sólo existe una raza de caballos en Rusia que tenga tan desarrollados los huesos, tan fuertes los cascos, tan curvado el cuello y la piel y el pelo tan finos.

Había algo de grandioso en el aire de aquel animal, en aquel conjunto de fealdad repugnante y en la expresión de arrogancia y de seguridad que lo caracterizaba. Era como ruina viviente en medio de la verde pradera, rodeado de ganado joven que se había esparcido por todas partes llenando el aire con sus relinchos.

III

El sol se había elevado por encima de los árboles y bañaba con sus brillantes rayos la pradera y el río.

El rocío iba desapareciendo poco á poco; ya no se veían más que algunas gotas esparcidas aquí y allá; desvanecíanse los vapores de la mañana, y únicamente se levantaba alguno que otro jirón de niebla tenue en las orillas del río.

Ligeras nubecillas se cernían y agrupaban como nevados copos, y la calma reinaba en el espacio.

Más allá de la margen opuesta se divisaba un campo de trigo, verde y fresco.

Las emanaciones de las flores y de la jugosa hierba embalsamaban la atmósfera.

Oíase á lo lejos cantar al cuco, y Nestor, tendido de espaldas bajo el árbol, contó los años que le quedaban de vida.

Las alondras se cernían en los aires por encima del prado.

Una liebre, sorprendida por la yeguada, huyó á todo escape, se agazapó luego tras de una mata y enderezó las orejas.

Vaska se durmió ocultando la cabeza entre la alta hierba.

Las yeguas, aprovechándose de su libertad, se desparramaron en todas direcciones: las más viejas eligieron un sitio tranquilo donde pacer sin que nada las molestase; pero ya no pacían; se limitaban á despuntar los tallos de la mejor hierba y á comérselos con marcada satisfacción.

Toda la yeguada fué dirigiéndose insensiblemente hacia el mismo lado.

Y volvió á encontrarse otra vez la vieja Juldiba al frente de sus compañeras sirviéndoles de guía.

La joven Muchka, que había parido por primera vez, no cesaba de relinchar, jugando con su retoño.

La joven Atlasnaia, de piel fina como el satén, jugueteaba con la hierba bajando la cabeza de manera que el tupé le cubriese los ojos y la cara; arrancando tallos de hierba, echándolos por alto y golpeando el suelo con el casco.

Un potrillo de los mayores había inventado un

juego nuevo para él, que consistía en correr en torno de su madre, con la cola levantada en forma de penacho, y hacía ya su vigésimasexta vuelta sin descansar; su madre pacía tranquilamente siguiéndole con el rabillo del ojo.

Otro de los potros más pequeños, negro y de cabeza voluminosa, con el tupé erizado entre ambas orejas y con la cola inclinada hacia el sitio en que estaba su madre, seguía con mirada entontecida las carreras de su camarada, como si tratara de explicarse á qué conducían aquellos alardes de resistencia. Otros potrillos estaban como espantados.

Algunos, sordos al llamamiento de sus madres, se corrían en dirección opuesta á ellas, relinchando con toda la fuerza de sus jóvenes pulmones.

Por último, habíalos también que se revolcaban en la hierba.

Los más fuertes imitaban á los caballos, y pacían.

Dos yeguas preñadas se alejaron moviendo con trabajo sus remos y paciendo silenciosamente: su estado inspiraba respeto á la yeguada que se guardó mucho de importunarlas.

Si alguna de las yeguas jóvenes, más atrevida que las demás, se les acercaba, bastábales un movimiento de cola ó de oreja para hacerlas entrar en orden y mostrarles la inconveniencia de su conducta.

Los potrillos de un año, juzgándose ya demasia-

do grandes para mantenerse al nivel de los más pequeños, pacían con aire serio encorvando sus graciosos cuellos y meneando sus nacientes colas á imitación de los mayores, y se revolcaban ó se rasaban el lomo como éstos, uno contra otro.

El grupo más alegre era el de las yeguas de dos á tres años.

Éstas se paseaban todas juntas como las señoritas, y se tenían aparte de las demás.

Se agrupaban apoyando las unas sus cabezas en el cuello de las otras, resoplando y saltando; de pronto empezaban á dar botes con la cola levantada y rompían al galope las unas en torno de las otras.

La más hermosa y la más traviesa del grupo era una alazana.

Todas las demás imitaban sus juegos y la seguían á todas partes.

Era la que daba el tono á la reunión.

Estaba aquel día extraordinariamente alegre y dispuesta á divertirse.

Fué la que por la mañana enturbió el agua que bebía pacíficamente el caballo pío; luego, aparentando asustarse, partió como un rayo, seguida de todo el grupo, y no fué poco el trabajo que le costó á Vaska hacerlas volver á aquella parte del prado.

Satisfecha de pasto, se revolcó en la hierba y, cansada de aquel juego, se puso á porfiar tenazmente y á provocar á las yeguas viejas, corriendo por delante de ellas.

Al ver mamar con mucha gravedad á un potrillo, le asustó y se divirtió persiguiéndole y haciendo como que le quería morder. La madre, asustada, dejó de pacer; el pequeño empezó á relinchar quejumbrosamente; pero la traviesa alazana no le hizo daño, y contenta por haber distraído á sus compañeras que la miraban con interés, se alejó como si nada hubiese hecho.

Después se le ocurrió trastornarle el juicio á un caballo gris que un aldeano montaba á lo lejos.

Se detuvo; dirigió en torno suyo una mirada arrogante, volvió de lado su linda cabeza, se sacudió y lanzó un relincho dulce y apasionado.

Aquel relincho tenía la expresión de la ternura y de la tristeza unidas.

Adivinábanse en él promesas de amor y deseos no satisfechos.

—El cuco llama á su amada en la selva; las flores se envían el polen en alas de la brisa; las codornices se requiebran de amores al pie de los erguidos juncos, y yo, que soy joven y hermosa, no he conocido aún el amor,—quería decir aquel relincho que conmovió los aires y llegó hasta el caballo gris.

Enderezó éste las orejas y se detuvo.

El jinete le arrimó un latigazo; pero el caballo, sugestionado y conmovido por el eco de aquella voz dulce y apasionada, no se movió y respondió al relincho de la yegua.

Incomodóse el jinete y fué tan terrible el golpe

que con ambos talones le dió al corcel en los ijares, que éste se vió forzado á interrumpir su canción y á proseguir su camino.

Pero á la joven yegua le enterneció la canción, y estuvo escuchando durante mucho tiempo el eco de la respuesta interrumpida, los pasos del caballo y las imprecaciones del jinete.

Si sólo la voz de la joven alazana hizo olvidar sus deberes al caballo gris, ¿qué no hubiera sucedido, si hubiese visto lo hermosa que ella era, el fuego que centelleaba en sus ojos, la dilatación de sus narices y el estremecimiento de su cuerpo?

Pero la locuela no era amiga de preocuparse mucho por ninguna cosa.

Cuando la voz del caballo gris se hubo extinguido á lo lejos, relinchó en tono burlón, escarbó la tierra con sus lindos cascos y viendo, no lejos de ella, al viejo pío que dormía pacíficamente, corrió hacia él para despertarlo y provocarlo.

El pobre caballo era el blanco, la víctima de la juventud caballar, quien le hacía sufrir más aún que los hombres; y sin embargo, ni á aquella ni á éstos les había hecho jamás daño alguno.

Los hombres le necesitaban; pero ¿por qué los caballos no le dejaban en paz?

Fué una cosa que nunca pudo comprender.

IV

Él era viejo y ellas eran jóvenes.

Él estaba flaco y ellas estaban gordas.

Él estaba triste y ellas estaban alegres.

Era, pues, un extraño, un sér aparte, que no podía inspirarles sentimiento alguno de compasión.

Los caballos no se compadecen sino de sí mismos.

Son egoístas.

¿Era culpa del caballo pío no parecerse á ellos y ser viejo, flaco y feo?

Parece que no debiera ser culpa suya, pero la lógica caballuna es muy distinta á la lógica humana.

Todas las culpas eran suyas y toda la razón estaba de parte de aquellos que eran jóvenes, fuertes y

dichosos; de aquellos ante los cuales se abría el porvenir; de aquellos que podían levantar la cola en forma de penacho y cuyos músculos se estremecían al contacto de la menor cosa.

En sus momentos de calma, quizás creyese el caballo pío que la sinrazón estaba de su parte; que su vida llegaba á su término, y que debía pagar el precio de sus pasados goces; pero no era más que un caballo y no podía prescindir de revolverse, en ciertos momentos, contra aquella juventud que le infligía castigos por lo que á ella misma le habría de suceder andando el tiempo.

Otra causa de la crueldad de aquella juventud, era sus humos aristocráticos.

Todos descendían, en línea más ó menos recta, del célebre Smetanka.

El caballo pío era un extraño, de origen desconocido, comprado hacía tres años en una feria por ochenta rublos nominales.

La yegua alazana, haciendo como que se paseaba, se acercó al pobre viejo y tropezó con él como por casualidad ó distracción.

Comprendió éste de donde venía el golpe; pero se limitó á dar un paso atrás sin abrir los ojos.

La yegua le volvió la grupa y fingió quererle dar un par de coces.

El pío abrió los ojos y se alejó calmosamente.

Había perdido el sueño y se puso á pacer.

La yegua loquilla no había quedado aún satisfecha.

Se acercó de nuevo al malaventurado caballo, seguida de sus compañeras.

Una yegüecita de dos años, muy torpe, que era una especie de mono de imitación y que seguía paso á paso á la alazana, se acercó al caballo y, como todos los imitadores, rebasó los límites de la broma.

La yegua alazana, al acercarse, hacía siempre como que no veía al caballo, y pasaba y repasaba ante él con aire asustado; así es que el viejo pío no sabía si incomodarse ó no, mayormente viéndola tan graciosa y divertida; pero su imitadora se echó sobre él de lleno y le asestó un golpe en el costado.

El pío abrió la boca, y con una prontitud que no se podía esperar de él, se arrojó sobre la imprudente y la mordió en un anca.

La agresora se revolvió y le golpeó con todas sus fuerzas dándole manotadas; rugió el viejo queriendo lanzarse otra vez sobre ella, pero luego, dando un profundo suspiro, se alejó de aquel sitio.

La juventud debió creer ofensiva para ella la conducta del viejo caballo pío, y no le dejó en reposo el resto del día á pesar de que el guardián intervino varias veces para hacer que todos entraran en razón.

Tan desgraciado se consideró el pobre caballo que, cuando llegó la hora de regresar á la yeguada, se acercó espontáneamente al viejo Nestor para que

le pusiera la montura, y se consideró feliz llevándolo en sus lomos.

Sólo Dios podía conocer los pensamientos que agitaban el cerebro de aquel pobre viejo cuando lo montó Nestor.

¿Pensaba con amargura en la crueldad de la juventud, ó le perdonaba sus ofensas con la indulgencia despreciativa que caracteriza á los viejos?

Imposible adivinarlo: tan impenetrables eran sus pensamientos.

Aquella noche fueron á ver á Nestor unos compadres suyos.

Al pasar por el pueblo vió su carro parado en la puerta de su choza.

Tenía prisa para reunirse con ellos; así es que, apenas hubo entrado en el corral, se apeó y se alejó sin desensillar el caballo y encargando á Vaska que lo hiciese en cuanto concluyese su faena.

¿Sería á causa de la ofensa inferida á la descendiente de Smetanka ó á causa de su sentimiento aristocrático herido? Difícil sería determinarlo; pero lo cierto es que aquella noche todos los caballos, jóvenes y viejos, se pusieron á perseguir al caballo pío que, con la montura puesta, huía para evitar los golpes que por todas partes le asestaban.

Pero llegó el momento en que se agotaron sus fuerzas y en que, no pudiendo huir ya de sus perseguidores, se detuvo en medio del corral.

La impotencia de la rabia se dibujó en su cara;

agachó las orejas y entonces ocurrió algo inesperado, un extraño fenómeno que calmó instantáneamente la excitación de toda la yeguada.

La yegua más vieja de ella, Viasopurika, se acercó á él, le echó el resuello con fuerza y suspiró.

El viejo pío le contestó con otro suspiro igualmente profundo.

Aquel caballo viejo, cuadrado en medio del corral, con la montura puesta é iluminado por el resplandor de la luna, tenía algo de fantástico.

Los caballos le rodeaban en silencio y le miraban con interés, como si fueran á conocer algo muy importante para ellos.

Y he aquí, sobre poco más ó menos, lo que llegaron á conocer:..

V

PRIMERA NOCHE

«Sí; soy hijo de Liubieski I y de Babá.

Mi nombre, según el árbol genealógico, es Mujik I, conocido en el mundo bajo el de Kolstomier (medidor), á causa de mi cola larga y poblada que no tenía rival en toda Rusia.

Según mi genealogía, no hay caballo alguno más pura sangre que yo.

No os lo hubiera dicho nunca.

No lo hubiérais sabido jamás de mi boca.

Viasopurika, que estaba conmigo en Krienovo, tampoco me hubiera reconocido ya.

No me hubiérais creído si ella no lo hubiera testificado.

Yo hubiera seguido guardando silencio porque

ninguna necesidad tengo de la conmiseración caballuna.

Pero vosotros lo habéis querido.

Sí; yo soy aquel Kolstomier que buscaban los inteligentes, y á quien el conde vendió por haber triunfado en las carreras de Liebed, de su caballo favorito.

Cuando vine al mundo, ignoraba yo lo que significaba la palabra «pío»: no sabía más que una cosa: que yo era un caballo.

Las primeras observaciones que se hicieron respecto á mi pelo, nos admiraron mucho á mi madre y á mí.

Vine al mundo, de noche probablemente, porque al llegar la mañana, y limpiado por mi madre, me sostenía ya de pie.

Recuerdo que tenía un deseo vago é indeterminado, que no estaba en disposición de formular, y que todo lo que pasaba en torno mío me parecía extraordinario.

Nuestras cuadras estaban situadas en un corredor caliente y obscuro, y se cerraban con puertas ó cancelas de hierro á través de las cuales todo se podía ver.

Mi madre me ofrecía su ubre, pero yo era aún tan sencillito, que la rechazaba con el morro. De pronto se retiró mi madre á un lado: acababa de ver al palafrenero en jefe, que se aproximaba.

Éste miró á través de los hierros de la puerta.

—¡Calla! acabas de parir, Babá,—dijo, abriendo la puerta.

Entró y me rodeó con sus brazos.

—Míralo, Farasié: parece pío.

Yo me zafé de sus brazos, pero, faltándome las fuerzas, caí de rodillas.

—Vamos á ver, diablillo,—dijo.

Mi madre se inquietó por aquello; pero, no atreviéndose á defenderme, se contentó con suspirar, y se alejó.

Los demás criados se agruparon en torno nuestro y empezaron á inspeccionarme.

Todos reían al ver las manchas de mi pelo y me daban los nombres más raros.

Ni mi madre ni yo pudimos comprender el sentido de aquellas palabras.

Hasta aquel momento, no había existido ningún caballo pío en la familia.

No creímos que hubiera en ello nada malo: en cuanto á mis formas y á mi fuerza, fueron admiradas desde el punto de mi nacimiento.

—Creo que es muy vivo,—dijo el palafrenero;—me cuesta trabajo retenerlo.

Poco después llegó el caballerizo, quien se admiró al verme y dijo con acento de contrariedad:

—¿A quién puede parecerse este monstruo? Creo que el general no querrá conservarlo en la yeguada. ¡Eh, Babá! me has jugado una mala partida,

—dijo dirigiéndose á mi madre.—Si hubiera nacido con una estrella en la frente, aun podía pasar; mas ¡ha nacido pío!

Mi madre no contestó, pero, como sucede en tales casos, suspiró profundamente.

—¿A quién diablos puede parecerse? Es un verdadero aldeano: será imposible dejarlo en la yeguada: sería una verdadera vergüenza.

—Y sin embargo, es hermoso, hermoso,—decían al examinarme.

Algunos días después llegó el general y se reprodujeron las indignadas imprecaciones contra el color de mi pelo. Todos estaban furiosos y acusaban de ello á mi madre, añadiendo:

—Y, sin embargo, es hermoso.

Se nos dejó en las cuadras con una temperatura muy templada, hasta que entró la primavera: entre tanto, cuando hacía buen tiempo y la nieve se empezaba á fundir á los rayos del sol, se nos permitía salir al gran patio cubierto con paja fresca.

Allí fué donde vi por vez primera á todos mis parientes, que eran muchos.

Allí vi salir también de sus cercados á las yeguas más célebres con sus hijos; entre otras á Gallaudka y á Muchka, la hija de Smetanka, y á Krasnucka, caballo de silla. Cuando se reunían, se refregaban unas con otras y se revolcaban en el suelo sobre la paja como simples mortales.

No puedo olvidarme de aquel patio lleno de las más hermosas yeguas que puede uno imaginarse...

Os admiráis ante la idea de que yo haya sido joven y travieso, y sin embargo, lo fui: ahí tenéis á Viasopurika que no tenía entonces más que un año.

Era entonces una yegüecita alegre y gentil, pero, sin ofenderos, era una de las más feas de la yeguada.

Ella misma os lo podrá certificar.

Mi pelo, que había desagradado á los hombres, tuvo un gran éxito entre los caballos: éstos me rodearon, se admiraron de mí, y empezaron á jugar conmigo.

Empecé á olvidar los malvados propósitos de los hombres y á gozar de mi éxito.

Pero no tardé en tener el primer pesar de mi vida, y aquel pesar me lo dió mi madre.

Cuando la nieve se hubo derretido por completo y los gorriones se revolvían cantando apresuradamente entre las ramas ó saltando por el suelo; cuando el aire se hizo tibio y embalsamado, cuando llegó, en fin, la primavera, mi madre cambió radicalmente para conmigo.

Su carácter cambió por completo. De pronto se ponía á jugar y á correr en el corral, cosas que no sentaban bien á su continente de matrona. A veces

se ponía pensativa y melancólica; relinchaba; morría á sus amigas; se lanzaba sobre ellas; se refregaba conmigo y me rechazaba después con disgusto.

Cierta día llegó el caballerizo; le puso una cabezada, y se la llevó del ronzal.

Relinchó.

Le contesté y me fui tras ella; pero salió sin decirme ni «adiós» con la mirada.

El palafrenero Farasié me tomó en sus brazos en el momento en que la puerta se cerraba detrás de mi madre.

Me zafé de él y me dirigí á la puerta; pero estaba ya cerrada y no oí sino los relinchos de mi madre allá á lo lejos.

Aquellos relinchos no eran ya voces que me diera llamándome, no: tenían otra significación.

Un relincho dado con voz poderosa respondió á aquel llamamiento.

Lo dió, como supe más tarde, Dobrii I, á quien dos palafreneros conducían para que tuviese una entrevista con mi madre...

No recuerdo ya cómo y cuándo me dejó Farasié.

Me hallaba entonces muy triste: comprendí que había perdido para siempre el cariño de mi madre.

—¡Y todo porque soy pío!—exclamaba yo, recordando los propósitos maléficos de los hombres.

Me acometió tal acceso de rabia, que empecé á

dar golpes con la cabeza, con las rodillas y con el cuerpo contra las paredes hasta que, rendido, tuve que detenerme falto de fuerzas.

Algún tiempo después volvió mi madre.

La sentí llegar con paso rápido y acercarse á nuestra cuadra.

Cuando le abrieron la puerta y pude verla, apenas la conocí: tanto había cambiado.

La encontré rejuvenecida y más hermosa.

Se refregó contra mí y relinchó.

Conocí desde luego que ya no me quería.

Me habló de la hermosura de Dobrii y de su amor hacia él.

Sus entrevistas continuaron, y mis relaciones con ella se hicieron cada vez más frías y más tirantes...

Poco tiempo después, nos enviaron á pastar.

Desde aquella época empecé á tener goces y alegrías nuevas que me consolaron de mis pesares.

Tuve amigas y tuve camaradas.

Aprendimos juntos á comer hierba, á relinchar como los mayores, y á saltar en torno de nuestras madres, levantando al aire nuestras colas.

¡Dichoso tiempo aquel!

Todos me admiraban; todos me querían; se me perdonaban todas mis locuras. Pero entonces fué, precisamente, cuando me ocurrió una cosa terrible.

Al decir esto, el viejo animal suspiró profundamente...

Empezaba á despuntar la aurora; rechinó la puerta, y el viejo Nestor apareció en ella.

Los caballos se separaron al verle entrar, y el guardián, después de arreglar la montura del pío, hizo salir el ganado.

VI

SEGUNDA NOCHE

Tan pronto como los caballos entraron de nuevo en el corral, agrupáronse en derredor del viejo, quien reanudó de esta manera su relato:

«En agosto se me separó de mi madre; pero no lo sentí: llevaba en su vientre á mi hermano menor, al célebre Ussan y observé que yo estaba relegado ya á segundo término.

No tuve celos de él: lo único que noté fué que no amaba ya del mismo modo á mi madre.

Sabía, además, que una vez separado de ella me hallaría junto con mis jóvenes camaradas, y que todos los días iría á pasearme por los campos y las praderas.

Tenía por compañero de cuadra á Mili.

Milii era un caballo de silla, y cuando fué grande tuvo el honor de ser montado por el emperador y de ser reproducido por la fotografía.

En aquella época no era más que un potrillo de piel fina, de cuello graciosamente encorvado y de remos finos y aplomados. Estaba siempre de buen humor; siempre dispuesto á jugar, á lamer á sus amigos, y á burlarse de los caballos y de los hombres.

Nos ligamos con tierna amistad y siempre estábamos juntos; pero aquella amistad duró poco.

Como os acabo de decir, Milii era de un carácter alegre y ligero.

Desde pequeño empezó á hacer la corte á las yegüecitas: siempre se estaba burlando de mi simpleza.

Por desgracia mía imité su ejemplo, herido en mi amor propio por sus burlas, y me enamoré en seguida. Aquel encadenamiento precoz fué la causa del cambio que se operó en mi suerte.

Ved aquí la historia de mi amor en pocas palabras.

Viasopurika tenía un año más que yo: fuimos siempre grandes amigos; pero, al terminar el otoño, noté de pronto que me esquivaba cuanto podía.

No me siento con valor bastante para narraros esta historia, llena de recuerdos dolorosos para mí.

Aun recuerda ella la fatal pasión que me inspiró. En el momento en que yo le declaraba mis senti-

mientos, los palafreneros se echaron sobre nosotros, la espantaron á ella y me molieron á mí á latigazos.

Por la noche fui encerrado en una cuadra solitaria, en la que pasé las horas relinchando con desesperación, como si hubiese tenido presentimientos de lo que me esperaba.

A la mañana siguiente, el general, el jefe de los caballerizos y el palafrenero vinieron á verme: todos hablaban y gesticulaban al mismo tiempo. El general se incomodó con el caballerizo, quien se excusó diciendo que no había ocurrido nada y que la culpa había sido de los palafreneros. El general amenazó con mandar azotar á todo el mundo porque, según dijo, no era posible guardar así los pequeños garzones. El caballerizo prometió satisfacer en todas sus partes los deseos del general, y los tres se fueron.

Nada comprendí de aquello, pero tuve presentimiento de que se tramaba algo contra mí.

Al siguiente día me hicieron ser... lo que soy actualmente, y dejé de relinchar para toda la vida.

Fuí desde entonces indiferente á todo cuanto me rodeaba; me sumí en pensamientos amargos. En un principio caí en una desanimación profunda, y hasta dejé de comer y beber, y en cuanto á juegos, ya no volvieron á existir para mí. A veces se me pasaba por la imaginación la idea de disparar una coz,

de relinchar con fuerza, de galopar en torno de mis camaradas; pero ¿con qué objeto? ¿para qué? y bajaba la cabeza.

Una tarde en que el caballerizo me paseaba por frente al corral con una cuerda atada al cuello, distinguí á lo lejos una nube de polvo y las siluetas bien conocidas de nuestras yeguas, y pronto oí el ruido de sus pasos y sus alegres relinchos. Me detuve, á pesar de la cuerda que me lastimaba el cuello y me hacía sufrir un martirio y miré la yeguada como el que mira su dicha perdida por toda una eternidad.

A medida que aquella se aproximaba, fui distinguiendo una por una las caras de mis antiguas amigas.

Algunas me miraron y me desconocieron. El caballerizo tiró de mí con fuerza; pero yo no le hice caso. Perdí la cabeza y me puse á relinchar y á dar botes; pero mi voz pareció ridícula y extraña. No se ríe en la yeguada, pero yo vi que volvieron todas la cabeza á otro lado, por política. Fué claro que les inspiré lástima: les parecí ridículo con mi cuello delgado, mi cabeza voluminosa (yo había enflaquecido horriblemente), mis remos largos, y sobre todo, mi aire ridículo (me puse á trotar en torno del caballerizo). Nadie contestó á mi llamamiento y todos se desviaron de mí, de común acuerdo. La luz se hizo de repente en mi espíritu y comprendí, por último, el hondo abismo que me separaba de ellos...

Seguí al caballerizo presa de la mayor desesperación y no pude darme cuenta de cómo llegué á mi cuadra.

Propenso á la melancolía y á la reflexión desde mi más tierna edad, mis desgracias no hicieron más que desarrollar en mí aquella predisposición. Mi pelo, que tanto desprecio inspiraba á los hombres, y lo excepcional de mi posición en la yeguada, que no podía comprender aún debidamente, me hicieron reflexionar con madurez en la injusticia de los hombres. Pensé con amargura en la inconstancia del amor maternal y del amor femenino en general, y traté de formarme una idea precisa de esa extraña raza de animales que se llaman hombres, y para ello procuré comprender su carácter analizando sus acciones.

Era en invierno y en la época de las fiestas.

Aquel día no me dieron de comer ni de beber: después supe que aquella omisión obedeció á que todos los palafreneros se habían emborrachado como uvas.

Precisamente aquel día, al hacer su visita á las cuadras el jefe de los caballerizos, se acercó á la mía, y al observar que no me habían dado el pienso, se encolerizó contra el palafrenero y se marchó renegando. Al siguiente día vino el palafrenero á darnos el pienso y comprendí, por lo extremo de su palidez, cierta expresión de dolor en su persona.

Arrojó coléricamente el heno á través de los hie-

rrros, y cuando traté de colocar el morro sobre su espalda me dió un puñetazo con tal fuerza, que retrocedí espantado; pero no se contentó con aquello, sino que me dió, además, un puntapié en el vientre, murmurando:

—Si no hubiera sido por este feo sarnoso, nada me hubiera hecho.

—¿Qué ha sido ello?—le preguntó su camarada.

—Que casi nunca viene á ver los caballos del conde, pero que, en cambio, le hace al suyo dos visitas todos los días.

—¿Le han dado, acaso, el caballo pío?

—Yo no sé si se lo han vendido ó se lo han regalado; no sé nada: lo que sé es que podré dejar morir de hambre á todos los caballos del conde y nada me dirá; pero que como le falte cualquier cosa á su potro, ya puedo echarme en remojo. «Tumbate», me dijo y me vapuleó de lo lindo. Te digo que eso no es cristiano. ¡Compadecerse de una bestia más que de un hombre! ¡Cualquiera diría que no está bautizado! Y contaba por sí mismo los golpes. Nunca ha pegado tanto el general. Tengo las espaldas hechas una pura llaga. Decididamente, ese hombre no tiene alma de cristiano.

Comprendí bien lo que dijeron de latigazos y de piedad cristiana. En cuanto á lo demás, no supe darme cuenta exacta de lo que significaban las palabras *su potro* y deduje que establecían una relación cualquiera entre el caballerizo y yo; pero qué

elase de relación fuese aquélla, no lo pude comprender en aquel momento. Mucho más tarde, cuando me separaron de todos los demás caballos, fué cuando lo comprendí.

Las palabras *mi caballo* me parecían tan ilógicas como *mi tierra, mi aire, mi agua*; pero causaron en mí una impresión profunda. Mucho he reflexionado después acerca de esto, y únicamente mucho más tarde, cuando aprendí á conocer mejor y más de cerca á los hombres, fué cuando me pude explicar todo eso.

Los hombres se dejan llevar por palabras y no por hechos. A la posibilidad de hacer tal ó cual cosa, prefieren la posibilidad de hablar de tal ó cual objeto en los términos convencionales establecidos por ellos.

Y esos términos, que para ellos tienen grandísima importancia, son los siguientes: *El mío, la mía, los míos, mi, mis*. Los emplean al hablar de los seres animados, de la tierra, de los hombres y hasta de los caballos. También es común que una persona, al hablar de un objeto, lo califique de *mío*. La persona que tiene la posibilidad de aplicar la palabra *mío* á un gran número de objetos, es considerada por las otras como la más dichosa.

No podré deciros cuál es la causa de todo este razonamiento. Muchas veces me he preguntado si será el interés el móvil de todo, pero siempre he rechazado la idea, y he aquí por qué. Muchas personas

me consideran propiedad suya y, sin embargo, no se sirven de mí: no son ellas las que me alimentan y me cuidan; las que esto hacen son extraños á quienes no pertenezco: palafreneros, cocheros, etc.

Mucho tiempo transcurrió antes de que me diera cuenta cabal y clara de la palabra *mío* á la que tanta importancia dan los hombres, pero hoy puedo aseguráros que no tiene otra significación que un instinto bestial indigno á que aquellos dan el nombre de *derecho de propiedad*.

Un hombre dice: *Mi casa*, y no la habita. Un comerciante dice: *Mi tienda*, y jamás pone en ella los pies; ó bien: *Mi almacén de ropa*, y no toma nunca un metro de paño para sus necesidades. Hay hombres que dicen *mis tierras*, sin haberlas visto nunca. Los hay también que emplean la palabra *mío* aplicándola á sus semejantes, á seres humanos á quienes jamás han visto y á los cuales causan todas las extorsiones imaginables; dicen: *Mi mujer* al hablar de una mujer que consideran como propiedad suya y que á veces vive con otro hombre.

El principal objeto que se propone ese animal extraño llamado hombre, no es el de hacer lo que considera bueno y justo, sino el de aplicar la palabra *mío* al mayor número posible de objetos. Esa es la diferencia fundamental entre los hombres y nosotros; y, francamente, aun prescindiendo de otras ventajas nuestras, bastaría esa sola para colocarnos

en un grado muy superior al suyo en la escala de los seres animados.

Pues bien: ese derecho de poder decir de mí *mi caballo* fué el que obtuvo nuestro caballero mayor.

Mucho me admiró aquel descubrimiento. Yo tenía tres causas de disgusto: mi pelo, mi sexo, y aquella manera de tratarme como una propiedad, á mí, que no pertenezco sino á mí mismo y á Dios, como todos los seres vivientes.

Los resultados de considerarme de aquella manera, fueron numerosos: me alimentaron mejor; me cuidaron más; me separaron de los otros caballos y me engancharon antes que á los demás compañeros.

Apenas cumplí la edad de tres años, me dedicaron al trabajo. La primera vez que me engancharon, el caballero que me consideraba como propiedad suya, asistió á aquella ceremonia. Temiendo que yo hiciese viva resistencia, me sujetaron con cuerdas: después me pusieron una gran cruz de cuero en el lomo y la sujetaron con dos correas á las dos varas del carruaje para que yo no pudiese destruirlo á coces. Aquellas precauciones fueron inútiles; yo no quería otra cosa que ocasiones en que demostrar mi amor al trabajo.

Su admiración fué grande cuando me vieron marchar como un caballo viejo. Se me siguió enganchando todos los días para enseñarme á ir al trote.

Hice tan rápidos progresos, que una hermosa mañana el mismo general se maravilló de ellos. Pero ¡cosa extraña! desde el momento en que era el caballerizo y no el general quien me aplicaba la palabra *mío*, ya no tenía igual valor mi talento.

Cuando enganchaban á mis hermanos y á los caballos padres, se medía la longitud de sus pasos, se les enganchaba en magníficas carrozas y se les cubría de hermosos paramentos: á mí se me enganchaba en carruajes humildes y conducía al caballerizo cuando tenía que hacer algo ó desempeñar alguna comisión.

Y todo ello por ser pío y, más que por eso, por pertenecer al caballerizo y no al conde.

Mañana, si aun vivimos, os contaré el resultado que tuvo para mí aquel cambio de propiedad».

Los caballos se mostraron respetuosos todo el día con el viejo Kolstomier.

El único que siguió tratándolo como antes, fué el viejo Nestor.

VII

TERCERA NOCHE

La luna alumbraba otra vez los ámbitos del viejo corral, cuando Kolstomier reanudó su narración en estos términos:

«La consecuencia más extraordinaria de que yo no pertenecía á Dios ni al conde sino á un simple caballerizo, fué que la cualidad que avalora á todo caballo fué en mí un delito que motivó mi destierro.

Dicha cualidad fué la rapidez de mi trote.

Paseaban á Liebed por la pista cuando el caballerizo y yo, al regresar de una de nuestras correrías, nos acercamos al grupo. Liebed pasó ante nosotros: marchaba bien, mas, por arrogante que fuera, mi tro-

te era mejor que el suyo. Liebed pasó adelante y yo avancé para seguirlo, sin que me lo impidiera el caballero.

—Estoy por probar lo que trota mi pío,—se dijo, y cuando Liebed nos alcanzó y se puso á la par mía, seguimos juntos. Como él estaba bien ejercitado, se me adelantó en la primera vuelta, pero en la segunda, en que yo había tomado ya el terreno, le alcancé primero, y lo pasé después.

Volvímos á empezar, y obtuve el mismo resultado.

Decididamente, mi trote era mejor que el suyo.

Todo el mundo se quedó admirado. El general dispuso que el caballero me vendiese lo más pronto y lo más lejos posible para no volver á saber de mí en la vida, orden que se apresuró á cumplir, vendiéndome á un chalán.

No permanecí con éste mucho tiempo. La suerte era injusta y cruel conmigo. Me indigné profundamente y no tuve más que un pensamiento: dejar mi pueblo natal lo antes posible. Mi posición era en ella demasiado penosa: el porvenir pertenecía á los otros caballos. El amor, la gloria y la libertad les esperaban: en cuanto á mí, debía trabajar y humillarme toda mi vida... Y ¿por qué tan gran injusticia? ¡Porque era pío y porque pertenecía á un caballero!

Kolstomier no pudo continuar su relato aquella

noche porque acaeció en el corral un suceso que atrajo la atención de todo el ganado.

Koupchika, hermosa yegua que venía siguiendo con interés la narración, se puso muy inquieta y se alejó pausadamente al cobertizo. De pronto se la oyó quejarse con todas sus fuerzas. Se acostó, se levantó, se volvió á acostar...

Se le acercaron las yeguas viejas, quienes en seguida comprendieron lo que aquello era; en cuanto á las yeguas jóvenes, fué tan grande su emoción, que ya no les fué posible atender al viejo Kolstomier.

A la mañana siguiente, se vió que la yegua tenía á su lado un retoño.

Nestor llamó al palafrenero, quien condujo á la madre y al hijo á una cuadra: las demás salieron á pasear como de costumbre.

VIII

CUARTA NOCHE

Tan pronto como se cerró la puerta tras de Nestor y se estableció el silencio, Kolstomier continuó de este modo:

«En mis peregrinaciones tuve ocasión de observar de cerca á los hombres y á los caballos. Permanecí la mayor parte de mi vida con dos amos; con un príncipe que era oficial de húsares, y con una buena anciana que vivía en Moscou cerca de la iglesia de San Nicolás.

El tiempo que pasé con el húsar fué para mí el mejor y más agradable.

Aunque él haya sido la causa de mi ruina; aunque él no haya amado á nadie ni á nada en el mun-

do, yo lo quería y aun lo quiero con todas las veras de mi corazón de caballo.

Lo que me gustaba en él es que era joven, hermoso, feliz y rico, y que, por todas estas razones, no amaba á nadie. Vosotros comprendéis bien ese sentimiento que nos aguijonea. Su frialdad y mi dependencia no hacían mas que impulsar el cariño que le tenía.

—Mátame, atoréntame,—pensaba yo;—cuanto más me haga sufrir tu mano, más feliz seré.

El fué quien me compró al chalán á quien me había vendido el caballerizo en 800 rublos.

Como os acabo de decir, aquella fué la mejor época de mi existencia. Tenía una querida. Yo lo sabía porque cotidianamente lo llevaba á casa de ésta, y porque á menudo les paseaba juntos. Su querida era hermosa como él, y su cochero no les cedía en belleza. Mi vida se iba deslizano de este modo: por la mañana venía un palafrenero á limpiarme y acicalarme; era un aldeano joven: abría la puerta de mi cuadra, barría ésta con esmero, me quitaba la manta y me pasaba la almohaza.

...Yo le mordiscaba los dedos y golpeaba alegremente el suelo con mis cascos como para darle las gracias; después me lavaba, y una vez hecha mi limpieza, me miraba con admiración. Cuando me había puesto heno y avena en el pesebre, se marchaba, y entonces venía el cochero principal á examinar si todo estaba en orden.

El cochero, Teófano, se parecía á su señor; ni el uno ni el otro tenían miedo á nada ni amaban á nadie en el mundo; y por eso precisamente los querían y los admiraban todos. Teófano vestía en todas ocasiones una camisa encarnada, un casaquín de veludillo negro y pantalones de igual género y color. Me gustaba verlo los días de fiesta cuando, bien peinado y bien vestido, entraba en la caballeriza gritando con voz sonora:

—¡Animall! ¿qué haces?—y me daba una palmada en las ancas.

Comprendía yo que aquello era una broma y una caricia á la vez, porque nunca me hizo daño; yo enderezaba las orejas y le sonreía.

Teníamos también un caballo entero de pelo negro, que algunas veces enganchaban conmigo por las tardes: se llamaba Polkane; tenía el carácter muy agrio y era enemigo de bromas. Mi pesebre estaba cerca del suyo y reñíamos á menudo; pero Teófano no le temía. Un día Polkane y yo nos desbocamos en la principal calle de Moscou, en la *Kuznetskii most*, y ni amo ni cochero se asustaron: gritaban riendo á la gente para que se apartase; nos inclinaban á la derecha ó la izquierda para evitar accidentes, y no aplastaron á nadie. En servicio suyo perdí mis más preciosas cualidades y la mitad de mi vida; pero no importa, no me quejo de ello: fui dichoso.

A mediodía venían á peinarme el tupé y las cri-

nes; á limpiarme y engrasarme los cascos, y luego me enganchaban.

Nuestro trineo era muy pequeño, de paja trenzada, forrada de veludillo: todo el atalaje estaba guardado con placas de acero de suma elegancia. Tan pronto como yo estaba listo, Teófano, vistiendo hermoso caftán y ceñido con rojo cinturón por bajo de los sobacos, venía á ver si todo estaba dispuesto. Satisfecho de su examen, montaba en su asiento, empuñaba la fusta, con la que nunca me pegó y exclamaba:

—¡Soltad al caballo!

Tomaba yo impulso, y rompía la marcha gracioso y arrogante.

Todos se detenían para vernos pasar. La cocinera que había salido para verter el agua sucia, interrumpía su obra para mirarnos; los aldeanos se quedaban con la boca abierta. Nos deteníamos ante las gradas de la escalinata, y á veces se pasaban dos ó tres horas antes de que bajase el señor. Rodeados de la servidumbre durante todo aquel espacio de tiempo, hablábamos alegremente y nos comunicábamos todas las noticias que habíamos oído. Después, no pudiendo estar tanto tiempo parados, dábamos una pequeña vuelta y volvíamos á esperar la voluntad ó el capricho de nuestro amo. Oíase, por fin, ruido en la antecámara y el criado Fiskone, en traje negro, llegaba gritando: «Acercaos» (En nuestro tiempo no existía aun la estúpida costumbre de decir: «Adelan-

te», como si yo ignorase que no se va hacia atrás).

Se acercaba Teófano y llegaba nuestro señor con paso airoso, arrastrando la espada y con la cabeza erguida, aunque cubierta en parte por el cuello de la pelliza y por el chacó.

Sin prestar atención á nosotros, á quienes todo el mundo admiraba, metíase en el trineo y partíamos. Yo le dirigía siempre una mirada oblicua, sacudiendo la cabeza y encorvando graciosamente el cuello.

—El príncipe está de buen humor,—me decía, si yo observaba que dirigía la palabra á Teófano sonriendo y procuraba entonces hacer honor á mi amo.

—¡Cuidado!—gritaba Teófano á la multitud que se agolpaba á nuestro paso.

El mayor de mis placeres era encontrar otro caballo que trotase bien, y pasarlo. Siempre que Teófano y yo veíamos á lo lejos un tren digno del nuestra, tomábamos impulso, y sin aparentar ocuparnos de él, lo íbamos alcanzando poco á poco; llegábamos, por fin, á su altura. Luego lo dejábamos por detrás, contentos de nuestro éxito sin dignarnos hacer ostentación de él, y continuábamos nuestro camino».

Rechinaron los goznes de la puerta, entró Nestor, y dejó de hablar el viejo caballo pío.

IX

QUINTA NOCHE

El cielo está encapotado desde por la mañana: ni una gota de rocío ha venido á refrescar la tierra: el aire es caliente. Por la noche los caballos se agruparon como de costumbre en torno del viejo narrador, que continuó de esta manera:

«El periodo dichoso de mi vida no fué de larga duración: al finalizar el segundo invierno, experimenté la mayor alegría de mi vida, pero ¡ay! aquella alegría fué seguida de una desgracia terrible.

Era por carnaval. Ibamos á las carreras con el

príncipe: vi en ellas á mis antiguos camaradas Atlasnii y Bitchek. No comprendí bien lo que hacían allí. Nuestro señor se apeó y dió orden á Teófano para que se colocase en la pista.

Recuerdo que me introdujeron en ella y me colocaron al lado de Atlasnii. En la primera vuelta lo dejé detrás, y se me acogió con exclamaciones de triunfo. La multitud me siguió, y más de cinco personas le ofrecieron al príncipe cinco mil rublos por mí: él les contestó sonriendo y mostrándoles los dientes de singular blancura:

—No es un caballo, es un amigo, y aunque me dieran por él montañas de oro, no lo cedería. Hasta la vista, señores.

Y dicho esto, montó en el trineo y dió al cochero la dirección de la casa de su querida: partimos y aquel fué último día feliz de mi existencia.

Llegamos á la casa, y... la querida se había marchado con otro, cinco horas antes. El príncipe lo supo por boca de la doncella.

Saberlo y ordenar al cochero que fuese en seguimiento de la fugitiva, todo fué uno; sin darme tiempo para respirar, se me lanzó á toda velocidad. Por la primera vez en mi vida sentí en mi cuerpo la impresión del látigo y di un paso en falso. Traté de detenerme, pero mi amo gritó: «¡A escape, á escape!», y continuamos á todo galope, hasta alcanzar á la fugitiva á veinticinco verstas de distancia.

Cuando llegué, no pude comer y pasé temblando toda la noche. A la mañana siguiente me llevaron al agua, y desde aquel momento fui caballo perdido. Se me atormentó, que es lo que los hombres llaman cuidar: se me fueron cayendo los cascos: se me hincharon y curvaron las patas, y me transformé en débil y apático.

Se me vendió á otro chalán que me administró zanahorias y otros ingredientes con los que, sin curarme, consiguió que me pusiera gordo; no recuperé mis fuerzas, pero cualquiera que no fuese inteligente, se engañaba al verme. Tan pronto como llegaba algún comprador, el chalán cogía un látigo y me molía á golpes hasta el punto de que me encolerizaba y empezaba á hacer cabriolas. Una señora anciana me compró y me sacó, por fin, de las garras del chalán.

Estaba continuamente en la iglesia de San Nicolás, y le zurraba á su cochero todos los días; el pobre se venía á llorar á mi cuadra. Entonces fué cuando supe que las lágrimas tienen un saborcillo amargo bastante agradable. Algún tiempo después, murió la vieja. Su intendente me llevó al campo y me vendió á un buhonero. Se me dió á comer trigo y empeoré de salud. El buhonero me vendió á un aldeano, que me dedicó á labrar la tierra. Mal alimentado y mal cuidado, tuve, además, la desgracia de herirme en la palma de un casco con un pedazo

de hierro y de estar mucho tiempo cojo. El aldeano me transfirió á un tratante bohemio en cambio de otra caballería, y en poder de éste sufrí un verdadero martirio. El bohemio me vendió á nuestro intendente, y heme aquí entre vosotros».

Toda la yeguada guardó silencio.

X

Al volver el día siguiente á la casa, encontré el ganado al dueño con un extraño.

La vieja Juldiba se les acercó y les dirigió una mirada investigadora.

Uno de ellos era joven todavía, el propietario: el otro un antiguo militar de rostro abotagado.

La yegua pasó por delante de ellos tranquilamente, pero las yeguas jóvenes se conmovieron y admiraron cuando su dueño se colocó entre ellas y le indicó algo á su amigo.

—Le compré esa yegua tordilla á Vageikof,—le dijo.

—Y aquella cuatralba ¿de dónde procede? Es muy bonita.

—Aquella es de la raza de Krienovo,—repuso el dueño.

Pero de aquel modo no era posible examinar los caballos: llamaron, pues, á Nestor, y el viejo, á caballo sobre el pío, se acercó apresuradamente con el sombrero en la mano. El pobre animal, no obstante su cojera, hizo lo posible para marchar tan de prisa como se lo permitían sus patas llenas de alifafes, y hasta ensayó tomar el galope para testificar su buena voluntad.

—No hay yegua mejor que esa en todo Rusia,—dijo el dueño, designando una de las yeguas jóvenes.

El desconocido la admiró, por política; parecía estar profundamente aburrido: pero fingió que le interesaba la yegua.

—Sí, efectivamente,—contestó con voz distraída.

Pasado cierto tiempo y después de haber visto una porción de caballos, no pudo resistir más, y dijo:

—¿Vámonos?

—Como quieras,—replicó el dueño, y ambos se alejaron con dirección á la puerta.

El desconocido, contento por verse libre y ante la idea de sentarse pronto á la mesa para comer, beber y fumar, se animó visiblemente.

Al pasar por delante de Nestor, que permanecía de pie y en actitud de esperar órdenes, apoyó su gruesa mano en las ancas del caballo pío y dijo:

—¡Es casualidad! He tenido un caballo parecido á éste. Te he hablado de él en otra ocasión, ¿te acuerdas?

El dueño, viendo que su amigo no ponía atención en sus caballos, no se cuidó de lo que éste le decía y continuó andando y siguiendo con la vista á sus yeguas.

De pronto oyó un relincho débil y trémulo. Era el viejo pío que había empezado á relinchar, pero que se contuvo en seguida, asustado de su temeridad.

El viejo Kolstomier había reconocido en el viejo militar á su querido amo el húsar.

XI

Cafía desde por la mañana una lluvia fina y fría, pero en la casa del propietario no se preocupaban de ello.

En derredor de una mesa bien servida se hallaban reunidos el propietario, su querida y el viejo militar.

La querida estaba encinta: se mantenía erguida y tiesa, pero su vientre se uotaba ya claramente: hacía con gracia los honores de la mesa, en tanto que el propietario abría una caja de cigarros, de diez años fecha. Según él, nadie los tenía iguales.

El propietario era un arrogante mozo de veinticinco años, elegante y vestido á la moda por un sastre de Londres. Algunos dijes adornaban la ca-

dena de su reloj y hermosos botones de turquesas los puños de su camisa: tenía la barba cortada á lo Napoleón III y retorcidas hacia arriba las guías de su bigote.

La querida llevaba puesto un traje de muselina de seda á grandes ramos: adornaban su cabeza gruesos pasadores de oro, y sus brazos hermosas pulseiras. El centro de mesa y los cubiertos eran de plata y todo el servicio de porcelana de Sèvres.

El mozo de comedor, soberbio con su traje negro y su chaleco azul, permanecía derecho como un huso ante la puerta.

Los muebles y las colgaduras denotaban riqueza: todo era bello; pero faltaban allí el gusto y la elegancia.

El dueño, *sportsman* encarnizado, era uno de esos hombres á quienes se les ve en todas partes, lo mismo en las carreras que en el teatro; uno de esos que arrojan magníficos *bouquets* á las actrices y que tienen por querida á la mujer más en boga. Su amigo Nikita Serpukovsky, tenía ya cuarenta años: era alto, robusto, calvo, y usaba barba y largo bigote.

Debió haber sido muy hermoso en otro tiempo: actualmente era pasable en lo moral y en lo físico.

Sus deudas eran tan considerables que, para no verse reducido á prisión, había tenido que solicitar del gobierno un empleo en una ganadería de la corona.

Todo cuanto llevaba puesto tenía un sello par-

ticular de elegancia que demostraba su origen distinguido.

En su juventud se había comido una fortuna de un millón de rublos y contraído deudas que ascendían á ciento veinte mil. Aquel pasado inspiraba tanto respeto á sus abastecedores, que le concedieron un crédito ilimitado.

Habían transcurrido diez años: su prestigio disminuía, y Nikita empezaba á encontrar muy triste la vida: tomaba la costumbre de embriagarse, cosa que no le había sucedido nunca en otro tiempo. No se le podía, sin embargo, acusar de que empezaba entonces á beber, puesto que había bebido desde su edad más tierna. Su seguridad de otro tiempo iba desapareciendo: su mirada se hacía vaga: sus movimientos iban empezando á ser indecisos.

Aquella situación era enojosa para quien había estado acostumbrado á hacerse obedecer y admirar de todo el mundo.

El propietario y su querida, que lo conocían de larga fecha, lo miraban compasivamente, se hacían señales de inteligencia y procuraban hacer lo necesario para que estuviese á su gusto.

La felicidad y la fortuna de su amigo humillaban al pobre Nikita y le recordaban su pasado, sin vuelta, desgraciadamente. Procuraba, no obstante, vencer la preocupación que se apoderaba de él.

—¿No os incomoda el cigarro, María?—dijo dirigiéndose á la dueña de la casa, con esa mezcla de

deferencia y de familiaridad que se tiene á la que que no es mujer propia de nadie.

No tenía la menor intención de mortificarla: al contrario, en su actual posición, más bien trataba de congraciarse con ella, siquiera lo hubiese negado si alguien le hubiera acusado de ser capaz de rebajarse hasta tal punto. Por otra parte, conocía bastante los usos de la moda para saber que no podía usar el mismo tono de lenguaje con una querida que con una mujer legítima.

Tomó un cigarro.

El dueño de la casa le ofreció un puñado de ellos con aire contrariado.

—Tómalos: son excelentes,—le dijo.

Nikita rechazó los cigarros con la mano con ligero aire de humillación, diciendo:

—Gracias.

Y abrió su petaca.

—Prueba los míos, te lo ruego.

La joven tenía más delicadeza que su amante. Trató de cambiar de conversación y se puso á hablar con volubilidad.

—Me gustan mucho los cigarros; pero no fumo aunque vea fumar al lado mío,—dijo con amable sonrisa.

Otra sonrisa de Nikita fué su contestación.

—No,—insistió el propietario que no se fijaba en nada,—tómalos. Tengo otros, pero son más flojos. Fritz: *bringensie noch einen Kasten* (Fritz: tráenos una

XII

El dueño de la casa volvió y se sentó, sonriendo, frente á Nikita. Ambos guardaron silencio.

Aquel se preguntaba de qué podría vanagloriarse aún delante del pobre Nikita, que procuraba demostrar no ser tan desgraciado como se le creía; pero á uno y á otro les costaba trabajo hallar nuevo tema para la conversación.

—¡Si al menos bebiera!—se decía el dueño.—Este hombre es triste como un entierro. Será necesario absolutamente hacerle beber para que se ponga alegre.

—¿Vas á permanecer aquí mucho tiempo?—le preguntó á su huésped.

—Un mes quizá.

—¿Te parece que cenemos?... Fritz: ¿está servida la cena?—preguntó el propietario.

Se dirigieron al comedor en el que estaba servida la mesa con los manjares más delicados y los vinos más exquisitos.

Se bebió; luego se comió; se volvió á beber; se volvió á comer, y la conversación se hizo más animada.

Nikita Serpukovsky se animó y habló con el aplomo de pasados tiempos.

Hablaron de mujeres: bohemias, bailarinas y francesas.

—Di: ¿dejaste á la Mathieu?—le preguntó su huésped.

Era la querida que había arruinado á Nikita.

—No fui yo quien la dejé, sino ella la que me dejó á mí. ¡Cuando pienso en el dinero que he gastado en mi vida, me estremezco verdaderamente! Hoy me considero dichoso poseyendo mil rublos, y en otro tiempo... Me alegraría perder de vista á Moscou y á todos mis antiguos amigos... Me es muy penoso vivir entre ellos.

El dueño de la casa se fastidiaba escuchando á Nikita: hubiera preferido hablar de sí mismo ó vanagloriarse de sus riquezas.

Nikita, por su parte, sentía la necesidad de hablar de él, de su pasado.

El dueño de la casa le escanció de beber y esperó á que acabase para hablarle de su yeguada, de sus caballos, de su María que no lo amaba por el dinero sino por él mismo.

—Quisiera decirte que mi ganadería...—empezó a decir, pero Nikita le interrumpió y siguió diciendo:

—Hubo un tiempo en que yo sabía vivir bien y gastar mi dinero. Hablas de caballos; pues bien, dime: ¿cuál es tu caballo más veloz?

Su huésped, feliz por tener la palabra, empezó a contar una larga historia sobre su yeguada. Nikita no le dejó concluir.

—Sí, sí,—dijo;—no es por distracción, no por gusto por lo que tenéis caballos, sino por vanidad; ya lo sabemos: en cuanto a mí, era distinto. Te decía esta mañana que tuve un caballo pío parecido á ese caballo viejo que monta el guardián de tu ganadería. ¡Qué caballo, cielo santo! No puedes recordarlo porque fué el año 42. Llegué á Moscou; fui á casa de un chalán y vi en ella un caballo pío: me agradaron sus formas...—¿El precio?—Mil rublos.—Lo compré. No he tenido ni volveré á tener nunca un caballo como aquél... Tú eras entonces demasiado pequeño para juzgar de su mérito, pero oirías hablar de él. Todo Moscou lo admiraba.

—Sí; oí hablar de él, efectivamente; pero quería decirte que en mi...

—¡Ah! ¿conque oíste hablar de él? Lo compré sin conocer su raza. Hasta mucho tiempo después no supe que era hijo de Liubiski I. Lo habían vendido á causa de su pelo, que no fué del agrado de su

dueño... ¡Ah! ¡aquel era un gran tiempo! ¡Oh! ¡mi juventud, mi juventud!

Y empezó á estar completamente ebrio.

—Tenía yo entonces veinticinco años y ochenta mil rublos de renta, los dientes blancos y ni una sola cana en la cabeza... ¡Todo me salía bien en aquel tiempo!

—Pero en él no había caballos que trotasen tanto como los de hoy,—le interrumpió el dueño de la casa.—Como sabes, mis caballos...

—¡Tus caballos!... pero ¿acaso tienen comparación?... Me acuerdo como si hubiera sido hoy... Iba con mi caballo pío á las carreras... No tenía en Moscou mis demás caballos en aquel momento... No me gustaban los trotones: he preferido siempre los caballos de raza. El pío era mi caballo favorito. Tenía en aquella época un buen cochero. También acabó mal... Pues, como te decía, llegué á las carreras...

»—Serpukovsky, — me dicen,—¿dónde están tus trotones?

»—No los tengo; no tengo más que mi caballo pío; apuesto á que os deja á todos atrás.

»—Imposible.

»—¿Apuestas mil rublos?...»

Aceptaron: el pío llegó á la meta cinco minutos antes que los demás y ganó la apuesta... Pero no es eso todo: yo he hecho, con mis caballos de raza, cien verstas en tres horas. Todo Moscou lo sabe.

Y Nikita se puso á charlar con tanto entusiasmo, que le fué imposible al dueño de la casa meter baza. Lo miraba con desesperación, y no hacía más que llenar su copa.

Iba á amanecer y Nikita seguía hablando con animación de sus pasadas proezas: su huésped seguía escuchándole desesperado.

Por fin, se decidió á levantarse.

— Durmamos,—dijo Serpukovsky.

Y se levantó tambaleando, y con paso vacilante se dirigió á las habitaciones que se le habían preparado.

.
El dueño de la casa está en el lecho con su querida.

— ¡No; no hay quien pueda tolerar á Nikita! Está borracho y ha hablado sin cesar ni detenerse un momento.

— Y luego, se permite hacerme la corte.

— Temo que me pida dinero.

Serpukovsky, por su parte, se arrojó en la cama vestido.

— Creo que he bebido bien,—se dijo; pero ¿qué importa eso?... Su vino es bueno, pero él es un cochino. Se vé en él en seguida al advenedizo. En cuanto á mí... también soy un cochino.

Y se echó á reír.

— En otro tiempo era yo el que pagaba y ahora me pagan á mí... Sí; la Winkler me mantiene... le

tomo dinero. Esto en él estaría bien... ¡Si pudiera desnudarme!... ¡si pudiera quitarme las botas!... ¡Eh! ¡muchacho!—gritó; pero el criado se había ido á acostar hacía ya tiempo.

Se sentó: se quitó el uniforme, el chaleco interior, los pantalones; se quitó hasta una bota, pero le fué imposible quitarse la otra.

Se echó de nuevo en la cama y empezó á roncar con todas sus fuerzas, saturando la habitación con las emanaciones del vino y del tabaco.

XIII

Aquella noche no pudo entregarse Kolstomier á sus recuerdos. Vaska le echó una manta sobre el lomo, montó en él y salió á galope.

Lo dejó hasta la madrugada en la puerta de la taberna, en compañía del caballo de un aldeano.

Los dos caballos se lamieron mutuamente con cariño.

A la mañana siguiente, cuando Kolstomier volvió á la cuadra, se rascó con encarnizamiento.

—Esto me molesta,—se dijo.

Pasaron cinco días. Llamaron al veterinario.

—Tiene sarna,—dijo;—vendedlo á los gitanos.

—¿Para qué? Vale más matarlo, y hoy antes que mañana.

El día se anunciaba hermoso.

Salió la yeguada y únicamente se quedó en casa Kolstomier.

Un hombre raro, pobremente vestido con un caftán lleno de remiendos, se acercó á él. Era el curtidor de pieles. Cogió al caballo por la brida y se lo llevó. Kolstomier le siguió con docilidad arrastrando sus patas llenas de vejigas, esparavanes y sobrehuesos. Al rebasar la puerta cochera intentó dirigirse al abrevadero, pero el curtidor le tiró de la brida diciendo:

—Es inútil.

El curtidor y Vaska se dirigieron á un sitio solitario á espaldas del corral del ganado. El curtidor le entregó las bridas á Vaska; se quitó el caftán, y sacó un cuchillo y una piedra de afilar. El caballo quiso tascar el bocado como hacía de costumbre, pero Vaska no se lo permitió.

El ruido monótono que hacía el curtidor aguzando el cuchillo y sacándole filo adurmió al caballo, que permaneció inmóvil con el belfo inferior caído y los raigones de los dientes al descubierto.

De pronto sintió que le rodeaban el pescuezo y que le levantaban la cabeza... Abrió los ojos y vio dos perros delante de él.

Uno de ellos seguía con interés los movimientos del curtidor; el otro, sentado sobre sus patas traseras, miraba como si esperase de él alguna cosa. El

BIBLIOTECA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

caballo, después de examinarlos, empezó á frotar el morro contra la mano del curtidor.

—Van á curarme, probablemente,—se dijo,—dejémoslos hacer.

En efecto: sintió que acababan de hacerle algo extraordinario en la garganta. Experimentó un vivo dolor, se estremeció, vaciló, recobró el equilibrio en seguida y esperó lo que pudiera suceder. . . .

Notó que por el cuello y por el pecho le corría alguna cosa líquida y tibia: hizo una larga aspiración y experimentó un gran bienestar.

Cerró los ojos y bajó la cabeza que nadie le sujetaba ya: le acometió un gran temblor en las patas y todo su cuerpo se estremeció.

No se asustó en modo alguno; mas se sorprendió realmente.

Todo pareció haber tomado nuevo aspecto. Hizo un movimiento hacia adelante y hacia arriba; sus patas flaquearon, y al intentar dar un paso, cayó en tierra sobre el costado izquierdo.

El curtidor esperó á que terminaran las convulsiones; espantó á los perros que habían avanzado algo, y cogiendo al caballo por las patas traseras empezó á quitarle la piel.

—¡Pobre viejo!—dijo Vaska.

—Si no estuviese tan flaco hubiera sido muy hermosa su piel,—dijo el curtidor.

Cuando la yeguada regresó al anochecer, pudo distinguir á lo lejos una masa roja rodeada de pe-

rros, de cuervos y de halcones, que parecían disputarse alguna presa. Un perro, con las patas delanteras llenas de sangre, tiraba con fiera de un pedazo de carne. La pequeña yegua alazana contempló aquel espectáculo sin moverse, y fué necesario que le pegasen para que siguiese su camino.

Durante la noche se oyeron los aullidos de los lobeznos, que se regocijaban con la presa que habían encontrado: en número de cinco rodeaban el cadáver del pobre viejo, y se disputaban los jirones de su carne.

Ocho días después no se veía ya, detrás del corral, más que un cráneo blanco y dos fémurs; lo demás había desaparecido. En el verano siguiente, un aldeano que pasó por aquel sitio recogió los huesos y los vendió.

El cadáver vivo de Nikita, que aun seguía comiendo y bebiendo, no fué depositado en la tierra sino años después: ni su piel, ni su carne, ni sus huesos sirvieron para nadie.

Como hacía veinte años que aquel cadáver vivía á costa ajena, su entierro fué una molestia más para los que le habían conocido. Hacía ya mucho tiempo que nadie lo necesitaba. Sin embargo, cadáveres vivos parecidos á él creyeron deber cubrir su podrida humanidad con un uniforme nuevo y magníficas botas, ponerlo en un ataúd, encerrar éste en una caja de plomo, transportarlo á Moscou y allí desocupar vie-

jas tumbas y encerrar en una de ellas aquel cuerpo
vestido con nuevo uniforme y lustras botas, hor-
migueando de gusanos, y cubrirlo de tierra. . . .



DE QUÉ VIVE EL HOMBRE



DE QUÉ VIVE EL HOMBRE

I

Un zapatero vivía en una aldea con su mujer y sus hijos. Se hallaba en casa de un mujik porque no poseía casa ni tierras y ganaba apenas el sustento de los suyos. El pan estaba caro, el trabajo mal retribuido; cuanto ganaba se lo comía y no tenía para sí y su esposa más que una *chuba* (1) ya muy usada. Hacía algunos años que el zapatero buscaba dinero para comprar algunas pieles de carnero y hacerse una nueva *chuba*.

Hacia el otoño había recogido algo y en el cofre

(1) Abrigo de piel de carnero.

de la *babá* se guardaban tres rublos en papel. En la aldea inmediata alguien les adeudaba cinco rublos y veinte kopeks.

Una mañana resolvió el zapatero ir á buscar las pieles. Se puso la chaqueta de nankín acolchada de la *babá*, se cubrió con un caftán de paño, guardó en el bolsillo los tres rublos, tomó su bastón, y después de desayunarse, partió.

—Cobraré del mujik los cinco rublos,—pensaba. —Añadiré estos tres y compraré pieles para una *chuba*.

Al llegar á la aldea dirigióse á la habitación del mujik. Este había salido: la *babá* prometió que su marido llevaría el dinero la misma semana, pero no dió nada.

En otra casa le juraron que no tenían con qué pagarle; diéronle sólo veinte kopeks por unas tapas. El zapatero creyó que podría comprar al fiado las pieles; pero el vendedor no quiso fiarle.

—Dame el dinero,—le dijo,—y escogerás tú mismo la mercancía, porque ya sabemos cuánto trabajo cuesta cobrar.

El zapatero no consiguió lo que se proponía; sólo recibió con los veinte kopeks del remiendo un viejo par de *valenki* (1) que le dieron para componer.

Apenado se fué á la taberna, se bebió sus veinte kopeks y echó á andar sin las pieles. Por la maña-

(1) Botas de fieltro para el invierno.

na no había sentido frío en el camino, pero después de beber entró en calor, sin necesidad de *chuba*. Vedle trotar y herir con su bastón el terreno helado; se regocija, da vueltas entre sus manos á los *valenki*; dice entre sí:

—Tengo calor sin *chuba*, porque he bebido un poco; mi vientre está lleno de vino; ¿de qué me servirá una *chuba* flamante? Echo en olvido mi miseria; soy todo un hombre; ¿qué me importa todo? Puedo vivir muy bien sin *chuba*; prescindiré de ella para siempre. Pero la *babá* lo sentirá en extremo y con razón. Trabajamos para los mujiks, que se aprovechan de nuestras fatigas. «¡Aguarda! No me traes dinero. ¡Muchas gracias! ¡Como hay Dios! Te mando á paseo...» Así se paga á uno dando sólo veinte kopeks. ¿Qué se puede hacer con veinte kopeks? Bebérselos en la taberna y punto concluido. Entonces os dicen: «¡La miseria!» «¡Ya, ya! Pues ¿y mi miseria? Tienes una casa, ganados y cuanto necesitas, y yo nada tengo. Comes el pan que te produce tu campo y yo he de comprar el mío; necesito tres rublos por semana; cuando vuelvo á mi casa se han comido el pan y he de gastar un rublo y medio más... Dame lo que me debes».

De este modo llegó cerca de la capilla, á la vuelta del camino, y vió detrás del edificio algo blanco. Declinaba el día; el zapatero se equivocó.

—¿Qué es lo que hay ahí? No había ninguna pie-

dra blanca. ¿Será una vaca? No, esto no parece una vaca. A juzgar por la cabeza diríase que es un hombre; pero ¿por qué será blanco? ¿y por qué habrá un hombre aquí?

Semel se acerca y lo vé todo más claro. ¡Qué prodigio! Se trata de un hombre; ¿vivo ó muerto? Está sentado, en cueros vivos; apoyado en la pared de la capilla, no se mueve. El zapatero tiene miedo y dice para sí:

—Le han matado; le han quitado sus ropas y le han echado aquí: si me acerco no veré el término de mis males.

Pasa de largo, deja atrás la capilla y ya no puede ver al hombre. Al cabo de un instante vuelve la cabeza y ve que el hombre se ha separado de la pared y que se mueve y parece mirarle con fijeza. Cada vez más asustado, el zapatero se santigua y se pregunta si ha de retroceder ó escapar.

—Si me acerco á él, —piensa, — puede ocurrirme una desgracia. ¿Qué clase de hombre será éste? Páreceme sospechoso; se lanzará sobre mí y no podré salvarme. Si no me ahoga me veré en un aprieto: ¿qué haré con un hombre desnudo? Sin embargo, no puedo desnudarme para vestirle, para darle mi único vestido. Me marcharé de prisa.

Y apresuró el paso. De pronto se detuvo en el camino.

—¿Qué haces, Semel?—se dijo.—¿Qué vas á ha-

cer? Un hombre se muere y tú tienes miedo y huyes de él. ¿Serás acaso ya rico? ¿Temerás verte despojado de tus tesoros? Vamos, Semel, esto no está bien.

II

En seguida Semel volvió hacia la capilla y fué en derecha al encuentro del hombre; una vez junto á él empezó á examinarle. El hombre era joven y robusto. Ninguna huella de golpes se veía en su cuerpo desnudo; pero estaba transido de frío y parecía asustado. Arrimado á la pared, no miraba á Semel; como si estuviese aniquilado, no podía siquiera levantar los párpados. Semel se inclinó hacia él y el hombre se reanimó de repente, abrió los ojos, volvió la cabeza y le miró.

En cuanto el zapatero vió aquella mirada, amó al desconocido. Dejó caer sus valenki; soltó su cinturón y quitóse el caftán.

—¡Ea,—dijo,—nada de palabras inútiles! Vístete; aprisa; ea, aprisa...

Cogió al desdichado entre sus brazos, le levantó, le puso en pie y miró su cuerpo tan fino, tan blanco, y su dulce rostro.

Semel le puso el caftán sobre los hombros; pero el desconocido no sabía ponerse las mangas. Semel se las puso, cerró el caftán, le puso el cinturón, se quitó su gorra rota y quiso cubrirle, pero sintió frío en la cabeza y pensó:

—Estoy calvo del todo, y él tiene largos cabellos rizados.

Y volvió á encasquetarse la gorra.

—Mejor será ponerle botas.

Y arrodillándose junto al desconocido, le calzó los valenki. Luego, poniéndole en pie, le habló:

—¡Vaya, hermano! Ea, muévase un poco. Calientese. Ya no tenemos nada que hacer aquí. Podemos marcharnos.

Pero el desconocido permanecía en pie, silencioso, mirando á Semel con dulzura; no podía pronunciar una sola palabra.

—¿Qué tienes? ¿por qué no hablas? No podemos pasar el invierno aquí. Es preciso volver á casa. Toma mi bastón y apóyate en él si no tienes fuerzas; ea, en marcha.

Y el hombre anduvo y no se quedó atrás.

Van uno al lado del otro y Semel dice:

—¿De dónde eres?

—No soy de aquí.

— Conozco á las gentes del país; ¿por qué estabas detrás de la capilla?

Y el otro profiere:

— No puedo decirlo.

— ¿Te han atropellado acaso?

— No, nadie me ha maltratado; Dios me castigó.

— Ya sabemos que todo es de Dios; pero de algún sitio se viene. ¿Dónde ibas?

— A cualquier parte; me es indiferente.

Semel se asombra. Este hombre no tiene el rostro maligno, su voz es dulce, pero nada dice de sí mismo. Semel piensa que hay cosas inexplicables y dice al desconocido:

— Ven á mi casa y te calentarás un poco.

Semel anda y el otro le sigue. El viento sopla con fuerza y atraviesa la camisa de Semel. Digerido ya el vino, se serena y empieza á sentir frío. Corre resoplando y piensa:

— ¡Buena la hice! ¡Buena chuba traigo! Salgo para comprar una chuba, y al volver no tengo caftán siquiera y además traigo un hombre desnudo. No creo que Matrena me dé las gracias.

Matrena es la *babá*. Pensando en ella, Semel se siente molesto; pero al mirar al desconocido se acuerda de la mirada que éste le lanzó desde la capilla y siente que el corazón le salta de alegría dentro del pecho.

III

La mujer de Semel ha arreglado la casa temprano; ha partido leña, ha traído agua, dado de comer á los niños y ha comido á su vez; después se ha puesto á meditar. Piensa en el pan. Debe cocerlo hoy ó mañana. Queda una hogaza todavía en el armario; si Semel ha comido en la aldea y no cena esta noche habrá bastante pan para mañana. Mira y vuelve á mirar la hogaza.

— No amasaré hoy,—dice,—además tengo poca harina; á ver si así llegamos hasta el viernes.

Después de guardar el pan, Matrena se sienta junto á la mesa para remendar la camisa de su marido; cose y piensa en Semel, que ha ido á comprar pieles.

— ¡Mientras el tendero no le haya engañado! Es

tan tonto mi marido. El sí que no ha engañado nunca á nadie y se dejaría engañar por un niño. Con ocho rublos ya puede comprar una buena chuba; no de primera calidad, pero bastante buena. Hemos padecido mucho el último invierno con un solo abrigo. Era imposible ir á lavar al río sin llevarlo, y he aquí que ahora para salir se ha puesto mi chaqueta acolchada. No puedo salir de casa de esta manera... ¡Cuánto tardal ¿No se habrá detenido en la taberna «mi halcón»?

Apenas ha pronunciado estas palabras, cuando oye los pasos de Semel en el umbral. Matrena deja la costura y se dirige hacia el vestíbulo. Ve entrar á dos hombres. Semel y otro mujik con la cabeza descubierta y calzando valenki. Por el aliento conoció Matrena á la legua que su marido había bebido.

—Me lo temía,—pensó.

Viéndole sin caftán con las manos vacías, silencioso é intimidado, latióle el corazón á la pobre *babá*.

—Se ha bebido el dinero. Ha ido á la taberna con algún perdido y ahora lo trae aquí. No nos faltaba más que esto.

Dejóles penetrar en la isba y les siguió sin hablar.

Advirtió que el desconocido era joven, delgado, pálido, vestido con su caftán sin camisa debajo de éste y sin gorra. Una vez dentro permaneció quieto, con los ojos bajos. Matrena pensó:

—Es un pícaro, tiene miedo.

Se dirigió á la estufa incomodada, esperando los acontecimientos.

Semel quitóse la gorra y se sentó en el banco como un buen muchacho.

—Oye, Matrena,—dijo,—¿nos vas á dar de cenar? Aun estoy en ayunas.

Sin volverse Matrena murmuró algo entre dientes. Se detuvo cerca de la estufa y miró ora al uno, ora al otro, moviendo la cabeza y sin moverse.

Semel ve que su *babá* está furiosa; pero ¿qué hacer? Como quien no lo quiere, toma de la mano al desconocido y dice:

—Siéntate, hermano. Cenemos.

El otro se sienta en silencio.

—Di, mujer; ¿no has hecho cena?

—Sí que la hice; pero no para tí; has bebido hasta perder el juicio... Vas á comprar una chuba nueva y vuelves sin caftán. Para colmo de desdichas, traes un vagabundo desnudo. No tengo cena para los borrachos.

—Basta, mujer; no hay necesidad de hablar tanto para no decir nada. Mejor harías en preguntarme quién es este hombre.

—Empieza por decirme dónde has perdido el dinero,—interrumpió la *babá*.

Semel mete la mano en el bolsillo y saca los tres rublos.

—He aquí el dinero; Trofimov no ha pagado. Me ha prometido que pagará mañana.

Matrena se encoleriza más y más. Adiós la chuba, y el último caftán lo lleva un vagabundo desnudo que para colmo de desdichas su marido trae á casa. Toma el dinero y lo oculta diciendo:

—No tengo cena: no puedo alimentar á todos los vagabundos borrachos.

—¡Oye, Matrena, calla y atiende á lo que te digo!

—¡Yol! ¡Escuchar las tonterías de un imbécil que está bebido! ¡Ya tenía yo razón en no querer casarme contigo! Mi madre me dió para tela y tú te lo bebiste; vas á comprar una chuba y te la bebes.

Semel trata de explicar en vano que sólo se ha bebido veinte kopeks y quiere decirle cómo encontró al desconocido; Matrena no le deja decir una palabra, pues ella pronuncia dos á la vez. Hasta lo que ocurrió hace diez años se lo echa en cara. Habla, habla y luego coge á Semel por la manga.

—Dame mi chaqueta; no tengo más que ésta y me la has tomado; con ella te cubres, perro sarnoso: ¡Qué el diablo te lleve!

Semel quiere quitarse la chaqueta; la mujer tira y las costuras se rompen. Por fin Matrena coge la chaqueta, se la echa sobre la cabeza y se dirige hacia la puerta para irse, pero de pronto se detiene presa de un acceso de rabia; quisiera reñir á alguien y saber quién es aquel hombre.

IV

Deteniéndose en el umbral Matrena dice:

—Si fuera un buen hombre no iría desnudo; por lo menos tendría camisa. Si hubieras hecho una buena acción, me dirías de donde viene este currutaco.

—Hace tres horas que te lo digo, pero no me escuchas; pasaba junto á la capilla, vi á este muchacho casi helado y desnudo; no estamos en verano ni mucho menos. Dios me ha conducido hacia él; de lo contrario hubiese muerto esta noche. ¿Qué podía hacer? Le abrigué, le vestí y me lo he traído. Cálmate, Matrena, es un pecado. Todos tenemos que morir.

Matrena abrió la boca para contestar. De repente

miró al desconocido y se calló. Sentado en el banco, permanecía inmóvil. Su pecho se alzaba, se ahogaba, con las manos cruzadas sobre las rodillas, baja la cabeza, cerrados los ojos, como oprimido, Matrena callaba. Semel le dijo con dulzura:

—Matrena, ¿acaso no está ya Dios en tu corazón?

Al oír esto la mujer miró al extranjero, que á su vez la miraba, y su corazón se enterneció. Volvió á entrar y fué á la estufa para preparar la cena; puso la cazuela en la mesa, trajo el último pan y el *kvass* (1).

—Ea, come,—dijo.

Semel empujó al joven hacia la mesa.

—Acércate, hermano.

Cortó pan, lo mojó y empezó á comer.

Matrena se sentó en un ángulo de la mesa, se echó de codos, y con la barba entre las manos miró al extranjero.

Sintió que la invadía una gran piedad; sintió que amaba al desgraciado. En seguida el desconocido se puso más alegre y, levantando la cabeza, miró á la pobre mujer sonriendo. Al terminar la cena, la *babá* arregló los platos y dijo:

—¿De dónde vienes?

—No soy de aquí.

—¿Por qué estabas junto á la capilla?

—No puedo decirlo.

(1) *Sidra*.

—¿Quién te ha desnudado?

—Dios me castigó.

—¿Y estabas así desnudo?

—Así desnudo permanecía allí. Me helaba; Semel me vió y se compadeció de mí; me puso su caftán y me dijo que lo siguiera. Tú has tenido compasión de mi miseria: me has dado de comer y de beber. ¡Bendígate Dios!

Matrena se levantó; abrió su cofre y sacó la camisa vieja de Semel que había remendado para el día siguiente, tomó unas bragas y dándolas al desconocido le dijo con cariño:

—Toma, veo que no tienes siquiera camisa; vístete, acuéstate donde quieras; en el banco ó en la estufa.

El desconocido quitóse el caftán, se puso la camisa y se tendió en el banco. Matrena mató la luz, cogió el caftán y se tendió en la estufa al lado de Semel; se cubrió con el caftán, pero no pudo dormir: el extranjero la preocupaba y pensó además que se habían comido todo el pan que quedaba y que no habría para el día siguiente; que había dado la camisa y las bragas de Semel; estaba triste é inquieta. Pero recordando la sonrisa del extranjero se estremeció de alegría. Durante largo rato Matrena no pudo dormir. Semel tampoco dormía y tiraba del caftán.

—¡Semel!

—¡Eh!

—Nos hemos comido todo el pan. No he amasado hoy. ¿Qué haremos mañana? ¿He de pedir á Melania que nos preste para mañana.

—Ya nos arreglaremos. No faltará que comer.

Un instante de silencio.

—Este hombre parece bueno. ¿Por qué no se explica?

—Sin duda le está prohibido.

—¡Semell

—¿Qué?

—Nosotros damos y nadie nos da.

Semel no supo contestar.

—Basta de charla,—dijo volviéndose.

Y se durmieron.

V

Semel despertó temprano: los niños dormían aún; la *babá* había salido para pedir pan á su vecina: sólo el extranjero estaba sentado en el banco, con los ojos fijos en el techo. Su semblante estaba más sereno que la víspera.

Semel dijo:

—Pues bien, hermano; el vientre pide pan y el cuerpo vestidos. Es preciso alimentarse; bastarse á sí mismo. ¿Sabes trabajar?

—No sé nada.

Semel abrió los ojos y dijo:

—Se aprende lo que se quiere cuando no falta buena voluntad.

—Todos trabajan; haré como los demás.

—¿Cómo te llamas?

—Mikhail.

—Pues bien, Mikhail, no quieres decirme nada de tu vida; bien está; pero hay que comer; si haces lo que te diré, me encargaré de sustentarte.

—¡Que Dios te proteja! Enséñame, muéstrame lo que ignoro.

Semel tomó cáñamo y lo torció.

—No es cosa del otro jueves; mira.

Mikhail miró, tomó á su vez el cáñamo, lo torció y en seguida Semel le enseñó á cortar, á coser, á manejar la lesna, á colocar las suelas, á marcar las costuras. Al tercer día Mikhail comprendía sin dificultad todo género de trabajo; su destreza era tal, que podía creerse que había hecho zapatos durante cien años. No perdía un minuto; comía poco. Terminada la labor permanecía en su rincón con los ojos fijos, en silencio; hablaba poco, no reía nunca; no salía de casa; y no se le vió sonreír más que una sola vez, la primera noche, cuando la *babá* le diera de cenar.

VI

Día por día, semana por semana transcurrió un año. Mikhail seguía trabajando con Semel. Ganó fama de buen oficial; nadie hacía las botas mejores y más sólidas que Mikhail, el obrero de Semel. Le conocían en veinte leguas á la redonda y Semel empezó á enriquecerse.

Un día de invierno, el patrón y su oficial trabajaban juntos cuando un *vozok* (1) tirado por tres hermosos caballos, cuyas colleras sonaban alegremente, se detuvo frente á la puerta de la irba. Saltó del pescante un criado, que abrió la puertezuela, y envuelto en una chuba bajó del *vozok* un barine.

(1) Carruaje de tres caballos.

Subió los peldaños del portal. Matrena abrió de par en par la puerta. El barine se inclinó, entró en la isba y enderezó su estatura; la cabeza tocaba casi al techo y ocupaba por sí solo todo un ángulo de la sala. Semel saludó con asombro al barine. Nunca viera un hombre como aquel. Semel era rechoncho, Mikhail cenceño; Matrena parecía un viejo tronco seco. Diríase que aquel hombre venía de otro mundo; su semblante lleno y y rubicundo y su cuello de toro le daban una apariencia de robustez extraordinaria.

Después de respirar con fuerza, el barine se quitó el abrigo, sentóse en el banco y dijo:

—¿Quién de vosotros es el maestro zapatero?

Semel se adelantó:

—Soy yo, Excelencia.

El barine llamó á su criado.

—Dame el cuero, Fedka.

El criado trajo un paquete que colocó en la mesa.

—Abre el paquete.

El criado obedeció.

El barine mostró el cuero á Semel.

—¿Lo ves bien, zapatero?

—Sí, Excelencia.

—¿Comprendes de qué género se trata?

Semel tentó el cuero y dijo:

—La mercancía es de primera calidad.

—Claro que es buena, imbécil; nunca viste otra

igual. Es cuero de Alemania, ¿entiendes? Este cuero vale veinte rublos.

Semel, intimidado, replicó:

—¿Cómo queréis que lo conozca?

—Está bien; ¿puedes hacerme unas botas con este cuero?

—Ciertamente, Excelencia.

El barine exclamó:

—¡Ciertamente! Fíjate bien en la persona que te encarga este trabajo y en la calidad de la mercancía; hazme unas botas que puedan durar un año; que yo pueda llevar un año sin romperlas ni torcerlas. Si puedes hacerlo, toma este cuero y córtalo; si no rehusa. Te lo digo por anticipado; si las botas se rompen antes de un año te meteré en la cárcel; si me sirven un año, te daré diez rublos.

Asustado Semel, vacila, no sabe qué resolver. Mira á Mikhail, le da con el codo y le pregunta si debe ó nó aceptar.

Mikhail hace una seña afirmativa y Semel acepta comprometiéndose á entregar unas botas que no se tuerzan ni se rompan antes de un año.

El barine llama al criado. Tiende su pie y dice:

—Pues bien, tómame la medida.

El pie del barine es tan grande, que es preciso cortar otra hoja de papel aunque la primera ya es enorme. Semel toma medida de la planta, del empeine y empieza á medir la pantorrilla; pero el papel no da la vuelta entera: la pantorrilla es gruesa

como una viga. Mientras Semel tomaba la medida, el barine miraba á todas partes. Reparó en Mikhail.

—¿Quién es este?—preguntó.

—Es mi oficial, el que os hará las botas,—dijo Semel.

—¡Mucho ojo! deben durar un año.

Semel fijó la mirada en Mikhail y advirtió que éste no contemplaba al barine, sino que miraba más arriba, por cima del barine, como si viese algo. Mikhail miraba, miraba. De pronto sonrió con plácida expresión.

—¿De qué te ríes, imbécil?—dijo el barine; cuida de que las botas estén listas en el plazo convenido.

Mikhail respondió:

—Estarán listas cuando sea preciso.

—Ya lo creo,—exclamó el barine poniéndose la chuba.

Se dirigió hacia la puerta; pero como olvidase inclinarse tropezó con la viga su cabeza y prorrumpió en exclamaciones de cólera. Luego se irguió, se restregó la frente y subió al *vozok*.

Una vez fuera el barine, Semel dijo:

—He aquí uno que es fuerte como un roble; ha roto la viga y no lo siente apenas.

Y Matrena dijo:

—Con la vida que lleva ¿no ha de ser un buen mozo? Está vaciado en bronce y la muerte no le sorprenderá tan pronto.

VII

Semel se dirigió á Mikhail:

—Hemos aceptado este encargo, — le dijo;— á ver si nos acarrea algún perjuicio. El cuero es caro; el barine colérico; con tal de que no nos equivoquemos... Tu vista es mejor que la mía; tu mano más segura; he aquí las medidas; corta el cuero y entre tanto haré tu trabajo.

Mikhail obedeció, tomó el cuero, lo desenrolló y y empezó á cortarlo.

Matrena le miraba; acostumbrada al oficio, extrañó que Mikhail cortase el cuero en forma que no podía servir para botas. Quiso hablar, pero pensaba:

—Tal vez no ha comprendido qué clase de botas necesita el barine; Mikhail sabe lo que se hace; no he de meterme en sus asuntos.

Mikhail hizo un calzado y lo cosió á modo de sandalias. Matrena se admiró, pero no quiso interrumpirle, y Mikhail siguió cosiendo. Llegó la hora de comer. Semel se levanta y nota que Mikhail ha hecho con el cuero unas sandalias en vez de botas, cosa rara en un hombre que nunca se había equivocado. Semel lanzó una exclamación de asombro.

—Hemos echado á perder el género; ¿qué le diré al barine? ¿dónde encontrar un género igual?

Y dijo á Mikhail:

—¿Qué has hecho? Me has perdido, amigo mío. El barine me ha pedido unas botas. ¿Dónde están?

En aquel mismo instante llamaron á la puerta. Por la ventana se vió al criado del barine que ataba su caballo á la argolla de la puerta. Semel abrió; el criado estaba rendido de fatiga.

—Buenas noches, patrón.

—Buenas noches; ¿qué ocurre?

—La barinia (1) me envía á buscar las botas.

—¿Las botas?

—Sí, el barine no las necesita; ya no llevará más.

La barinia os desea larga vida.

—¡Cómo!

—No ha llegado vivo á casa. Ha muerto en el

(1) Mujer del barine.

vozok. Llegamos, abro y le veo tendido en el fondo é inerte. Ha costado mucho trabajo sacarle del coche. La barinia me envía á vosotros diciendo: «Ve á decir al zapatero que haga sandalias para un muerto en vez de las botas que el barine encargó al dejar el cuero. Dile que se dé prisa. Espera y tráete las sandalias».

Mikhail tomó éstas y los retazos de cuero, lo envolvió todo y dió el paquete al criado que esperaba:

—Adiós, hermanos. ¡Que Él os ayude!

VIII

Transcurre un año, dos, y hace ya seis que Mikhail está en casa de Semel. Todo va de igual modo. No sale jamás. Habla poco y sólo ha sonreído dos veces, la primera cuando la *babá* le dió de comer y la segunda cuando la visita del barine. Semel está contento de su oficial y no le pregunta de dónde viene; sólo teme una cosa: que Mikhail se marche.

Un día estaban todos reunidos. Los niños jugaban y se encaramaban á los bancos cerca de las ventanas; Matrena calentaba los hierros de rizar; Semel le daba á la lesna; Mikhail terminaba un tacón. Uno de los niños se apoyó en el hombro de Mikhail que estaba junto á la ventana y le dijo:

—Mira, tío Mikhail, he aquí una tendera con dos

niñas; creo que vienen á casa. Una de las niñas cojea.

Al oír las palabras del niño, Mikhail deja la labor y mira hacia fuera. Semel se asombra; Mikhail nunca ha mirado fuera y ahora lo vé pegado al vidrio. Semel mira á su vez por la ventana. Vé que, en efecto, se acerca una mujer bien vestida que lleva dos niñas envueltas en abrigos de pieles y con pañuelos de lana á la cabeza. Las niñas se parecen y es imposible distinguir una de otra, pero una de ellas cojea y arrastra la pierna.

La mujer se detiene en la puerta, levanta el pestillo y entra en la isba precedida de las dos niñas.

—Buenos días, maestros.

—Bienvenida; ¿qué deseáis?

La mujer se sienta y las niñas no se apartan de su lado.

—Quiero unos zapatos para las niñas.

—Nunca los hemos hecho tan pequeños; pero se hace lo que se quiere. Probaremos. Se pueden hacer con forros de tela ó de cuero. Decid cómo los queréis. Mikhail, mi oficial, es muy hábil.

Semel se vuelve y vé que Mikhail devora con los ojos á las niñas.

Semel se asombra más y más. Es verdad que las pequeñuelas son bonitas, graciosas, con las mejillas sonrosadas y los ojos negros; los abrigos y los pañuelos son muy lindos, pero no puede comprender por qué Mikhail las mira con tanto interés como si

ya las conociera. Semel habla con la mujer y toma la medida.

La mujer acomoda á la cojita en su regazo diciendo:

—Toma dos medidas á ésta. Haz un zapato para el pie de piña y tres para el otro pie; como son gemelas los tienen iguales.

Después de tomar medida, Semel dice, designando á la cojita:

—¿De qué proviene la cojera? ¿Nació así?

—No, su madre la estropeó.

Matrena, picada de curiosidad, se mezcló en la conversación.

—¿Quién eres—dice á la mujer—y quiénes son estas niñas? ¿Eres su madre?

—No soy ni su madre ni su pariente; son mis hijas adoptivas.

—¿Las quieres tanto y no son de tu sangre?

—¿Cómo no quererlas? Las he alimentado con mi leche. Tuve un hijo que me arrebató Dios; no le quería tanto como á éstas.

—¿De quién son hijas?

IX

Matrena empezó á charlar con la mujer, que hizo esta relación:

—Hace seis años que están huérfanas. El padre murió en martes, la madre en viernes. Huérfanas de padre antes de nacer, su madre no sobrevivió ni un día á su nacimiento. Vivía entonces en la aldea con mi marido; éramos vecinos. El padre trabajaba en el bosque, un árbol le aplastó; quedó tan malherido, que al volver á su casa entregó su alma á Dios. Su mujer parió tres días después estas pequeñuelas. Pobre y solitaria, no hubo alrededor de su lecho ni comadrona ni criada: parió sola. Fui por la mañana á verla, entro y me encuentro ya muerta á la pobre. Al morir cayó sobre la pequeña y le estropeó el pié.

Acudió la gente, se amortajó el cadáver, se le puso en un ataúd y éste en tierra. Los vecinos son buena gente, pero las pequeñuelas quedaron huérfanas y nadie se encargaba de ellas. Era entonces yo la sola mujer que criaba en la aldea; daba el pecho á mi primogénito; me las quedé algunos días á mi lado.

Los mujiks se reunieron, se habló, se preguntó lo que debía hacerse con ellas y he aquí lo que me dijeron: «Haz el favor de guardar estas pequeñuelas, aliméntalas y darás tiempo para resolver algo». Había dado ya el pecho á una, pero no á la otra, á la pobre cojita; no pensaba que pudiera vivir; pero luego me reproché mi inhumanidad; gemía y me dió lástima. ¿Por qué esa alma de ángel ha de padecer? Le di el pecho y les crié á los tres, al mío y á las huérfanas. Era joven y fuerte, comí bien y tuve leche en abundancia; el señor me colmó de beneficios. Daba el pecho á dos de los niños y el tercero esperaba; cuando los dos estaban ahitos, tomaba al tercero, y Dios me hizo la merced de conservármelos. El mío murió dos años después y Dios no me dió más hijos. Mientras esto sucedió adquirimos algunos bienes; vivimos ahora en el molino, en casa de un tendero. Tenemos buena paga y la vida asegurada, pero no tengo hijos. ¿De quién cuidaría si no existieran estas niñas? Me encontraría aislada. ¿Cómo no amarlas y acariciarlas? Son la alegría de mis ojos, la cera de mi cirio (1).

(1) Expresión cariñosa que usan las gentes del pueblo.

La mujer estrechó á la niña contra su corazón, besó á la cojita y enjugó sus ojos llenos de lágrimas.

«Se vive sin padre ni madre; no se vive sin Dios», dice el proverbio.

Hablaron así y la mujer se disponía á marcharse. Al acompañarla los dueños, se volvieron hacia Mikhail que permanecía con las manos cruzadas sobre las rodillas, los ojos fijos en el cielo y sonriendo.

X

Semel se acercó á él y le dijo:

—¿Qué haces, Mikhail?

Mikhail se levantó, dejó la labor, quitóse el delantal, saludó al patrón y la patrona y les dijo:

—Perdonadme, patrón; Dios me ha perdonado. Perdonadme vosotros.

Los dueños ven que Mikhail despide un vivo resplandor. Semel se levanta, le saluda y le dice:

—Veo, Mikhail, que no eres un hombre como los demás, y que no puedo ni conservarte á mi lado ni interrogarte. Dime sólo una cosa: ¿por qué estabas tan huraño, tan asustado cuando te encontré y te llevé á mi casa? ¿Por qué te serenaste cuando mi mujer te ofreció comida? Sonreíste entonces y te se-

renaste. Después cuando vino el barine á encargarte las botas, sonreíste de nuevo y quedaste más sereno, y ahora cuando esta mujer ha traído las niñas has sonreído por tercera vez y has resplandecido. Dime, Mikhail, ¿por qué emana de tí esta luz purísima y por qué has sonreído tres veces?

Y Mikhail respondió:

—Irradió luz porque estaba castigado; Dios me había condenado y ahora me perdona. Y he sonreído tres veces porque debía oír tres palabras divinas y las he oído. Oí la primera cuando tu mujer se compadecía de mi infortunio; entonces sonreí por vez primera. Me sonreí de nuevo cuando vino el barine porque me fué revelada la segunda palabra; y ahora, al ver á las niñas he oído la tercera palabra divina y me he sonreído por tercera vez.

Semel le preguntó:

—Dime, Mikhail, por qué te había castigado Dios y qué palabras son estas para que á mi vez pueda saberlas.

Mikhail respondió:

—Dios me castigó por mi desobediencia. En el cielo yo era un ángel, y le desobedecí. Yo era uno de los ángeles del cielo y el Señor me envió á la tierra para buscar un alma, el alma de una mujer. Bajé á la tierra y ví una mujer tendida en la cama, enferma, que acababa de dar á luz dos niñas. Estas gemían al lado de la madre, demasiado débil para

amamantarlas. Al verme, comprendió que Dios reclamaba su alma; lloró y me dijo suplicante:

— Ángel de Dios, mi marido se ha matado hace tres días por la caída de un árbol en el bosque; no tengo ni madre, ni hermana, ni tía; mis huerfanitas no tienen más que mi apoyo; no tomes mi pobre alma: déjame criar á mis hijas; deja que crezcan porque los niños no pueden vivir sin padre ni madre.

Obedecí á la mujer; le puse un niño en el regazo, otro en sus brazos; subí de nuevo al cielo, y una vez en presencia del Señor, le dije:

— No he podido llevarme el alma de la parida. El padre ha muerto; ella tiene dos mellizas y me ha suplicado que le deje vivir el tiempo necesario para criar á sus niñas que no pueden vivir sin padre ni madre. No me he llevado, pues, esa alma.

Dios me respondió:

— Vé y tráeme el alma de esa madre y conocerás un día tres palabras divinas; sabrás *lo que hay en los hombres, lo que no es dado al hombre y lo que vivifica á los hombres*. Cuando conozcas estas tres palabras volverás al cielo.

Volví á la tierra y me llevé el alma de la pobre madre. Las niñas soltáronse del seno maternal y el cadáver, cayendo sobre el costado izquierdo, aplastó el pie de una de las niñas. Cuando me levantaba por encima de la aldea para llevar el alma al Crea-

dor, me sorprendió un torbellino, sentí pesadez en las alas, éstas se doblaron; el alma se remontó al cielo y yo quedé tendido en tierra, en la margen del camino.

XI

Y Semel y Matrena comprendieron entonces á quién habían vestido y alimentado y quién era aquel que vivía con ellos. Lloraban de júbilo y emoción, y el ángel siguió hablando:

—Permanecí solo, solo y desnudo en el camino. Hasta entonces no conocía ninguna de las miserias humanas; ni el frío ni el hambre. Me convertí en hombre, sentí hambre, sentí frío; no supe qué hacer. Vi una capilla consagrada al Eterno y quise refugiarme en ella. La puerta estaba atrancada. No pudiendo entrar, me senté en el umbral y traté de abrigarme contra el cierzo. Anocheció; sentí frío, sentí hambre; padecí, temblé. Y el dolor hizo presa en mí. De repente oí pasos en el camino; venía un

hombre; llevaba botas y hablaba entre dientes. Por primera vez vi la cara mortal del hombre, siendo hombre yo mismo, y esa cara me causó miedo. Volví la cabeza. Le oí que hablaba conmigo mismo.

—¿Cómo alimentar á mi mujer y á mis hijos? ¿Cómo preservar del frío del invierno nuestros miembros entumecidos? Y pensé:

—Perezco de frío y de hambre y he aquí que pasa este hombre que sólo piensa en sus necesidades y que no acertará á socorrerme.

El caminante me vió; frunció el entrecejo, tomó un aire amenazador y pasó de largo... Desesperé. De pronto le vi volver, le miré y no lo reconocí: en su cara, antes muerta, vi resplandecer la imagen de Dios. El resucitado se acercó á mí; me vistió, me tomó de las manos y me llevó á su casa. Su mujer se hallaba en el umbral de la isba y habló; aquella mujer era más terrible que el hombre; el hálito de la muerte salía de sus labios; el hálito mortal de sus palabras me sofocaba y desfallecí; ella quiso entregarme de nuevo al frío, á la agonía, á la muerte, y comprendí que ella moriría también al arrojarme. De improviso su marido la habló de Dios. Al punto la mujer se transformó; me sirvió comida y como me mirase fijé en ella los ojos: la muerta se había convertido en sér viviente y reconocí á Dios en su rostro. Y me acordé de la palabra de Dios: *Sabrás lo que hay en los hombres*. Supe de este modo que existe en los hombres el amor. Feliz con la revelación

de una de las divinas palabras, me sonrei por primera vez; pero no pude saberlo todo á un tiempo; no comprendía aún *lo que no es dado al hombre, ni lo que vivifica á los hombres.*

Viví un año entre vosotros; el barine vino á encargar unas botas, botas que debían durar un año sin torcerse ni romperse. Le miré y vi á su lado á uno de mis compañeros, al ángel de la muerte; sólo yo le ví; yo le conocía y comprendí que antes de ponerse el sol se separaría de su alma el barine, y pensé:

—El hombre recoge para un año; pero no sabe que morirá al declinar el día.

Y recordé la segunda palabra de Dios: *Sabrás lo que no es dado al hombre.*

Lo que hay en el hombre ya lo conocí.—Sé ahora *lo que no es dado al hombre.* No le es dado saber lo que hace falta á su cuerpo; y sonrei por la segunda vez.

Pero ignoraba todavía, no comprendía *lo que vivifica á los hombres.* Viví en espera de la revelación del Creador, la última palabra divina. Al sexto año la mujer vino con las mellizas, las reconocí y noté que habían sobrevivido. Entonces lo supe todo y pensé:

—La madre imploraba por sus hijos y yo había escuchado á la madre; yo había creído que esas huerfanitas estaban destinadas á morir, y he ahí que

una mujer, una desconocida, las ha alimentado y adoptado.

Y cuando esa mujer lloró de ternura al hablar de las pequeñuelas desconocidas á las que mimaba y compadecía, vi en ella la imagen divina de Dios y comprendí *lo que vivifica á los hombres.* Comprendí que Dios me había revelado la última palabra y que me concedía el perdón y por tercera vez me sonrei.

XII

Y el ángel se despojó de su envoltura terrestre y se revistió de luz; los ojos humanos no pudieron resistir aquel esplendor. Levantó su voz que parecía venir del cielo y dijo:

—*Y comprendí que el hombre no vive de sus propias necesidades, sino que vive por el amor.*

«No sabía la madre lo que vivificaría á sus hijos; no sabía el barine lo que necesitaba; no sabe ningún hombre si vivo por la noche le serán precisas botas, ó muerto, sandalias.

»Viví siendo hombre, no porque cuidara de mí, sino porque hubo amor en un caminante y en su mujer: se apiadaron de mí y amáronme. Vivieron las huérfanas no porque se pensara en ellas, sino porque una mujer sentía arder en su corazón la llama

ma del amor. Viven los hombres no porque piensen en sí mismos, sino porque el amor alienta en el corazón de los hombres.

»Sabía antes que Dios dió la vida á los hombres y quiso que vivieran; ahora he comprendido que Dios no quiere que el hombre viva solo, y que por este motivo oculta á cada cual aquello que necesita. Quiere que cada cual viva para los demás y por eso á cada uno revela lo que es útil á un tiempo á sí mismo y á los demás.

»Comprendí entonces que los hombres que creen vivir únicamente de sus propios cuidados no viven, en realidad, sino por el amor. El que vive en el amor, vive en Dios y Dios vive en él, pues Dios es el amor».

Y el ángel cantó las alabanzas del Señor; retumbó la isba á su voz, abrióse el techo y una columna de fuego se elevó en el espacio. Semel, su mujer y sus hijos se prosternaron en tierra. El ángel desplegó sus grandes alas y subió al cielo.

Cuando Semel volvió en sí, la isba había recobrado su aspecto y en ella no estaban más que él y los suyos.



A LAS MUJERES

Como reza la Biblia, al hombre y á la mujer se les dió una ley; al hombre la del trabajo y á la mujer la de parir, y aunque, según nuestra ciencia, todo lo hayamos variado, la ley dada al hombre y la mujer permanecen inmutables, y su violación es castigada siempre con la muerte, aunque con la diferencia única de que para el hombre la muerte es tan inmediata que se la pudiera denominar de presente, mientras que para la mujer es más lenta ó sea en porvenir más lejano. La violación de la ley por todos los hombres en general sería castigada con la extinción inmediata de los hombres, y la violación de la ley por todas las mujeres con la extinción de los hombres en la generación siguiente; pero la violación de la ley por algunos no ani-

quila al género humano en su totalidad, sino á aquellos que se han separado de la razonable naturaleza del hombre.

La violación de la ley por los hombres empezó hace tiempo con las clases opresoras de las demás, y propagándose siempre, ha llegado á nuestros días, en que ya raya en demencia, en el ideal de la violación de la ley, ideal expresado por el príncipe Blochine y sentido por Renán y por el mundo de los sabios: las máquinas serán las que lo hagan todo; los hombres se limitarán á ser manojos de nervios sensibles.

En cuanto á la violación de la ley por las mujeres, casi no tenía ejemplos ni se manifestaba más que por la prostitución y por alguno que otro caso de aborto. Las mujeres pertenecientes á las clases ricas cumplían su ley, en tanto que los hombres trasgredían la suya, y por eso ellas se hicieron las más fuertes y continúan dominando, y deben seguir dominando á los hombres que se apartaron de la ley y que, por separarse de ella, perdieron la razón.

Dícese comunmente que la mujer (la mujer de París es lo corriente que no tenga hijos) ha llegado á hacerse tan encantadora por virtud de los recursos que le presta la civilización, que con sus encantos ha sabido hacerse dueña del hombre, y eso, no solamente es falso, sino que es lo diametralmente opuesto á la verdad. No es la mujer sin hijos la que

se ha hecho dueña del hombre, sino la madre, que ha cumplido la ley allí donde el hombre la ha violado. La mujer que se ha hecho estéril por medio de artificios y que seduce al hombre por la corrección de sus formas y la profusión de su cabellera, esa no es la que domina al hombre; esa es la mujer pervertida por el hombre; la que se ha rebajado hasta él, hasta el hombre pervertido; la que como él se aparta de la ley, y que, como él, pierde el sentido razonable de la vida.

De esta falta procede esa admirable tontería llamada «los derechos de la mujer», y cuya fórmula es la siguiente:

—Tú—dice la mujer al marido—has transgredido la ley del verdadero trabajo y quieres que nosotras llevemos todo el peso de la nuestra; pues no, porque nosotras, como tú, podemos hacer eso que ahora llamáis trabajo, en los Bancos, en los Ministerios, en las Universidades y en las Academias; nosotras queremos, á imitación tuya y bajo el pretexto de la división del trabajo, usurpar el trabajo ajeno y vivir satisfaciendo nuestra coquetería.

Eso es lo que ellas dicen, demostrando con hechos que pueden hacer, mejor aun que los hombres, esos pretendidos trabajos.

Esta cuestión de los derechos de la mujer ha surgido, y no podía menos de surgir, entre los hombres que han transgredido la ley del trabajo verdadero. Basta restablecerla para que la cuestión desaparezca

por sí misma. Teniendo la mujer su trabajo especial y necesario, no reclamará nunca el derecho de participar de los trabajos del hombre en las minas, en la labranza, etc.; lo único que ha podido pedir, es participar de esos llamados trabajos de la clase rica.

La mujer de nuestra casta era más fuerte que el hombre; lo es todavía; pero no por sus encantos ni por su habilidad para hacer el mismo trabajo farisaico del hombre, sino porque seguía dentro de la ley llenando su verdadera misión con peligro de su vida y con una energía llevada hasta sus últimos límites, en tanto que los hombres de las clases ricas se emancipaban de la suya.

Pero en nuestros días ha empezado la mujer á violar también la ley, determinando su caída, y esa violación se propaga cada vez más. La mujer, olvidando la ley, ha creído que su pureza residía en su hermosura ó en su habilidad para realizar un trabajo farisaico.

Para eso eran un obstáculo los hijos, y he ahí que la ciencia, cooperando á ello, haya hecho que los abortos surjan por docenas en las clases ricas, y he ahí que las madres, las únicas mujeres de las clases favorecidas por la fortuna, que conservaban el poder en sus manos, lo han dejado escapar para no ceder á las aventureras y ponerse á su nivel.

El mal se ha propagado mucho, cada día se va generalizando más, y pronto alcanzará á toda la

aristocracia. Entonces quedarán las mujeres al nivel de los hombres y perderán, como éstos, el sentido razonable de la vida; pero aun es tiempo de evitarlo.

Y lo evitarían si comprendieran su misión y su fuerza y empleasen ésta en la salvación de sus esposos, de sus hermanos y de sus hijos, es decir, en la salvación de todos los hombres.

¡Mujeres de las clases ricas que sois madres! La salvación de los hombres de nuestra clase en el mundo y la curación de los males que sufren, está en vuestras manos.

No las mujeres que únicamente se ocupan en trajes, prendidos, tocados y coquetería amorosa y que, contra su voluntad, por falta de atención, con horrible disgusto dan á luz hijos que abandonan á nodrizas mercenarias, ni tampoco aquellas que cursan diferentes estudios, peroran en los centros y tratan de emanciparse á su vez de los deberes de la procreación para no turbar su locura á que dan el nombre de progreso, sino esas otras mujeres y madres que, pudiendo evitar la preñez, se someten con propósito deliberado y sin vacilaciones á esa ley eterna é inmutable sabiendo que aquélla es la misión de su vida, esas mujeres y madres de las clases ricas, son las que, más que ninguna otra, tienen en sus manos la salvación de los hombres de nuestra clase y la curación de sus horripilantes miserias.

Vosotras, mujeres y madres, que observáis resuel-

tamente la ley de Dios; vosotras sois las únicas que conocéis en nuestro mundo desgraciado y desnaturalizado en donde nada conserva la forma humana, vosotras sois las únicas que conocéis todo el verdadero sentido de la vida según la ley de Dios, y las únicas que, con vuestro ejemplo, podéis mostrar á los hombres la felicidad de la vida, cifrada en la sumisión á la voluntad divina, esa felicidad de que se ven privados. Vosotras sois las únicas que conocéis esas alegrías que inundan todo el sér, esa beatitud, patrimonio de quien no infringe la ley de Dios. Vosotras conocéis la dicha del amor hacia el esposo, esa dicha que no tiene fin, que no se quiebra como las otras, sino que es la aurora de otra nueva felicidad: la del amor á los hijos. Vosotras sois las únicas que, sencillas y sumisas á la ley divina, comprendéis cuál es el verdadero trabajo que viene de Dios, muy distinto de ese alarde á que los hombres llaman trabajo, y conocéis que la recompensa que le espera es la verdadera felicidad.

Vosotras conocéis eso cuando, tras las alegrías del amor, esperáis con angustia, con espanto, con esperanza, ese doloroso estado precursor de la maternidad, que os tendrá en estado anormal durante nueve meses; que os llevará hasta las puertas del sepulcro, y que os causará los más agudos sufrimientos y los más extremos dolores. Vosotras conocéis las condiciones del trabajo verdadero cuando esperáis con júbilo la aproximación y el aumento de las más

horrorosas torturas, seguidas de una felicidad de vosotras únicamente conocida. Vosotras conocéis eso cuando inmediatamente después de aquellas torturas, sin descanso, sin tregua, acometéis otra clase de trabajos y de sufrimientos con la lactancia, cuando domináis de repente, cuando subordináis á vuestro sentimiento la más imperiosa de las necesidades humanas, la del sueño, que según el proverbio, «es más querida que el padre y que la madre»; cuando durante meses y años no dormís con sosiego una noche entera, y cuando á veces, con frecuencia, pasáis noches enteras sin dormir, solas, meciendo con mano trémula la cuna de vuestro hijo enfermo y en estado tal, que os desgarran el corazón.

Y cuando habéis hecho eso, sin que nadie os lo alabe, invisibles á todos, no esperando de nadie elogio ni recompensa; cuando habéis hecho eso, no como un rasgo de heroísmo, sino á la manera del obrero que llegaba del campo, según la parábola evangélica, creyendo haberos limitado al cumplimiento de vuestro deber, conocéis en toda su extensión que los alardes del falso trabajo no son más que vanagloria humana, y que el trabajo verdadero es el cumplimiento de la voluntad divina cuyas prescripciones lleváis grabadas en vuestro corazón.

Vosotras conocéis, si sois madres verdaderas, que no solamente nadie se ha fijado en vuestro trabajo

ni os ha elogiado por él, por creerlo natural, sino que aquellos mismos para los cuales habéis trabajado, lejos de agradeceroslo, os atormentarán con frecuencia y os reprocharán tal vez, y, sin embargo, procedéis con vuestro segundo hijo como con el primero y como con todos los demás: sufrís con él nuevamente; realizáis de nuevo el invisible y penoso trabajo; no esperáis tampoco de nadie recompensa alguna, y sentís, como siempre, la misma satisfacción.

Si sois de ese modo, no diréis, ni después de dos gestaciones ni después de veinte, que habéis parido bastante, como tampoco dirá un obrero de cincuenta años que ha trabajado lo suficiente, puesto que come, duerme y sus músculos vigorosos aun reclaman el trabajo: si sois de ese modo, no dejaréis de amamantar y atender á vuestros hijos confiándolos á una madre mercenaria, como tampoco dejará el operario que otro acabe la obra empezada y casi concluida por él, puesto que cifráis vuestra vida en la realización de ese trabajo y la juzgáis más completa y más dichosa á medida que el trabajo la llena más.

Y si sois de ese modo, y si aun sois muchas en el mundo para ventura nuestra, aplicaréis también á la vida de vuestros esposos, de vuestros hermanos y de vuestros hijos esa ley de obediencia á la voluntad divina, que rige los actos de vuestra vida.

Si sois de ese modo y conocéis por experiencia que únicamente el trabajo abnegado, invisible, sin recompensa, llevado hasta los últimos límites de la energía y realizado con riesgo de vuestra vida en pro de la vida de otros, es vuestra verdadera misión y la que proporciona en último término la felicidad, pediréis á las demás lo mismo; mediréis y estimaréis la dignidad de los hombres en conformidad con ese trabajo, y prepararéis para él á vuestros hijos.

Sólo una mujer que considere la reproducción como un accidente desagradable y encuentre el sentido de la vida en los placeres del amor, en las comodidades, en la instrucción y en las relaciones mundanas, educará á sus hijos de manera que tengan todos los placeres posibles y que disfruten de ellos sin tasa: los alimentará delicadamente, los engalanará, los divertirá, les enseñará, no lo que les haga capaces del sacrificio, capaces de ese trabajo llevado hasta el peligro de su vida y hasta los últimos límites de su energía, sino la manera de emanciparse de él. Sólo una mujer que haya perdido el sentido de la vida aplaudirá ese falso trabajo del hombre en el que su marido, emancipándose del deber del hombre, puede usurpar con ella el trabajo de los demás.

Únicamente una mujer de esa índole elegirá para su hija un marido semejante y estimará á los pre-

tendientes, no por lo que sean, sino por lo que aporten consigo: posición, fortuna, el arte de usurpar el trabajo de los demás.

Pero la madre verdadera, la que conoce por experiencia la voluntad de Dios, padecerá cuando vea á su hijo consentido y engalanado, porque sabe que todo eso ha de hacerle más difícil el cumplimiento de la ley divina á la que ella se ha sometido. Una madre verdadera, lejos de impulsar á su marido á mentirosos trabajos que tengan por único objeto usurpar el trabajo de los demás, se desviará y lo desviará con disgusto, y hasta con espanto, de ese trabajo.

Tal madre no elegirá el marido de su hija por la blancura de las manos ni por la distinción de los modales, sino que, sabiendo lo que es la mentira, apreciará el mérito por el verdadero trabajo realizado con riesgo de la existencia y despreciará ese falso trabajo de oropel cuyo único objeto es libertarse del verdadero trabajo.

Una madre así *parirá por sí misma, educará por sí misma*; por sí misma lactará á sus hijos, preparará sus alimentos, coserá sus vestidos, los lavará, les enseñará, dormirá y hablará con ellos, puesto que esto es para ella cifra y compendio de su vida. Únicamente una madre así no buscará para sus hijos garantías exteriores, pero suscitará en ellos la aptitud de que ella está poseída para cumplir con

abnegación la voluntad de Dios, y energías para llenar su deber con peligro de su vida, porque sabe que en eso reside exclusivamente la garantía, la felicidad de la existencia.

Una madre así no preguntará á los demás lo que debe hacer: lo sabrá todo y no temerá nada.

Si para el hombre y para la mujer que no tienen hijos pueden existir dudas acerca del camino que conduce al cumplimiento de la voluntad divina, para la mujer que es madre se halla claramente trazado, y si lo sigue dócilmente con sencillez de alma, colocada en la más alta cima del bien que sea dado alcanzar á humana criatura, conviértese en astro esplendoroso, en estrella que guía los pasos de todos por el sendero del bien. Únicamente la madre puede, antes de morir, decir tranquilamente á Aquél que la envió á este mundo, á Aquél á quien sirvió procreando y educando hijos á quienes ama más que á sí misma; únicamente ella puede decir tranquilamente, después de haber servido á Dios todo el tiempo prescripto:

—Ahora deja que Tu esclava vaya á Ti.

Que es la más alta perfección y el bien más alto á que pueden aspirar los seres humanos.

Y esas mujeres, que así han llenado su misión, son las que dominan á los hombres de este tiempo; esas mujeres preparan las nuevas generaciones y elaboran la opinión pública, y he ahí por qué tie-

nen entre sus manos los medios supremos de salvación destinados á preservar á los hombres de las desgracias que agobian y amenazan á nuestro tiempo.

Sí, mujeres que sois madres, vosotras sois las que, mejor que nadie, tenéis en vuestras manos la salvación del mundo.

FIN

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
La muerte de Ivan Ilitch.	7
La odisea de un caballo	113
<i>Primera noche</i>	135
<i>Segunda noche</i>	143
<i>Tercera noche.</i>	153
<i>Cuarta noche.</i>	156
<i>Quinta noche.</i>	161
De qué vive el hombre.	187
Á las mujeres.	227



